

LETRAS

ORGANO DE
LA FACULTAD
DE FILOSOFIA
HISTORIA
Y LETRAS



18

LETRAS

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS

ORGANO DE LA
FACULTAD DE
LETRAS Y PEDAGOGIA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



PRIMER CUATRIMESTRE
DE 1941

Facultad de Letras y Pedagogía

PERSONAL DOCENTE

DECANO

Dr. Dn. Horacio H. Urteaga.

CATEDRATICOS

Sr. Dr. Luis Miró Quesada.	Sr. Dr. Luis E. Valcárcel.
„ „ Horacio H. Urteaga.	„ „ Alfonso Villanueva Pinillos.
„ „ José Gálvez.	„ „ Aurelio Miró Quesada Sosa.
„ „ Mariano Iberico Rodríguez.	„ „ José M. Valega.
„ „ Pedro Dulanto.	„ „ Teodosio Cabada.
„ „ Ricardo Bustamante Cisneros.	„ „ Elías Ponce Rodríguez.
„ „ Jorge Basadre.	„ „ Manuel Beltroy.
„ „ Julio C. Tello.	„ „ Luis F. Xammar
„ „ Juan Manuel Peña Prado.	„ „ Augusto Tamayo Vargas
„ „ Enrique Barboza.	„ „ Francisco Miró Quesada Can-
„ „ José Jiménez Borja.	„ „ Oswaldo Herculles García.
„ „ Roberto Mac Lean Estenós.	„ „ Franciseo J. Cadenillas.
„ „ Julio A. Chiriboga.	„ „ Nicandro Pareja.

SECRETARIO

Sr. Dr. Héctor Lazo Torres.

DIRECTOR DE LA REVISTA

Sr. Dr. Luis Miró Quesada.

COMITE DE REDACCION

Sr. Dr. José Jiménez Borja.	Sección de Literatura.
„ „ Roberto Mac Lean Estenós.	Sección de Pedagogía.
„ „ Julio A. Chiriboga.	Sección de Filosofía.
„ „ José M. Valega.	Sección de Historia

ADMINISTRADOR DE LA REVISTA

Sr. Dr. Jorge Patrón Yrigoyen.

SUMARIO

- El Autoctonismo de las Culturas Andinas, por Roberto Mac Lean Estenós.
Vindicación de la Cultura Antigua, por Teodosio Cabada.
El Cosmos y la hechicería en la poesía caldea, por Augusto Tamayo Vargas.
La III Asamblea del Instituto Panamericano de Historia y Geografía.
Discurso de orden pronunciado en dicha asamblea por su presidente el Dr. Horacio H. Urteaga.

SEMINARIO DE LETRAS

- El padre Blas Valera, primer historiador peruano, por Alfonso Mendoza.
Lista de libros recibidos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

REVISTA DE REVISTAS

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

- Elección de Decano.
Elección de Delegado de la Facultad ante el Consejo Universitario.
Nombramiento de catedráticos titulares.
Elección de catedráticos interinos.
Nombramiento de director y cuerpo de redacción de la revista de la Facultad.
Grado de Doctor "Honoris Causa".
Grados de doctor.
Grados de bachiller en Humanidades.
Títulos de profesor de segunda enseñanza.
Conferencias.
Discurso de presentación pronunciado por el doctor Teodosio Cabada en la ceremonia de colación del grado de doctor "Honoris Causa" al doctor Fernando Márquez Miranda.
Cusco, villa dos veces imperial, conferencia leída por el doctor Fernando Márquez Miranda, en la actuación en la que se le confirió el grado de doctor "Honoris Causa".
En Santiago de Chile, por Antonio Alva y Alva.

Fallecimiento del Dr. Guillermo Salinas Cossío.

Autoctonismo de las culturas andinas.

(INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA SOCIOLOGIA PERUANA)



Fragmento de la Ponencia que el Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós, Catedrático Principal Titular de Sociología de la Universidad Mayor de San Marcos, presentó a la III Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

No fueron autóctonos los primeros hombres que habitaron América. Sucesivos aluviones inmigratorios, en épocas ancestrales, los trajeron a estas tierras, ignoradas para la civilización del Viejo Mundo. Esos hombres no habían salido aún del estado primario del salvajismo. Inmigrantes y salvajes, pero inteligentes, los primitivos pobladores de América —y por ende del Perú— a través de muchos siglos, y de mucho más generaciones, fueron encendiendo, en la costa y en la sierra, el foco de las culturas autóctonas.

ORIGEN DE LA VIDA EN AMERICA.—PROCESO DE FORMACION DEL CONTINENTE AMERICANO.

Las acciones y reacciones geológicas, debidas a las contracciones del núcleo central incandescente, originaron, en

época que la ciencia no puede precisar, el levantamiento de una faja de tierra y la formación de las primeras cordilleras y de los primeros valles, en esa área que hasta entonces estuvo ocupada por el mar. Fósiles antiquísimos de vegetales y de animales marinos, encontrados en las cumbres de los Andes —primeros levantamientos de la tierra americana— recuerdan la era en que ésta formaba el inmenso lecho del Océano, cuando se confundían las aguas del Atlántico y del Pacífico, en un mismo mar. Una curiosa teoría supone que el Lago Titicaca, fué un pedazo de ese mar pre-histórico que, encerrado entre las vértebras andinas, se elevó, en ese proceso multiseccular, hasta las mayores alturas, a manera de una ofrenda simbólica que la tierra levantaba hacia el cielo.

El Mundo Antiguo ignoró la existencia del nuestro, ya que la concepción platónica sobre la Tierra de los Atlántes, no corresponde, en caso de ser cierta, a nuestra ubicación geográfica sino a la del Océano Atlántico. Así se desprende de la lectura del documento de Thibeo, sacerdote egipcio, que utilizó el filósofo griego, y según el cual el continente desaparecido estuvo situado al oeste de Gibraltar, habiendo logrado un alto nivel cultural sus pobladores que vivieron en una época que sitúa Platón ocho mil años antes de Cristo.

Las investigaciones de Bad-Landst en las capas geológicas y los fósiles encontrados en ellas, acreditan que la geología de América no es diferente a la de los demás continentes y que igual analogía se observa en la aparición y desarrollo de los gérmenes vitales, desde los más simples hasta los más complejos. Existen, pues, en el Nuevo Mundo, terrenos primarios, secundarios, terciarios y cuaternarios. En épocas anteriores a la terciaria habrían existido ciertas posibles vías de comunicación, por la tierra llamada "Eris" —cuyos restos son Islandia y Groenlandia— entre América del Norte y Europa. Admítase igualmente la posibilidad de una comunica-

ción terrestre entre América del Sur y Africa, antes del desprendimiento que hubo de realizarse en el período oligoceno de la era terciaria; y de una solución de continuidad entre Alaska y Asia, por Behring. Hácense iguales conjeturas sobre los nexos existentes entre América y la Atlántida, en la hipótesis que hubiera existido ese continente desaparecido, cuyas huellas podrían ser tal vez esos dos grandes submarinos existentes en el fondo del Atlántico, uno de los cuales se extiende de norte a sur, a lo largo de la costa atlántica y el otro frente a la costa de Europa y Africa; la gran cordillera submarina cuyas más elevadas salientes estarían formada por las islas Azores, Madera, las Canarias y las de Cabo Verde; del Mar de los Sargazos, vasta región del Atlántico Norte, que podría considerarse como “la boya del continente hundido”, según la expresión del profesor Paul Rivet; y de la península de la Florida y las Islas Bahamas, que serían las pruebas del desgarramiento de la Atlántida, al sumergirse bajo las aguas, en medio del más pavoroso cataclismo.

Las “glaciaciones”, período caracterizado por el enfriamiento de una gran parte del globo, cuyas causas no están definitivamente determinadas y cuya consecuencia fué la desaparición de las especies zoológicas gigantes de la era terciaria, abre la época cuaternaria, transformando la flora, la fauna, los contornos y aún la estructura interna de los continentes. En Europa las “glaciaciones” alcanzaron el límite que sigue la línea imaginaria a lo largo de las costas meridionales de Irlanda, siguiendo hacia el oriente, pasando por Londres, Amsterdam, Polonia, Praga, quedando bajo los hielos la parte septentrional. Las nieves de los Alpes y los Pirineos representan las glaciaciones menores. América pasó también por estos períodos glaciares que no fueron, como pudiera creerse, simples prolongaciones de los casquetes polares porque también intervienen, para explicarlos, otros factores adi-

cionales, como la humedad atmosférica, la evaporación, los vientos, la latitud etc. De esta suerte, el límite de las nieves alcanza en la América del Norte hasta la línea imaginaria entre San Luis y New York, en el paralelo 41. La mayor parte de Alaska, en cambio, comprendida en el círculo ártico, no fué cubierta por los hielos. (1).

La fauna de la América prehistórica, cuyos restos fosilizados se vienen descubriendo en las respectivas capas geológicas, acreditan cierta similitud con la fauna de los otros continentes en las mismas épocas. Por no citar sino los descubrimientos más recientes mencionaremos el esqueleto del "scarritia", animal prehistórico que vivió en la Patagonia hace 30 millones de años, descubierto en el invierno de 1933 por la expedición Scarrit, patrocinada por el hombre de negocios newyorkino H. S. Scarrit y dirigida por el Dr. George Gaylord Simpson, Jefe de la Sección de Paleontología del Museo de Historia Natural de New York, en el que se exhiben los restos. La expedición Scarrit encontró un rebaño de esos animales prehistóricos en el cráter de un volcán, al que fueron atraídos seguramente por un lago que existía en él por aquel entonces, hipótesis que parece verosímil por haberse hallado también fósiles de sapos y ranas de la misma edad que los scarritias.

El Dr. Otto Welter, en la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Biológicas de Lima (1939) se refirió al descubrimiento de los restos de mamíferos hoy extinguidos, realizados en esa zona, terraza fluvial de acumulación en cuya superficie arenosa existen los vestigios de una tropical y exuberante flora desaparecida y que se presenta también en Argentina en la época diluvial. (2).

(1) Bulletin of the Geological Society of América, 1929.

(2) Otto Welter, "Importantes Descubrimientos paleontológicos y arqueológicos entre Pacasmayo y Chicama.—Lima, 1939.

El proceso de la creación de América sigue, de esta suerte, el ritmo de la unidad cósmica.

LOS PRIMEROS AGREGADOS HUMANOS EN AMERICA.

Dos orientaciones distintas intentan explicar el origen del hombre americano: el autoctonismo y el inmigracionismo.

Proclama el autoctonismo que el primer hombre que habitó este continente se creó en América y que, por lo tanto, no vino de otras regiones del mundo. Vincúlase esta tendencia, diversificándose, el monogenismo y el poligenismo. El autoctonismo monogenista sostiene que la pareja única, tronco de la raza humana, estuvo en el Nuevo Mundo. Afirma el autoctonismo poligenista que vivió en nuestro continente una de las múltiples parejas que originaron la humanidad.

El profesor argentino Florentino Ameghino creyó reforzar la hipótesis del autoctonismo monogenista al descubrir los fósiles del "tetraprothemo argentinus" que, según él, habitó en la era terciaria durante el mioceno superior, lo que le permitió afirmar que la pampa argentina era la cuna de la humanidad y que el "diprothoplatensis" y el "prothomo u homo pampanus" eran nuestros antecesores directos. El sabio norteamericano Ales Hrdlika y el geólogo Willis, trasladados a la Argentina en 1910 comprobaron la estructura cuaternaria de esos terrenos y le restaron importancia al hombre prehistórico de las pampas argentinas. El pampeano resultó cuaternario como los demás hombres primitivos cuyos fósiles se han encontrado hasta hoy. No obstante la controversia no ha terminado aún.

Quienes impugnan el autoctonismo de los amerindios se basan en la pobreza absoluta del continente americano en restos de tipos pre-humanos que, aproximándose al "sinánthropus" o a la raza de Neanderthal, puedan considerarse como los precursores de nuestra especie.

El autoctonismo poligenista considera a la raza pigmoide la más precoz y la más antigua de las razas humanas. Tanto en América Central como en la del Sur existieron pigmoides, que serían el punto de partida de la evolución humana. La ausencia de los restos que identifiquen a los predecesores de estos pigmoides hacen suponer que los antecedentes de esta evolución no se encuentran en nuestro continente y que, por lo mismo, el pigmoide fué también un producto de importación.

Sostuvo el profesor Arturo Posnansky, que “América es la tierra de origen del hombre americano”, sin dejar de reconocer la posibilidad de que pequeños grupos humanos se hayan trasladado de Asia a América o viceversa, aprovechando los períodos en que ciertos trechos marítimos se hallaran congelados o de las comunicaciones terrestres que en otras épocas geológicas pudieron existir entre los demás continentes y el nuestro, particularmente un puente continental entre América y Africa que existió, según él, hasta el mioceno y sobre el que tiene un interesante trabajo que presentó en 1910, al Congreso Panamericano de Santiago de Chile. Admitió también la existencia de esos puentes intercontinentales entre Asia y Australia por una parte y Australia y América, por otra, por las que migraban las mamalias del oriente al occidente o quizás también en sentido inverso y entre las que, posiblemente, se encuentra el precursor del hombre.

“Por un solo cráneo —afirma Posnansky— por unas pocas afinidades lingüísticas, por unos supuestos bumeranges, por unos cuantos inventos etnológicos, no es posible afirmar, como un hecho demostrado, que en época geológica reciente hubo emigraciones en masa de una a otra parte”. Cree él que existieron dos razas aborígenes, originarias ambas de América aunque de diferente constitución geológica:

la una denominada "Lagoa Santa" por haberse encontrado esta clase de tipos de cráneo en esa región del Brasil; y la otra, antropológicamente opuesta a la anterior, que habita en la región montañosa de los Andes. Estos dos tipos principales se fueron mestizando con el correr de los milenios, formándose así nuevos tipos antropológicos o sub-razas. Encuétrase, aún hoy, tipos puros de las razas originarias: los primeros en la tribu de los Chipeyas, en los desiertos de Carangas (Bolivia); y los segundos, en la comunidad de Collana, situada entre los ríos de la Paz y Palca. "De la raza colla —agrega Posnasky— salieron las castas dominadoras de Tiahuanaco, los constructores de las ciudades prehistóricas del Perú y la casta de los emperadores del Incanato. A esas dos grandes razas principales, aunque ya mestizadas, pertenecen todas las tribus de diversos nombres y lenguaje que habitan las tres Américas. Los progenitores de collas y eruwakes no han venido, no han podido venir de otras partes del mundo, ni en la época cuaternaria ni en épocas anteriores. Las razas que en las Américas han formado un Chichen-Itza, un Mitla, que han dejado los estupendos monumentos de México y Centro-América, de Colombia, del Perú y de Bolivia, no han aportado de afuera del continente". (1).

LA TEORIA DE LAS INMIGRACIONES.

Opuesta a la anterior sostiene que el hombre americano proviene de otros continentes. Conveniente es precisar, con carácter previo, el concepto de inmigración distinguiéndolo de los otros tres movimientos de población, a saber invasión, conquista y colonización, que pueden clasificarse como mi-

(1) Arturo Posnasky, "América, tierra de Origen del Hombre Americano".—Conferencia dictada en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.—1939.

graciones y que obedecen siempre a causas que pueden ser políticas, sociales, religiosas o económicas. La inmigración, en cambio, es un fenómeno propio de países civilizados, es un movimiento individual, realizado no para aportar un beneficio a la colectividad sino para mejorar las condiciones del individuo. Puede también la inmigración tener un carácter familiar.

Ni la conquista, ni la invasión, ni la colonización de un mundo totalmente desconocido para ellos, fué ni pudo ser el acicate que tuvieron, en su peregrinaje, los primeros hombres que, hace muchos siglos, llegaron a la América. No fueron, por tanto, oleadas de migraciones, intencionalmente arrojadas por algún Estado asiático o africano para prolongar su jurisdicción en nuestras tierras. Motivos económicos, vinculados a la dificultad de la vida en sus propias regiones, a la pobreza natural y social de sus respectivos países, debieron impulsar a esos individuos aislados o a esos grupos de familias a aventurarse en tierras ignotas para encontrar en ellas las oportunidades de subsistir que les negaba sus propias patrias. Pertenecientes tal vez a pueblos que habían alcanzado determinado coeficiente cultural, esos inmigrantes individuales debieron ser, a juzgar por las huellas que han dejado de su existencia, de una mentalidad sumamente rudimentaria.

No están de acuerdo los inmigracionistas cuando tratan de precisar las posibles rutas que debieron seguir, en las edades remotísimas esos primeros hombres que llegaron de otros continentes para poblar el nuestro. Asia, Europa, la hipotética Atlántida y el Africa son, a juicio de los diversos investigadores, los probables puntos de partida de los primeros pobladores de América.

El profesor Paul Rivet percibe la influencia australiana en América. Sitúa los antecedentes del hombre australia-

no y el primitivo asiento de su civilización en la parte sur del Asia donde se desenvolvió hasta que, rechazado por otros grupos humanos más fuertes y mejor armados, fué retirándose hacia el sur, terminando por emigrar a Australia donde se estableció. El antropólogo francés encuentra características craneanas similares entre las piezas encontradas en la Tierra del Fuego y la del hombre de Australia, comprobatorias de su existencia en esa parte de América. Ambas son de innegable afinidad dolicocefala. De igual manera, tanto en nuestro continente como en el australiano, se han encontrado los "boomerang", armas típicas de Australia. Iguales similitudes presentan las canastas tejidas por los indios de la Tierra del Fuego y las fabricadas por los australianos, observándose en ambas la misma factura y el empleo de idéntico material. Lo mismo decimos de un tipo de barca, común a ambos grupos humanos, en todos sus aspectos y del hacha americana de los habitantes del Brasil central cuya semejanza con el hacha australiana es semejante en todos sus detalles. La lexicografía de ciertos pueblos americanos —patagones y fuegenses— presenta evidentes afinidades con la del hombre australiano. (1). El Padre Smith, Director de la Revista "Anthropos", corroborando esta teoría, ha formado un vocabulario comparado, de ochenticinco palabras elementales y comunes a ambos grupos humanos para designar diferentes partes del cuerpo, los animales, las cosas y los fenómenos de la naturaleza, deduciendo que pertenecen a un mismo modo de expresión.

Rivet desecha la posibilidad de que los australianos pudieran llegar a América siguiendo la ruta del norte de Asia, por cuanto los vestigios australianos en ese continente solo llegan a extenderse hasta el norte de la India, Birmania y

(1) Paul Rivet, "La influencia australiana en América".—Conferencia dictada en la Facultad de Letras de San Marcos.—Lima, 1939.

Tonkín, habiendo sido estériles todas las investigaciones efectuadas más al norte, lo que impide sostener la probabilidad de su llegada por Behring y las Islas Aleutas. Tampoco acepta el profesor francés la hipótesis de que los australianos pudieran llegar a nuestro continente por el Pacífico, en razón de no ser buenos navegantes, lo que indudablemente les impidió salvar las enormes distancias de esa ruta marítima, siendo de notar, además, que a través de la Polinesia, escala lógica en esa ruta, no se encuentran huellas del paso de los australianos, siendo de presumir que, de haberla seguido, se habrían visto obligados a hacer una prolongada escala en esas islas. Cree mas bien él —coincidiendo en esto con la opinión del investigador portugués Méndez Correa— que los australianos utilizaron la vía del Polo Austral y de sus numerosas islas en su migración hacia el extremo sur del continente sudamericano, donde se encuentran las huellas de su influencia etnográfica, antropológica y cultural, las que no adquieren caracteres predominantes seguramente en razón del reducido número de inmigrantes y del precario nivel de su bagaje cultural. Calculan los geólogos en seis mil años la época aproximada de esa inmigración.

El investigador *Nordenskiold* ha tratado de demostrar, por el hallazgo de ciertos artefactos, como la cerbatana, la flauta de pan, etc., la influencia de los melanesios en América que se habría concentrado en Colombia y Panamá. El sabio sueco Lund descubrió en el Estado brasileño de Minas Geraes, en la región llamada Laguasanta, cráneos y restos de animales fosilizados en las cavernas allí existentes, trabajos que fueron ampliados por la Comisión brasileña enviada por el Museo de Río de Janeiro que encontró nuevos cráneos y restos humanos de la raza de Laguasanta que presentan extraordinarias semejanzas con los cráneos de los melanesios y que sirven para sustentar la teoría de una in-

migración a nuestro continente, originada en la Isla *Melanesia*, una de las tres grandes divisiones de la Oceanía, y cuya influencia pre-histórica parece encontrarse también en la Argentina, Patagonia, en los conchales de la costa del Brasil, en la hoya amazónica, en Ecuador y aún en Arizona y California. Los elementos comunes de este orden son, entre otros, las armas como las cerbatanas, rompe-cabezas, hondas; elementos de trabajo como el balancín y los puentes de bejuco; los medios de navegación, canoas, barcas, canoas dobles, etc.; adornos comunes, consistentes en un ojo que se encuentran en la proa de las barcas; las casas en alto que son comunes a los indios hamahuacas del Alto Amazonas y a los pobladores de las diversas islas de la Melanesia; y las similitudes existentes en el vestido, los tejidos, las tinturas, el sistema de decoración de las plumas de aves, la comunicación por medio de tambores a través de largas distancias, las comidas y bebidas sujetas a semejante elaboración, las mismas formas de cultivo y la existencia en las Islas Filipinas de andenes utilizados para contener la erosión del suelo, exactamente iguales a los de las diversas regiones de nuestra sierra peruana, las máscaras usadas en las danzas rituales, las mismas deformaciones del cuerpo (como la de las pantorrillas mediante correas), el ennegrecimiento de la dentadura y las incrustaciones en los incisivos; la semejanza entre las estólicas encontradas en el Ecuador y las que usan los aborígenes de Oceanía, así como los tallados en piedra y en metal; las similitudes existentes entre la honda de los antiguos peruanos y la de los habitantes de las Islas Marquesas entre los puentes de bejuco encontrados en el interior de Guatemala y los de Nueva Guinea, las balsas de los uros del Titicaca y del Desaguadero y las de Oceanía; las semejanzas ortográficas y fonéticas entre el vocabulario de los melanesios y el de los indios Hoka que habitan el Este de

Oregón; todo lo que, en fin, constituyen, los indicios evidentes de la influencia melanésica en América.

Cree Rivet que la ruta empleada por los melanesios en su viaje hacia América fué la de la Isla de Pascua, ya que existen en ella huellas de su paso. (1).

Existe también la posibilidad de que los primeros hombres que llegaron a América fueran de origen *polinésico*. Los polinesios fueron navegantes. Usaban embarcaciones fuertes y de gran tamaño. Entre sus principales hazañas se cuentan la colonización de la isla de Hawai, a más de 2,000 millas de California y de la isla de Pascua a igual distancia de la costa de Chile, asombrosa por sus monumentos megalíticos que han servido para plantear la hipótesis de sus relaciones culturales con el Perú antiguo, llegándose a afirmar también que de esa isla leyendaria —descubierta según unos por Pedro Fernández de Quiroz, comandante de una expedición que partió del Callao, en febrero de 1606 y según otros por el Almirante holandés Roggeween en 1772, quien la bautizó con el nombre que actualmente tiene— salieron los primeros pobladores del Imperio del Tahuantisuyu.

Aseguran algunos antropólogos que la ruta natural y la más fácil, por ende la que utilizaron los hombres primitivos para venir a América, fué la de *Behring* que, según se supone, tuvo en otras épocas una solución de continuidad terrestre, antes de que un golpe geológico la convirtiese en estrecho, cuyas aguas se congelan durante el invierno y que, por lo demás, en las otras épocas del año, aún hoy, no ofrece dificultad alguna para la travesía de las embarcaciones por modestas que estas sean. Jockelson observa, con razón, que “ese Estrecho jamás pudo haber constituido una barrera étnica” y, complementando ese pensamiento, agrega Jennes

(1) Paul Rivet, “La Raza Melanesia en América”.—Segunda Conferencia. 1939.

que “los habitantes de la región del Cabo Príncipe de Gales sostenían, antes de la llegada de los europeos, más relaciones con las costas opuestas del Asia que con sus compañeros de América”.

Otra posible vía de acceso a la América, en la época primitiva, debió ser, más al sur, la cadena volcánica de las setenta islas Aleutinas con una extensión de mil trescientos kilómetros de longitud y acentúan esa posibilidad las análogas condiciones culturales, étnicas y lingüísticas de los pueblos que habitan ambas orillas de esta región del Pacífico.

Todos estos antecedentes permiten afirmar, como lo hace Paul Rivet, que los hombres primitivos de América llegaron, por sucesivas inmigraciones, procedentes del Asia, de la Oceanía y también de Australia. El hombre del Asia fué el primero en poner pié en América siguiendo la ruta de Behring. La segunda inmigración provino de las islas de Oceanía, especialmente de la Melanesia y de la Polinesia, con una antigüedad que el antropólogo francés hace fluctuar entre los diez mil y los quince mil años. Esos pueblos de audaces navegantes abordarían nuestro continente en diversos puntos de sus dilatadas costas. La tercera oleada humana, de menor número y precarios alcances culturales, vino de Australia, hace aproximadamente sesenta siglos, cuando determinadas circunstancias de transición geológica hicieron posible una ruta con escalas en los linderos del continente austral y, por él, hasta la Tierra del Fuego y la Patagonia.

La raza americana tiene, pues, según Rivet, su origen en tres grupos migratorios que se han mestizado con el transcurso de los siglos, perdiendo sus características originales, pero conservando los vestigios de sus ancestros. El aborigen de nuestro continente mantiene los signos constitutivos de esas tres razas, con las transformaciones derivadas de la influencia plurisecular del medio físico y con los nuevos aportes étnicos de las épocas ulteriores.

El “*complejo heliolítico*” —cuyo nombre deriva del culto del sol y del uso de la piedra— contribuye a robustecer la teoría del origen asiático de los americanos primitivos. Aparte del culto solar, común a las culturas antiguas de ambos continentes, y de los elementos ya citados, existen nuevos signos que comprueban las relaciones culturales entre los pueblos de ambas regiones del mundo y que, por su naturaleza, su multiplicidad y su detalle, no podrían ser explicados por el paralelismo social, sino, más bien, por la difusión de los elementos constitutivos de una colectividad por acción directa de uno o varios de sus componentes. Ellos son, entre otros, la armadura acolchada, el arco musical, el arco reforzado con tendones, determinado tipo de azadón, el bastón de ritmo, las casas sobre pilotes, las que tienen planchas de madera y las que están cubiertas de tierra, las chozas en forma de colmena, el disco alado, el dragón como motivo artístico, las estatuas pétreas, los implementos para macerar las cortezas, las incrustaciones dentales, determinados tipos de cabeza de lanza, los mazos de piedra anulares y estiliformes, los puentes colgantes, los remos dobles, las tiendas de campaña, el tambor para señales, las velas para la navegación, la cerámica, la canastería, la cremación, el ayuno religioso, la masticación de drogas, las mutilaciones digitales, la creencia en la petrificación de los seres humanos, la fabricación de las redes, las perforaciones auriculares, los sacrificios humanos, las deformaciones craneanas, el culto a los astros, las extraordinarias coincidencias entre sus sistemas religiosos, las analogías de sus regímenes políticos, la creencia en la misión tutelar o vengativa de los muertos, según reciban estos culto familiar o se les tenga en olvido, el origen divino de sus monarcas, hijos del sol en el Egipto y en el Perú, hijos del cielo en la China milenaria y otros signos que marcan nuevas afinidades entre los antiguos habitantes del Asia y los

primeros pobladores de América, entre el mongol asiático y el mongoloide americano.

Los indicios leyendarios contribuyen también, en parte, a apuntalar la verosimilitud de esta hipótesis. La tradición china del Fusang narra que un sacerdote —Hoci Sing— abandonó su país, en peregrinación religiosa, llegando, después de muchos años, a un mundo desconocido donde encontró un imperio poderoso que se supone sea el azteca. La leyenda mongolesa del Rey Kublai-Kan afirma que uno de los príncipes fué comisionado, por su padre, para que, al frente de una poderosa escuadra, atacara al Japón. Extraviáronse los barcos durante la travesía y después de navegar algunas semanas llegaron a unas tierras, completamente desconocidas, donde el Gran Kan fundó un imperio. Los equivocados comentaristas e interpretadores creen ver, en ese príncipe a Manco-Cápac. La tendencia inmigracionista para explicar el origen del americano primitivo tiene una nueva expresión en la *teoría de la ruta atlántica* que afirma que fué por este océano y no por el Pacífico por donde llegaron los primeros pobladores de nuestro continente. Se subdivide en tres orientaciones: la atlántida, la europea y la africana. Afirma la primera de ellas que los americanos primitivos procedieron del continente atlántida, del que emigraron, despavoridos, a consecuencia de los sucesivos cataclismos que fueron hundiendo esas tierras, para llegar al extremo oriente del Brasil y continuar en incesante peregrinación, siempre hacia el occidente, siguiendo la ruta del sol, a través de muchos siglos e innumerables generaciones, en las que fué produciéndose la inevitable selección que debió dar prioridad a los más fuertes, en esa lucha diaria, y a veces terrible, contra la naturaleza. Mientras los grupos más débiles eran incapaces de seguir el avance y se resignaban a quedarse en medio de las selvas amazónicas, sirviendo de tronco ancestral a las numerosas tribus que hasta hoy



las habitan, los grupos más fuertes y mejor dotados continuarían su avance hacia el oeste hasta llegar, después de varias centurias de selección, a los primeros contrafuertes de la cordillera oriental de los Andes para escalarlos y crear, en sus cumbres, la poderosa y antiquísima civilización del Tiahuanaco. Rómulo Cúneo Vidal, sostiene este punto de vista. Afirma que el “documento fehaciente” de esa peregrinación es el friso del Arco de Kalasasaya, explicando su arte, dominado por el tema del “signo escalonado” como un trasunto de los tramos cordilleranos que fueron escalando los descendientes de los fugitivos del Atlántida, “reminiscencia de la progresión angustiosa de una humanidad asendereada, del llano a las tierras altas, y de un tramo inferior de cordillera a otro superior y así sucesivamente, en busca de una salvación y de un sosegado vivir que solo pudo brindarle la encumbrada meseta andina”.

“La cuna de las razas y civilizaciones que, amalgamadas intervinieron en la fundación del Tiahuanaco —dice Cúneo Vidal,— se meció en la extremidad oriental del continente americano, mucho más extendido hacia el oriente que el de nuestros días, del cual cabe pensar que dependiese la desaparecida Atlántida en su sentido ya insular o ya peninsular”. “En determinado milenio de las edades geológicas, cuando el hombre no había hecho aún su aparición sobre la faz de la tierra americana, se produjo en la extremidad oriental de esta última, por repercusión del levantamiento paulatino del sistema de los Andes, una serie de hundimientos y de aniegos, acompañados de erupciones volcánicas, terremotos, desquiciamientos de terreno y desbordes de ríos, obstruídos en su curso por la invasión de las lavas. Trascorridos los primeros instantes de mortal asombro de una humanidad amenazada de una destrucción inminente, es de suponer que se produjese en sus filas, en islas y comarcas comprometidas

por la catástrofe, una huída alocada tierras adentro, en busca de una salvación que solo pudieron brindarle las cumbres del sistema montañoso de los Andes. En la revuelta fauna que participó de aquella angustiada retirada, viéronse confundidas las colectividades humanas autoras de los primeros conatos de civilización de que fueron teatro las orillas del Atlántico y sus islas, arrastradas, la superior y la inferior, por un incontenible pánico; el padre abandonando a la prole, el mozo al anciano, el varón a la hembra, sin más pensamiento ni mira inmediatos que poner la mayor distancia posible entre el propio yo y la tierra próxima a sumirse en los abismos de una mar implacable. No tardaron en pronunciarse nuevas desdichas que obligaron a los inmigrantes a reanudar su interrumpida carrera, a través de la perdurable manigua, bajo la forma de epidemias asoladoras, plagas de mosquitos y de tábanos, mordeduras de reptiles venenosos, acometidas de caimanes famélicos que desalojara de sus acostumbradas madrigueras, en el estuario de los ríos, la invasión del océano. En este orden de ideas, la manigua primaveral con la maraña de sus bosques, el recelo permanente de sus alimañas y el rigor de sus privaciones, fué toda una escuela de resolución, todo un palenque de denuedo; todo un crisol amalgamador de aptitudes y de cualidades, en el cual de la fusión de cien razas diferentes insulares, costeñas y mediterráneas, había de surgir una raza privilegiada y verdaderamente primogénita: la collagua o colla, equivocadamente llamada aimara". (1).

Esta teoría no tiene la comprobación de la ciencia, cuyos esfuerzos han sido hasta hoy inútiles, para demostrar la existencia de la hipotética Atlántida, continente al que se

(1) Rómulo Cúneo Vidal, "Historia de la Civilización Peruana".—Editorial Maucci.—Barcelona.

supone punto de partida de esas inmigraciones ancestrales, crisol y fragua de las primeras razas americanas.

Plantéase también la posibilidad de que fuesen europeos los primeros pobladores de América, venidos tal vez por la ruta Islandia-Groenlandia, actuales restos de un hipotético puente insular que pudo existir en épocas remotísimas entre Europa y el Nuevo Mundo. Surge igualmente la hipótesis del origen africano de los primeros pobladores de este continente, fundándose en otro posible puente isleño que uniría la tierra negra con el extremo oriental de América y a la antigüedad que se atribuye a los restos humanos de Lagoasanta en el Brasil, descubiertos en 1835 y 1844 por el explorador danés Lund, juntos con otros pertenecientes a los animales antediluvianos entre los que se reconoció al plantyon, al megaterium y smilón, ya desaparecidos y de otras especies que subsisten todavía.

Somos monogenistas. Admitimos el origen único de la especie humana, mientras no surgan las pruebas que destruyan los argumentos monogenistas y expliquen la identidad de los caracteres orgánicos de nuestra especie que hasta hoy resultan inexplicables por las teorías poligenistas. El tronco único de la raza humana no estuvo en América. Los más antiguos restos humanos que se han encontrado hasta hoy corresponden a otros continentes. De allí vinieron al nuestro los primeros pobladores, en sucesivas olas migratorias, procedentes del Asia, ya sea por la vía oceánica o por la ruta de Behring, no siendo imposible, además, que esas inmigraciones se enriquecieran con algunos aportes, llegados tal vez de Europa por el puente isleño del círculo ártico, quizás del Africa por el extremo oriente del Brasil.

ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE AMERICANO Y DIVERSIDAD DE RAZAS.

Todavía no se ha cerrado la discusión sobre la antigüedad del hombre americano. Entre las más antiguas se considera a la raza de Lagoasanta. Basándose en las condiciones en que fueron descubiertos sus restos y al estado de mineralización que presentan, Quatrefages (1879) la remonta a la edad del reno y Kollman (1884) dedujo también una fecha muy lejana. El primero de ellos, además, creyó ver el tipo craneano de Lagoasanta, aunque ya mestizado, tanto en Bolivia como en el Perú. Hansen, defensor de las relaciones raciales entre América y Oceanía, encuentra similitudes entre el tipo lagoasanta y el melanesio y Kate afirma que ese mismo tipo tuvo su representación en Baja California.

El territorio de México figura también en el escenario de importantes descubrimientos que demostrarían la antigüedad del hombre americano, mereciendo citarse, entre otros, los del Peñón, los del Pedregal y los de Iztlán.

Igualmente, desde el siglo XVIII, han venido realizándose descubrimientos de fósiles humanos, asociados con artefactos rudimentarios y animales extinguidos, al norte de río Bravo, ya en los E. E. U. U.

El investigador Ales Hrdlicka, en su libro "Early Man in South America" y William H. Holmes, Jefe del Bureau of American Ethnology, ha combatido las tesis sobre la extrema antigüedad del hombre americano, sosteniendo el carácter neolítico de sus industrias, (1) frente a las afirmaciones de Abbot, Wilson y Haynes tendientes a demostrar el carácter paleolítico en los artefactos de la primitiva industria amerindia.

(1) Ales Hrdlicka. "Early Man in South América".

Llegados a la América por sucesivos aluviones inmigratorios y aislados entre sí por enormes distancias, invencibles entonces, los núcleos humanos empiezan a diversificarse por la acción constante del medio físico y por su proceso autogénico. En los círculos polares se establecen los esquimales, en lucha milenaria con los rigores del clima que absorbe todas sus energías y no les deja ninguna reserva espiritual para crear una cultura. En el Canadá, en la región de los grandes lagos, viven las tribus pacíficas de los hurones, los algonquinos y los iroqueses. Los otomíes fueron los primeros pobladores de la Meseta llamada del Anahuac, por haber dominado posteriormente en ella los nahuas, a través de las inmigraciones sucesivas de los toltecas, chichimecas y aztecas. Los toltecas llegaron a forjar una organización monárquica y tuvieron, en religión, el privilegio de creer en un ser supremo. Quetzalcohuatl fué el gran predicador mono-teísta. El calendario resume sus conocimientos matemáticos, y sus templos, palacios y monumentos perennizan sus aptitudes artísticas. Siglos después los aztecas los aventajaron en civilización, perfeccionando su organización social y política, confederando sus clanes, desarrollando sus artes y sus industrias, dejando a la posteridad asombrosas obras de ingeniería hidráulica y el recuerdo trágico de los teocallis donde rendían culto a Huitzilopochtli, dios de la guerra y primera figura del politeísmo.

Los mayas habitaron la Península del Yucatán y fueron producto de dos inmigraciones que llegaron sucesivamente en los siglos I y II de nuestra era: la primera, acaudillada por Holon-Chang que fundó la dinastía de los chanes y construyó la ciudad de Chichen Itzá y Mayapán: y la segunda dirigida por Tutul-Xiú que edificó la ciudad de Uxmal. Confederación tribal teocrática, los mayas fueron pueblos cultos que conocieron la escritura, cuyos signos se perennizaron en los bajos-relieves y en los códices o catunes, la ar-

quitectura que dejó bellísimos ejemplares, la escultura que perpetuó la figura de sus dioses, el calendario que habla de sus adelantos en las matemáticas y en la astronomía y el comercio en el que nada tienen que envidiar a los fenicios. (1).

Supervivencia actual de un grupo étnico antiquísimo, con un nivel de vida más bajo que el de los cazadores de cabezas de Borneo o el de las tribus negras del Africa, es la raza de los Seris, que vive en la Isla del Tiburón, a dos millas de la costa del Estado de Sonora, en el Golfo de Baja California, México. Las gentes viven en el suelo sin ninguna protección contra el sol o la lluvia, sin haber aprendido a arar la tierra, ni a fabricar otros utensilios que rudas canastas de paja y toscas embarcaciones pequeñas de igual material. Comen la carne cruda aunque conocen el fuego. Se valen de los dientes y de las uñas para cortar. No tienen dioses, ni religión, ni tabús. Su odio irreconciliable y su temor supersticioso a los extranjeros, los ha mantenido fanáticamente celosos de su libertad, habiendo recibido a los misioneros españoles con flechas envenenadas y lluvia de piedras y asesinando a todos los que no fueran de su raza. Llevan hasta hoy una vida miserable y nómada. Se dedican a la caza de los venados y, a falta de armas, lo hacen con la mano, persiguiendo en pequeños grupos a los animales y cansándolos en esa persecución. Su régimen es el matriarcal y su sistema político la ginecocracia.

Los quiches, los cackchikelos, los chorotegas y los caribes —estos últimos de temible ferocidad y bárbaras costumbres— se extendieron por la región de la América Central y la cuenca de las Antillas. En Sudamérica multiplicáronse también las razas aborígenes. La altiplanicie de Cundinamarca (Colombia) estuvo habitada por los chibchas o muiscas, divididos en varios cacicazgos rivales, que tenían

(1) Jorge Guillermo Leguía, "Historia de América".

como denominador común el absolutismo en el gobierno, garantizado por el servilismo en las indiadadas, una religión basada en la astrolatría, animismo y manismo, conocimientos agrícolas, alfareros y metalúrgicos y un comercio incipiente con la permuta o la compra, mediante monedas o "tunjos". Los muxos y los panches fueron antropófagos. El traumatismo de la conquista española truncó el incipiente proceso cultural de los chibchas que estaba en marcha.

Los quechuas y aimaras se extendieron en el Perú y Bolivia y forjaron civilizaciones esplendorosas cuyas huellas eternas asombran a los siglos. Los caras y los shiris poblaron las regiones del Ecuador. Vivieron en Chile los araucanos, indomables en su bravura, que habían resistido, victoriosamente, la expansión conquistadora del Incanato. Los tupis habitaron las selvas brasileñas y se mezclaron posteriormente con los guaraníes del Paraguay formando un grupo étnico tupi-guaraní. Los charrúas fueron los aborígenes del Uruguay. Y en la Argentina se multiplicaron los grupos aborígenes siendo los principales los diaguitas o calchaquíes en el Tucumán, los pampeanos en la región de las Pampas, los patagones en la Patagonia y los fueguinos, en el extremo sur, en la Tierra del Fuego. Ninguno de estos últimos agregados humanos pudo librarse del primitivismo de su estado embrionario y fué capaz de crear una civilización.

ORIGENES DE LOS PERUANOS.—PERSPECTIVA SOCIOLOGICA DEL PERU ANTIGUO.

El Perú, a través del Pre-Incanato, el Tahuantisuyu, la Colonia y la República ha constituido una sola realidad geográfica, cada vez más restringida, y cuatro medios sociológicos distintos. Sus primeros pobladores, allá en la nebulosa de los tiempos, alumbrada solo por la leyenda que es la fé de los pueblos cuando falta la historia, fueron produc-

to de sucesivos aluviones inmigratorios, acaso de procedencia maya, quizás de origen araucano o atlántico, posiblemente de abolengo asiático, que llegaron por tierra a nuestro continente, atravesando el entonces istmo de Behring, o que vinieron por mar, a nuestras playas, siguiendo la ruta polinésica.

A los arios, a los mongoles, a los tártaros, a los griegos, a los egipcios, a los fenicios y a los iberos se les atribuye haber engrosado las primeras legiones humanas que llegaron al Perú. La semejanza de ciertos artefactos y costumbres han permitido aseverar la posibilidad del origen fenicio. Algunas coincidencias de su filosofía religiosa dan pábulo a la hipótesis de la remota ascendencia judía. La afición de los peruanos primitivos a los cantos épicos sirve al Padre Acosta para intuir el origen griego y la semejanza de las cosmogonías lo llevan a admitir la posibilidad ancestral de los egipcios. Anchorena afirma que los tártaros fueron los progenitores de los peruanos primitivos, a mérito de ciertas similitudes craneanas que Hardlick encontró entre los siberianos y los mongoles con los hombres de tipo americano. Analogía idiomáticas — palabras comunes o similares en el Perú antiguo y en Oceanía — autorizan a Rivet para afirmar la ascendencia polinésica de nuestros aborígenes, en tanto que otros lingüistas proclaman la progenie ibérica, en mérito de análogas semejanzas de algunas palabras vascuences y quechuas. Díaz Romero plantea la teoría del origen atlántida del Tiahuanaco, cuya arquitectura, por lo demás, tiene alguna similitud con las construcciones de Carnac y de la Isla de Pascua. Entre los cronistas españoles, el P. Juan de Velasco acepta la descendencia camítica de los indios de Cuba; el P. Sumilla, con ingenuo alarde de presición, afirma que 131 años después del diluvio el hombre vino a América e induce que cinco siglos más tarde se conservaban aún vivos los re-

cuerdos del cataclismo; (1) y Montesinos habla de una población armenia que establece sus viviendas en el Perú.

Los descubrimientos arqueológicos no autorizan tan variada promiscuidad de hipótesis. Los más antiguos vestigios de restos humanos, en el Perú, se han encontrado en Arica. Sus hombres pertenecen al tipo chelense degenerado. No conocen la alfarería, ni la metalurgia, ni la agricultura, ni el arte de tejer. Viven de la pesca. Inhuman sus cadáveres en posesión tendida. Y su salvajismo no siente ninguna inquietud espiritual. Al tipo del pescador de Arica, suceden los pescadores de Ancón cuyo restos se aglomeran en pequeña colina —kiokemodinos— y que conocen ya, en forma muy rudimentaria, la navegación, los tejidos y la alfarería. Tipos salvajes, también pescadores fueron los Urus, primeros habitantes de la cuenca del Lago Titicaca, en quienes algunos antropólogos creen encontrar parentesco étnico con los botocudos de las selvas brasileras. Max Uhle afirmó haber hallado entre Chorrillos y Pativilca, en el departamento de Lima, restos de un grupo de pescadores antropófagos, en pleno estado de salvajismo, cuyos artefactos tienen algunas analogías con los fabricados por los aborígenes de la costa de Chile y de la Tierra del Fuego. He ahí el ciclo pigmoide en la concepción de la teoría de los círculos culturales.

Entre Pacasmayo y Chicama se han efectuado importantes descubrimientos paleontológicos y arqueológicos. Se han encontrado en esa zona restos de mamíferos hoy extinguidos, así como una terraza fluvial de acumulación, en cuya superficie arenosa existen los vestigios de una flora tropical y exuberante, extinguida y difícil de clasificar. También se encontraron instrumentos humanos y vestigios incipientes de alfarería. El Dr. Otto Welter, que ha estudiado estos hallazgos, afirma que los mamíferos debieron haber

(1) P. Sumilla. "El Orinoco".

coexistido con el primitivo hombre americano que migró del Asia en la última época interglaciar o la post-glaciar y que desaparecieron al extinguirse los bosques tropicales cuyas plantas les servían de sustento. (1). Reafirmando la coexistencia del primitivo hombre peruano con la fauna de grandes mamíferos extinguidos en la alta sierra, el Sr. J. A. Broggi cita la coexistencia de restos humanos y del "megatherium americanum con el hyperyppidium peruanum" en una cueva de la apartada región de Quishuarcancha, vecina al Cerro de Pasco, que según sus cálculos debieron vivir hace tres mil años aproximadamente.

Corroboramos nuestra opinión sobre la similitud de la trayectoria social del Perú prehistórico con los demás pueblos primitivos, "La Nueva Cronica y Buen Gobierno" de Felipe Guamán Poma de Ayala, reliquia bibliográfica, descubierta en 1908, por Richard Pietschmann, en la Universidad de Copenhague y editada recientemente por el Instituto de Etnología de la Universidad de París. Los primeros hombres del Perú fueron salvajes que habitaban en cuevas o cavernas, se alimentaban de productos silvestres y formaban tribus recolectoras o cazadoras a las que Guamán Poma califica de "generación Huari Huiraccha Runa". Posteriormente la recolección de frutos, al igual que en otros pueblos primitivos, engendra, en el Perú, la agricultura, uno de los orígenes de la ciudad. Iniciado así en el laboreo de las tierras, el hombre vive en "pucullos", es decir en pequeñas habitaciones de piedra. Su mentalidad intenta explicarse los fenómenos de su mundo circundante y se refugia en el mito. "Huari Runa" llama a esta generación Guamán Poma. Más tarde se inicia el arte de los tejidos. El hombre cubre sus casas de piedra con techos de paja. Beneficia los metales.

(1) Otto Welter. Ob. cit.

Reconoce una autoridad, atisbo del Estado. "Purum Runa", denomina Poma de Ayala a esta tercera etapa en la evolución social del Perú primitivo. En la cuarta etapa —generación Auca Runa— los hombres se dedican a la guerra, construyen fortalezas en sitios estratégicos, incrementan su acervo mítico y practican algunos deportes para vigorizar sus músculos. (1).

Cieza de León narra que nuestros aborígenes vivían en las cuevas naturales, en los huecos de los árboles o en los resquicios de las peñas. "Si es cierto o no —afirma— sábelo el altísimo Dios que entiende de todas las cosas, porque lo que voy contando no tengo otros testimonios ni libros que los dichos de estos indios". (2) Garcilazo de la Vega consigna también la existencia de estos hombres cavernarios en los albores de nuestra evolución social. (3) Y tal afirmación adquiere verosimilitud porque en nuestro territorio existen cuevas como las del Cuzco, Huamalíes, Huánuco el viejo, Lima y otros puntos que bien pudieron servir de morada a los primitivos pobladores del Perú. El Dr. Pedro E. Villar Córdova, en su obra "Las Culturas Pre-hispánicas del Departamento de Lima" distingue tres clases de cavernas: 1) caverna-habitación como las galerías subterráneas de "Yuracpuquio" y "Huáchac" (cordillera de la viuda), "Wakon-pahuaín", "Huayocuay", "Acacay", "Jilcancachán", "Kakán", "Kahuera" y "Huanca-Machay"; 2) cavernas-adoratorios como las de Cahuera, en el pueblo de Viscas-Arahuay, "Wakonóahuain, en la altura del pueblo de Huacos, "Cordor-huachaní" en las alturas de la ciudad de Canta, "Aco-Machay" y "Pichta-Machuay", en las cercanías del pueblo de Huancos, "Cullcocha" en el nevado de Mango; y 3) caver-

(1) Felipe Guamán Poma de Ayala, "La Nueva Coronica y Buen Gobierno".

(2) Cieza de León, "La Crónica del Perú" (II parte).

(3) Garcilazo de la Vega, "Comentarios Reales".

nas-sepulturas, necrópolis que sirvieron para dejar los despojos de sus muertos. (1).

Comprobado está, pues, que los hombres que por primera vez llegaron a nuestro territorio fueron producto de importación y vinieron en estado de salvajismo. Inmigrantes y salvajes, pero inteligentes, esos hombres, en un proceso que debió durar muchas generaciones, fueron forjando, lentamente, los signos de la cultura peruana precolombina que, por lo mismo, es autóctona, reacción de la raza y del medio, hija del Ande y, como el Ande, con un recio aliento de eternidad, perpetuando en el grito mudo —válgame la expresión— en la mudez elocuentísima de sus piedras multimilenarias.

Es el Perú un regalo de los Andes como el Egipto es un don del Nilo. Los Andes —perenne mandato al esfuerzo de los hombres— nos han dado todos los climas, todos los productos, todas las riquezas, casi todo lo que tenemos. Por ellos, en confabulación con la corriente marina de Humboldt, no llueve en nuestra costa árida, en donde el empeño humano, rectificando la obra de la naturaleza, está ganando millares y millares de hectáreas para el cultivo. Explican los Andes el esfuerzo creador del Perú primitivo en la domesticación de las plantas y de los animales. A ellos se debe la lucha tenaz de nuestros aborígenes para ganar a la agricultura las estrechas gargantas de la sierra y aún las rocas de las cordilleras, mediante el sistema admirable de los andenes incaicos; luego la pugna vigorosa y en no pocos casos sangrienta, de la Colonia, para arrancarle los metales preciosos

(1) Pedro E. Villar Córdova, "Las Culturas Prehispánicas del Departamento de Lima".

que hierven en sus entrañas; más tarde, el esfuerzo de la República por dominarlos con los ferrocarriles y las carreteras y llegar hasta el océano verde, gigantesco y en veces encrespado de las selvas amazónicas, ese Dorado leyendario que acicateó hace algunos siglos la codicia de los conquistadores hispanos y allí donde la utopía de hoy pone la cuna de la humanidad futura, los Andes nos hicieron, desde el Incanato, esforzados, luchadores y fuertes.

Al dividir a nuestro territorio en tres regiones geográficas, la cordillera andina ha creado tres tipos sociales distintos: el costeño, el serrano y el selvático.

La Costa, región llana y abierta, despejada y benigna, apta para la aclimatación de los extranjeros, recibió, desde los tiempos remotos, las influencias civilizadoras del mar, que paradójicamente une a los pueblos que separa. Creó en las épocas precolombinas, sus culturas propias de alfareros y tejedores en Chimú, Pachacamac y Nazca, allí donde la cerámica tuvo un hondo sentido social porque el alfarero —historiador nativo— tradujo, en el milagro del barro, las orientaciones, las creencias míticas, los anhelos y la vida de la colectividad, en esa vasta trayectoria del ayllu el imperio. Los hombres son un pedazo de tierra y —denuncia de la raigambre totémica— se sienten allegados a la fauna. Por eso los ceramistas llevan a la arcilla, llena de gracia y de frescura, la vida de los lobos marinos; del sapo, portador de las buenas cosechas; del felino simbólico y divinizado; del zorro pequeño y astuto, habitante de los desiertos costeros, adorado entre las tribus preincaicas, dueño de una celebridad que ha sobrevivido en cuentos y apólogos en los que pasea su picardía y donosura.

Los pueblos costeros fueron dominados, primero por los quechuas que vinieron por tierra y luego por los iberos que llegaron por mar. Sucesivas incursiones trajeron cambios

étnicos y alteraciones sociales. El comunismo agrario de los Incas antagoniza con el feudo hispano del coloniaje, antecedente del latifundio republicano. La amplitud del horizonte costeño y la benignidad de su clima, unida a la escasez del agua, han forjado el carácter de ese nuevo producto étnico. El hombre de la costa no dispone fácilmente de los recursos que necesita y lucha para conseguirlos. Es optimista. No tiene la melancolía de la sierra que lo oprima, ni de la cordillera que lo detenga. Es un hombre migratorio. Desgasta sus energías. Se desapega del campo y se acerca más a la ciudad. Es más obrero que campesino. Y tiene preocupaciones, inquietudes y aspiraciones que no alimenta el hombre de los Andes.

Distinto es el panorama social de la Sierra que cubre una gran porción territorial del Perú. El serrano tiene a su alcance todas las materias primas y los productos necesarios para su sustento. Por lo mismo no lucha por la vida que no le brinda lujos, pero que tampoco lo condena al hambre. Quienes vienen a luchar y a enriquecerse son los de afuera. Toda la familia —marido, mujer e hijos— contribuye, con su trabajo, al sustento del hogar. Vida fácil y modesta, sin más perspectivas que los problemas de su pequeño mundo circundante. Otrora el hombre de la Sierra forjó las culturas megalíticas del Tiahuanaco y de Chavín donde la piedra se hace espíritu. Los Incas, organizadores de pueblos, crearon allí un Imperio el más vasto de la América precolombina y un régimen social, en forma de pirámide, estratificado en una escala de poderes, privilegios, castas nobiliarias, curacas sometidos, pueblo tributario y yanacunas esclavizados, incompatible con la catalogación socialista que se le ha atribuido indebidamente, acaso por ciertas formas de comunidad agraria, anteriores al Incanato y que nunca llegaron a extenderse en todas las regiones del Tahuantisu-

yu. El sistema incaico fué, por el contrario, antisocialista, a tal punto que no es posible parangonarlo ni con el socialismo utópico, preconizado por Platón en la Antigüedad y por Thomas Moro en los Tiempos Modernos, ni con el socialismo cristiano encumbrado por los primeros padres de la Iglesia, ni con el socialismo llamado "radical" que se extendió en Francia, Alemania e Inglaterra, en el siglo pasado, ni con el socialismo científico cuyo padre fué Karl Marx, creado para una sociedad de tipo industrial, en la que vivió Marx, incompatible con la sociedad de tipo agrario en la que vivieron los Incas.

El socialismo combate las castas y los privilegios dinásticos y religiosos y el Incario fué, precisamente, un régimen de castas y un estado teocrático militar. El Inca fué sagrado para sus súbditos. Era hijo del Sol. Se consideraba divino y hasta el advenimiento de Inca Roca, fundador de la segunda dinastía, concentró en su autoridad todos los poderes políticos y religiosos. Era el Emperador y el Villac Umu. Los Incas impusieron su autoridad organizando, ordenando y unificando a las poblaciones del territorio sometidas en épocas anteriores a curacas y mandones, rivales entre sí, que dominaban pequeñas porciones, en un sistema parecido al feudalismo medioeval. Los Incas respetaron intencionalmente en los pueblos dominados todo aquello que podía ser aprovechable para sus fines de explotación y destruyeron o modificaron tan solo aquello que podía representar un peligro para su predominio. El Incario fué, de esta suerte, un estado señorial, absolutista, militar teocrático, basado en una economía agraria colectivista y en una profunda división de clases y erigido sobre el dominio, mediante la conquista de pueblos que vivían primitivamente en grupos aislados y rivales.

No existió en el Incanato la igualdad social que pre-

conizan todas las escuelas socialistas, acordes en combatir todas las noblezas de sangre. En el vértice de la pirámide social estuvo el Inca, que fué el Luis XIV de nuestra prehistoria. La familia imperial formada por sus hijos, sus hermanos y sus concubinas, constituye la primera clase noble. Integran la segunda clase nobiliaria aquellos cuya sangre dinástica se había mezclado con familias que no la tenían. Nobles de tercera categoría eran los curacas o caciques, antiguos régulos que habían aceptado, sin resistencia, la conquista de los Incas, a quienes rendían vasallaje y pagaban tributo y de quienes recibían algunos privilegios. En la base de la pirámide, soportando todo su peso, estaba la clase inferior, el pueblo que sostenía con su trabajo a las clases superiores.

“La aplicación de un plan despótico —afirma acertadamente Louis Baudin— permitía obtener no solo un rendimiento suficiente para alimentar a los trabajadores, sino también la plusvalía para la élite”. (1). Fueron los Incas, antes que los españoles, quienes traumatizaron a la mentalidad indígena, cuya historia se detuvo en 1531. La multitud de los indios tuvo esa “inagotable sed de sometimiento” de que habla Le Bon. Fué una arcilla dócil en manos del Inca organizador y prepotente. Jamás el monarca consultó a sus vasallos, ni los reunió en asambleas deliberantes, ni los ensayó en las prácticas democráticas. Antes que padre de sus súbditos, se sintió jefe de su imperio. “Si yo diera una orden, hasta los pájaros dejarían de volar” cuentan que dijo Atahualpa a Pizarro. ¿Donde está entonces el socialismo incaico?

No es posible confundir la comunidad de los ayllus con el estado de los Incas. El ayllu es anterior al Incario y no llegó a extenderse en todas las regiones del Imperio. Dentro

(1) Luis Boudin, “El Imperio Incaico”.

de cada ayllu existía, es cierto, el régimen comunista: cada individuo trabajaba según su capacidad, entregaba al ayllu los frutos de su trabajo y recibía del ayllu un aporte agrícola en armonía con sus necesidades. El ayllu cumplió, en parte, el ideal maximalista; pero el Imperio supeditó a los ayllus y los obligó a trabajar también para el Inca y para el Sol. Los Incas destruyeron las posibles asociaciones de ayllus o las conservaron nominalmente cuando les convino hacerlo. Coexisten así el ayllu y el Estado incaico, pero entonces el ayllu, antes de servirse a sí mismo fué un obligado servidor del Estado.

No existió, pues, el socialismo de los Incas. Existió, en cambio, el comunismo de los ayllus. Pero sobre ellos crearon los emperadores un régimen de castas, de privilegios y de traumatismos espirituales, incompatibles con las concepciones socialistas.

Difiere del costeño y del serrano el hombre de la selva, curiosa paradoja de indolencia y dinamismo, reflejo de la propia naturaleza que a veces lo brinda todo y a veces todo lo niega. Tiene un alma primitiva y no lo angustian los problemas del espíritu.

Los Andes tienen distintas alturas. Cada altura posee un clima propio y cada clima tiene sus productos especiales. Las vértebras andinas determinan, por eso, que el Perú tenga los productos de todos los climas, aparte de guardar también las ingentes riquezas del subsuelo. Las zonas productoras determinan la afluencia de la población. Son centros convergentes de los núcleos humanos. Las regiones mineras de los Andes son las más pobladas por la cantidad de brazos requeridos para las explotaciones metalúrgicas. Las zonas agrícolas en los valles interandinos concentran también a las poblaciones. En las punas, al parecer interminables, viven

algunas comunidades y pastores una vida rudimentaria y pobre.

El problema étnico-social que, desde la pre-historia, plantean los Andes es doble: aclimatación para los naturales del lugar y adaptación para los recién llegados. Más que en ninguna otra región del mundo, el hombre es, en América, pedazo de tierra, función del clima. La movilización humana de la sierra a la costa y viceversa trasunta la “agresión climática”, que se caracteriza por perturbaciones orgánicas, muchas veces graves y aún mortales en los individuos. Este fenómeno ya era conocido por los Incas. Cuando Huayna-Cápac, después de dominar Quito, bajó a la costa para conquistar al Chimú, renovó su ejército tres o cuatro veces para librarlo de la acción mortífera del clima cálido. Y en el régimen de los “mitimaes” —colonización interior, obediente a razones políticas, militares y económicas— los emperadores incaicos cuidaron celosamente asegurar la aclimatación previa de esas migraciones del nomadismo indiano. Algunos delitos se castigaban enviando a sus autores a regiones de distinto clima donde los trabajos en las chacaras del Inca agotaban punitivamente sus energías. Los hombres de la costa conocieron también los mortales efectos de la “agresión climática” y, confiando en ella como en una aliada, duplicaron su resistencia contra la fuerza expansiva del Imperio. Esta acción del clima estuvo también reconocida y expresada posteriormente en los documentos históricos de la Conquista y el Coloniaje, en los relatos de Miguel de Estete uno de los compañeros de Pizarro, del Licenciado Fernando Santillán (1550), del Padre Cabello Balboa (1576), en la carta de Hernando Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo, en la Memoria del Virrey Príncipe de Esquilache, en las obras de Garcilazo de la Vega y en algunas otras más.

Si los primeros pobladores de nuestro territorio fueron inmigrantes, las primitivas culturas peruanas son, en cambio, autóctonas, producto de la raza y del medio, esfuerzo plurisecular de muchas generaciones que aquí nacieron, desarrollaron sus posibilidades y supervivieron en sus obras, cada vez más perfectas.

Sostiene Max Uhle el origen costeño de la cultura peruana y le asigna un abolengo maya. Considerando a la civilización como una "planta acuática" que brota siempre a orillas de los mares, de los lagos y de los grandes ríos, explica la plasmación de nuestras culturas aborígenes en la costa y su proyección posterior hacia la sierra, en un proceso en que el proto-chimú resultaría padre de Chavín y Nazca progenitor del Tiahuanaco.

Otra hipótesis, basándose en que las mesetas son centros productores de culturas, afirma que las punas andinas, por sus condiciones biológicas-sociales para almacenar grandes colectividades humanas, contienen el humus de la cultura mucho mejor que en la costa, en la que, a excepción de unos cuantos valles, no pudieron formarse y vivir esos inmensos agregados, Chavín, pueblo construido sobre el río Puccha, afluente del Marañón, resulta, dentro de este criterio, el epifoco de la más arcaica cultura peruana, forjada por el hombre forestal que trajo en su viaje a la sierra la idea y el recuerdo del jaguar, animal montañés temido, venerado y cuya evolución antropomórfica se constata en el arte pétreo de la "Estela de Chavín" o Piedra Raymondi. Las hoyas interandinas condicionaron la existencia de los primeros pobladores. Los auquénidos les facilitaron la vida después de que el hombre aprendió a domesticarlos. Y luego, en busca de pasto para sus ganados, los hombres recorrieron toda la región interandina, llevando a través de ella los signos de la cultura amazónica del Marañón; descendieron a los valles de la sie-

rra, plantando sus hitos culturales en el Callejón de Huaylas (Aija); y bajaron finalmente a la costa para producir en ella distintos estilos de arte.

La experiencia histórica presenta argumentos valiosos para sostener ambas hipótesis. Ciertamente es que desde Homero se reconoció al mar como cuna de la civilización; que el Nilo, el Ganges, el Tigris y el Eufrates vieron formarse, a lo largo de sus riberas, grandes colectividades; que en las orillas del Mediterráneo se desarrollaron las brillantes culturas antiguas del Egipto, Grecia y Roma. Pero no es menos cierto que, en el Asia, las mesetas interiores del Himalaya y del Pamir fueron focos poderosos de cultura; y que, en América, las mesetas produjeron las culturas azteca y tiahuanacuense.

La ciencia culturoológica exige un mínimo del 70 % de elementos culturales tomados de un pueblo a otro para afirmar la derivación de su cultura. Existen algunas analogías entre las culturas primitivas peruanas y maya. Los templos mayas se asemejan, por la forma de sus terrazas y por sus motivos ornamentales, con las huacas del Sol y de la Luna, halladas en Moche. La escoloperidra o ciento piés que encontró Uhle en los ceramios protoaztecos es una conocida divinidad en el arte maya. Algunos motivos arquitectónicos del templo de Chavín son las serpientes que también recibían culto especial entre los mayas. Serpientes son, igualmente, los cetros de la divinidad y las estólicas de la Piedra Raymondi, así como los adornos de la Portada del Tiahuanaco, cuyo ídolo —representación de Viracocha con hábito talar— tiene alguna semejanza con los dioses centro-americanos. Toda esta influencia representa, sin embargo, apenas el 10 % de los elementos culturales mayas en el proceso espiritual del Perú antiguo. En cambio el jaguar, divinidad suprema y unidad artística en las culturas primitivas, es de un innegable origen forestal, sin ninguna influencia maya. Y, excep-

ción hecha de los spondylos, tampoco vinieron del norte los elementos tecnológicos.

Afirma Troll que tres grandes ondas civilizadoras —arahuacos, tiahuanacos y tihuanacoyanos— llegaron sucesivamente al antiguo Perú. La hipótesis arawak se vincula con el origen atlántico de los primeros pobladores de América. El pueblo arawaka, el más antiguo del continente, debió ingresar por la hoya amazónica. Uhle entronca su parentesco con el hombre de Arica, en mérito a unos restos encontrados en sus tumbas; con los urus, habitantes de la cuenca lacustre del Titicaca y del Aullagas; con los changos y los atacameños. Los arahuacos selváticos escalarían los Andes, estableciéndose después en las punas, tan propicias a la concentración de grandes masas, y serían posteriormente desalojados por los tiahuanacuenses.

El profesor Posnansky está convenido de que el más antiguo edificio de hechura humana se halla en el Perú, construido antes de que existiera el lago-mar, o sea antes de la última, glacialización, en el Haconta-Palayani, continuación del Titicaca, más allá de la desembocadura del río Desaguadero. Induce por sus ruinas la potencialidad cultural del peruano primitivo. (1).

La Escuela histórico-cultural sostiene que las culturas superiores de los Andes son el resultado del choque o la mezcla de dos círculos culturales distintos: el totémico-patriarcal y el exogámico-matriarcal. Posteriormente intervendría un tercer grupo, el patriarcal-libre, aportado por los Incas. Operaríase esta fusión de manera desigual, predominando el círculo totémico patriarcal en el sur y especialmente en la región interandina y el círculo matriarcal exogámico en el norte y en la costa. Schmidt, en su libro "Círculos de Cultura y Capas Culturales", nota la coincidencia que, en sus rasgos

(1) A. Posnansky, Ob. cit.

esenciales, presentan los círculos de cultura sudamericana y los círculos de cultura universales. (1). Hermann Trimborn vincula el Estado Incaico al círculo de los estados señoriales. Frobenius asigna a la cultura peruana, sin menoscabo de su autonomía, un sitio en lo que él denomina “círculo de la alta cultura mágica” cuya jurisdicción coincide con el anillo volcánico del Pacífico, las costas occidentales americanas, el Japón, la China, la Polinesia, la India y Madagascar.

La mayor suma de elementos culturoológicos del Perú antiguo son completamente distintos de los elementos constitutivos de las culturas asiáticas y oceánica. Tampoco las culturas precolombinas pueden ser incorporadas en la concepción spengleriana porque no tuvieron los caracteres de la cultura apolínea como la griega, ni de la mágica como la árabe, ni de la fáustica como la occidental.

Un mismo ritmo impulsa el movimiento y la evolución de las distintas culturas antiguas, pero cada una de ellas conserva su fisonomía propia e independiente. Por eso, la civilización de los Incas, aunque autóctona, presenta curiosas similitudes con las de otros pueblos lejanos de Europa, Asia y Africa, que no podrían ser explicadas por el contacto directo entre ellos, en razón de las enormes distancias que los separaban; y que, por lo tanto, deben atribuirse al cumplimiento de la ley del paralelismo en la evolución de las distintas colectividades primitivas. El ayllu tiene algunas analogías con el mir ruso, la “dessa” de Java y el allmand de Suiza. El reparto anual de las tierras de cultivo entre las familias incaicas se parece al de los germanos. El sistema de los mitimaes —trasplante de los pueblos vencidos a otras regiones para garantizar su mejor sometimiento— era conocido por los asirios y los babilonios. Los “quipus” tienen su sinónimo en los cordones agrandados de la primitiva escritura china y algunas

(1) P. Schmidt, “Círculos de Cultura y Capas Culturales”.

analogías con cierta forma de escritura usada en Australia Occidental. Lo propio ocurre con los montones de piedra denominadas “apachetas”. La división territorial aborigen era análoga a la romana. El culto al Sol era conocido en el Perú, en México, en el Egipto y en el Japón. El Inca y el Faraón se consideraban “hijos del Sol” de la misma manera que a los antiguos emperadores chinos se les veneraba como a “hijos del cielo”. El culto a los muertos es general en todos los pueblos asiáticos y americanos.

Fruto del espíritu colectivo que nació y se expandió en nuestro propio ambiente, las culturas del Perú antiguo fueron obra de nuestros propios indios cuyo genio, multiplicado en las fortalezas, ciudades y templos megalíticos, en las maravillas de la orfebrería, de la cerámica, de la alfarería y de las artes textiles, tanto en la costa como en la sierra, ha sobrevivido a todos los cataclismos históricos, afirmando, en el espacio y en el tiempo, sus signos recios de eternidad.

ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Vindicación de la Cultura Antigua.

Es preciso, ante todo, indicar lo que entendemos por CULTURA ANTIGUA. Spengler ha popularizado con este nombre al período Clásico o Greco-romano. Indudablemente la designación no fue feliz, puesto que es evidente que han existido culturas más antiguas que la Helénico-latina, aún dentro del ciclo, que, comenzando en la prehistoria, llega hasta nosotros. Con más propiedad puede llamarse Antigua la cultura relacionada de los habitantes del Asia Anterior y el Noreste del Africa en los primeros milenios antes de la era actual. Así lo consideramos en este artículo.

Tal cultura comprende lo que, parcialmente, se llaman civilizaciones Sumeria, Egipcia, Babilónica, Asiria, Hebraica, Fenicia, Aramea, Hetita y Minoana. Aunque cada una de las sociedades antes enumeradas haya tenido sus propias peculiaridades, no puede dudarse que existió una estrecha vinculación y continuidad entre todas ellas y que los caracteres generales de la mentalidad, de la organización social y política y de las formas de vida, en la zona geográfica expresada, durante el tiempo asimismo referido, tienen tan gran semejanza, que, salvo algunos particularismos, pueden tenerse como los mismos y de allí que proceda al estudiarlos bajo un solo signo cultural.

La mejor prueba de este aserto está en que todas ellas

han sido calificadas con el epíteto de teocracias orientales y que, generalmente, igual crítica severa ha valorizado su aporte al progreso humano.

Al particular ha existido entre la mayoría de los historiadores una palpable injusticia. Parece que la admiración por el “milagro griego” ha conducido al extremo de desconocer cuanto los hombres avanzaron antes de la aparición de los pensadores y estetas helenos.

Es verdad que la que venimos denominando Cultura Antigua presenta estigmas imborrables. Podemos citar su concepción nada dignificante del individuo, sus abominaciones y absurdos religiosos, su arte canonizado de una grandiosidad inútil y agotadora, pero el avance, últimamente realizado, en las investigaciones históricas, nos permite darnos cuenta de que, bajo esa odiosa apariencia, se encuentra una obra de primordial importancia para el adelanto de la humanidad.

Un hecho capital en su favor es que ella ha sido la primera de las llamadas “Grandes Culturas”, de aquellas que dice Spengler “que describen sus círculos majestuosos entre la masa ingente de los acontecimientos humanos”. Fueron, pues, los iniciadores de este periodo cultural los que sacaron a nuestra especie del letargo prehistórico en que vivió quinientos mil años. Por otra parte, como ya los sostenía Herodoto, día a día se aclara su contribución decisiva en los primeros pasos de las ciencias, las artes y las técnicas.

Tenemos, por ejemplo, que siempre se les negó a los componentes de esta Cultura toda facultad de abstracción filosófica. Es cierto que en la Cultura Antigua no puede hablarse de la existencia de una Filosofía en el sentido extricto de la palabra. Convenimos en que la Filosofía, como disciplina independiente entre los conocimientos humanos, con un sentido laico, racional, naturalista, solamente aparece en

la Cultura Helénica. Sin embargo, dentro de las elucubraciones religiosas del Egipto y el Asia Anterior, del primero principalmente, encontramos algunas ideas ciertamente filosóficas, ya sobre la esencia del ser supremo, la naturaleza primera de las cosas, las leyes que rigen el Universo y otros problemas de índole metafísica. Aún hasta se hallan pasajes que permiten darse cuenta de sus opiniones respecto a la actividad subjetiva.

La Cultura Antigua es abundante en mitos, pero hay algo más que fantasía primitiva en la llamada Doctrina Heliopolitana, en Egipto, que si bien bajo la forma mitológica, indispensable dentro de su credo materialista, representa una concepción muy interesante respecto a la esencia y génesis de los dioses, los seres y las cosas.

En general en toda el área cultural Antigua, nos hallamos en presencia de una creencia, que parece haber sido muy arraigada, referente a la esencia primordial. Es el elemento acuoso, el mismo que constituye el *arqué* de Thales. Así, en las antiquísimas relaciones sumerias, anteriores a los 3,000 años antes de Cristo, se explica el origen de todo lo creado por la unión de dos principios húmedos, Apsú y Tiamat, las aguas dulce y salada.

La teoría de los sabios de Heliópolis es más profunda. Según ellos, en el principio, existía un Agua, en la que flotaban los gérmenes inertes, *menú*, de todos los seres y las cosas. Dándole un aspecto religioso a esta especulación intelectual, personificaron en el dios Nun a este principio acuoso, que es, al mismo tiempo, [el caos, la nada.] En el vivía como expresa Moret, un espíritu indefinido aún, pero que llevaba en sí mismo la suma de las existencias futuras. Se le llamó Atum. Sufriendo a consecuencia de su falta de personalidad, deseó crear en su espíritu todo cuanto existe. Atum se levantó por el esfuerzo de su voluntad fuera del Nun. Sur-

* El Caos no es ~~de~~ sinónimo de La Nada.

La teoría griega en del origen es la Ordenación del Caos

La judía es la creación ex nihilo.

gió del agua primordial, se hizo la luz y Atum, desdoblado y materializado, fue el Sol, Rá.

Atum-Ra crea después todos los dioses, los seres y las cosas del Universo. La aparición se realiza conforme va pronunciando los nombres de todo lo que existirá. Es la creación por el Verbo. Para los pensadores de Heliópolis, el Verbo no solamente crea el mundo en su origen, la vida universal es una creación continua alimentada por él. En esta actividad infatigable del Verbo vemos el concepto del devenir incesante, acogido después por tantas escuelas.

De Atum-Ra surge la Eneada, que constituye la explicación cosmogónica y el mito de Osiris, que simboliza la lucha del bien y del mal, de la creación y la destrucción.

Observamos que dentro de la envoltura religiosa, mítica, artificiosa que rodea a la idea heliopolitana, se perciben concepciones metafísicas. En su origen, el principio único es un elemento acuoso, del que surge todo lo creado, en un fluir continuo, regido por un orden universal.

Igualmente, como hemos anunciado, se encuentran expresiones referentes al mecanismo de la conciencia individual. La antiquísima inscripción del Faraón Shabaka dice: "Cuando los ojos ven, los oídos oyen, la nariz respira, lo llevan todo hasta el corazón. Este es quien hace salir lo que resulta y es la lengua la que repite todo el pensamiento del corazón. Los miembros adquieren movimiento cuando la lengua emite las palabras, resultantes de lo que el corazón ha pensado". Deducimos, en primer término, que para los egipcios el pensamiento no se elabora en el cerebro sino en el corazón. Además, hallamos todo el proceso de la actividad síquica. La sensación provoca el pensamiento, que hace intervenir a la voluntad, representada por la palabra, la orden, que genera la acción muscular.

Se ha afirmado, asimismo, corrientemente, que la cien-

cia actual es el resultado de una evolución que comienza en la Grecia clásica y se ha desarrollado en la continuidad cultural heleno-latino-occidental, con aportes, no muy importantes, provenientes de la Siria, de los Arabes y, acaso, de la India, aunque estas tres últimas contribuciones hayan tenido también influencias griegas. De este modo se ha olvidado o desdeñado la labor realizada por los pueblos del Cercano Oriente antes de la Hélade.

Sin embargo, debemos estar seguros de que en ellos ha existido una ciencia, desde que, como expresa Abel Rey, este vocablo significa toda especie de saber y más cuando, innegablemente, hubo un conjunto de conocimientos que no pueden llamarse sino “científicos”, en el sentido más restringido de la palabra, en materia de matemáticas, astronomía y ciencia natural.

El lector puede hallar en la obra del autor antes citado “LA SCIENCE ORIENTALE AVANT LES GRECS”, cuanto debe la humanidad y, sobre todo, nuestra Cultura de Occidente, a la Cultura Antigua, bajo los indicados aspectos.

Dos grandes tradiciones han quedado, la mesopotámica y la egipcia, la primera de tendencia mágica y la segunda muy positiva, una abrió el camino de la abstracción y del apriorismo, la otra de la observación y de la prueba a posteriori.

Un tesoro de ideas fue acumulado por los magos caldeos que ha sido explotado por la ciencia. Los alquimistas, astrólogos, curanderos, fueron los creadores de la Química, la Astronomía y la Historia Natural. Las matemáticas, en su fundamentación, parecen provenir de estudios de carácter mágico sobre las propiedades místicas de los números y las figuras.

Los súmeros-caldeos nos legaron un sistema coherente de numeración, el sexagesimal, así como los nilotas desarrolla-

ron el métrico. En Mesopotamia la tabulación se erige en verdadero método científico. Se han encontrado abundantes tablas matemáticas y astronómicas. Las habían de multiplicación de 1 a 59, puesto que el 60 era la primera unidad de orden superior, de cuadrados de los 60 primeros números y de cubos hasta 16. Asimismo, se han hallado tablas de raíces cuadradas y cúbicas y las astronómicas nos revelan que conocían las progresiones aritméticas y geométricas.

Los sumerios idearon la llamada “notación de posición” o sea que cada cantidad puesta delante de otra significaba sesenta veces mas. Hasta nosotros ha llegado esta técnica y cuando escribimos, por ejemplo, $12^{\circ} - 14' - 32''$ (Doce grados, catorce minutos, treintidós segundos) no hacemos sino seguir el sistema sumerio, conservado incólume durante cinco mil años, de la numeración sexagesimal y la notación de posición.

Los críticos encuentran que la notación de posición revela un pensamiento matemático adelantado, cual es la concepción de la relatividad del valor del número, puesto que es ya elevarse a una abstracción.

Además, los egipcios realizaron las cuatro operaciones, adelantaron en el cálculo de las fracciones y a este respecto se cree fundadamente que superaron hasta a los mismos árabes, desde que conocieron los quebrados de numerador superior a la unidad, en tanto que los segundos llamaban “una expresión inarticulable” a la formada por el numerador 2 con denominador impar.

Los mesopotámicos, o más propiamente, los sumerios, nos han dejado también la división del tiempo, —horas del día, semanas, meses— y de la circunferencia en 360 grados. Los egipcios fueron los primeros en resolver problemas en que se consigue hallar, por medio de datos conocidos, uno que se busca o sea que solucionaron ecuaciones aritméticas.

En Geometría, la abstracción sacerdotal y la agrimensura se coaligaron para hacerla progresar. En Sumeria se encontró la igualdad del radio con el lado del exágono inscrito, la descomposición de esta figura en seis triángulos equiláteros, establecieron correctamente el área de triángulos, trapecios y rectángulos, así como el volumen del paralepípedo.

Las relaciones fijas entre algunos valores geométricos, como la igualdad entre el lado del exágono inscrito y el radio del círculo que lo contiene, a que ya nos hemos referido, impresionó profundamente el espíritu cercano al primitivismo prehistórico de los investigadores de esta Cultura y vieron en ello la intervención sobrenatural, de allí que el exágono inscrito aparezca como uno de los atributos de la divinidad en muchas representaciones sumero-caldeas. Ello los condujo a meditar al respecto y de la especulación de carácter místico sus espíritus fueron pasando, inconscientemente, a la abstracción científica.

Los egipcios han sido también expertos calculadores de superficies y volúmenes. Hallaron el valor de Pi y aunque no encontraron el teorema de Pitágoras, como principio general, se dieron cuenta que en el caso particular en que los catetos están en la proporción de 3 a 4 la hipotenusa vale 5.

Muy interesante en la Cultura Antigua es la rigurosa sistematización que, tanto en Egipto como en Mesopotamia, se percibe en lo relativo a pesos y medidas. En la segunda de estas regiones, principalmente, donde imperaba la numeración sexagesimal, se estableció un sistema solamente comparable a nuestro C. G. S., por supuesto dentro de la diferencia de ambiente. Además de que todas las medidas en sus múltiplos y submúltiplos presentan siempre una relación en que el factor 6 interviene, vincularon entre si unidades heterogéneas, Qa, por ejemplo, unidad de capacidad para áridos, es $1/144$ del codo cúbico y la Mina, unidad de peso, es

$1/240$ del mismo codo cúbico. Esto nos revela un sentido sistemático y lógico, racional, verdaderamente científico.

Se ha hallado también un verdadero patrón para las medidas de longitud. Se trata de una regla graduada que aparece en dos de las estatuas del conocido Patesi Gudea de Lagash y que indudablemente servía como base para las medidas en el país.

Nuestra ASTRONOMIA nace como es bien conocido, en esta Cultura. Los astrólogos caldeos y los observadores egipcios legaron a los griegos preciosos datos. Fue en Mesopotamia donde por vez primera se anotó el movimiento de los astros variables, Sol, Luna, planetas, con relación a las estrellas que ocupan posiciones fijas. Encontraron que los primeros tienen sus órbitas cercanas y pronto este camino del cielo —la eclíptica— fue jalonado, tomando como hitos o puntos de referencia los cuerpos celestes fijos que en él se hallan. Idearon que uniendo las estrellas mas brillantes de cada sector por líneas imaginarias se formaban figuras de seres míticos o reales. De esta manera dividieron el zodiaco en doce partes y podemos creer que la clasificación por ellos efectuada subsiste hasta nuestros días, puesto que denominaban sus constelaciones el Toro, el León, con su estrella del Rey —nuestro Régulus—, Escorpión, Cabra, Carneros. Algunos de estos documentos astrológicos se remontan hasta 2,800 años antes de Cristo. Para sus trabajos de esta índole descubrieron el cuadrante solar, la esfera armilar y la clépsidra.

El calendario egipcio revela el adelanto astronómico que alcanza este pueblo desde tiempo muy remoto. Los sacerdotes del Nilo consideraban como punto de partida de su era, el primer día del mes de Thot —15 de Junio— o de la inundación, en un año en que, en el instante de la salida del Sol, apareció simultáneamente en el horizonte la estrella Sothis (Sirio). Este orto heliaco de Sirio ocurrió el año 2781 a de J. C.

y se repetía, como es fácil calcular, siendo para ellos el año de solamente 365 días, cada 1460 años. Algunos egiptólogos, como Moret, fundándose en que en esa fecha ya existía calendario en Egipto, sostiene que éste solo pudo ser establecido en el 4,241 a. de C. E. Ello nos demostraría, como vemos, que la civilización en ese país es antiquísima.

Se creyó que la madre de nuestra Química, la Alquimia, había aparecido en Alejandría, a comienzos de nuestra era. En efecto, el término se deriva de KEMT, KEMI, tierra negra, nombre con que los egipcios designaban al humus fecundante que deja en sus campos la inundación del Nilo, pero el desciframiento de una tabletas de la biblioteca de Azurbanipal, en Asiria, nos demuestra que el origen de esta ciencia hay que buscarlo en Mesopotamia. A ella, además del elemento mágico, también contribuyó la técnica de los fundidores, grabadores, joyeros ceramistas, pintores, fabricantes de esmaltes y vidrios coloreados y otros obreros de oficios prácticos, tan desarrollados en toda el área de la Cultura Antigua.

Los conocimientos adelantados que los hombres del período cultural que reseñamos poseían sobre las ciencias que globalmente denominamos Historia Natural, podemos saberlos, en cierto modo, por los datos que respecto a la Medicina han llegado hasta nosotros. Tenemos fundamento para creer que los egipcios han sido los que más adelantaron en esta materia, tanto por el carácter positivista que caracterizó a sus investigaciones como por la costumbre de la momificación.

Se sabe que en el país del Nilo, en el siglo XXVIII antes de Jesucristo, ya habían textos de medicina. Herodoto nos relata que existían médicos para los ojos, la cabeza, los dientes, el vientre. En los últimos tiempos se han hallado varios papiros sobre medicina, como los llamados de Berlín de Ebers, de Hearst, pero es el de EDWIN SMITH el que ha

revolucionado el concepto que se tenía sobre el arte de curar en ese pueblo y, en general, sobre los conocimientos que los hombres del Nilo alcanzaron en anatomía humana y las demás ciencias conexas. Igualmente este papiro nos ilustra sobre el aspecto positivo del saber egipcio, que antes hemos hecho notar, pues en los cuarentiocho casos que investiga solamente en uno añade al tratamiento un sortilegio.

Por lo que resta de este papiro se observa en él una evidente organización. Se sigue en todo un orden lógico. Se examina el cuerpo humano metódicamente, de la cabeza a los pies, a pesar de que en lo que se conserva solo se llega hasta la columna vertebral.

Cada caso es contemplado siguiendo un sistema riguroso y constante, que se divide en cinco puntos.

Primero — Título	—	Se expresa	“Instrucción para tal enfermedad;
Segundo — Exámen	—	”	” “Si examinas un hombre” y se dan los síntomas;
Tercero — Diagnóstico	—	”	” “Di que sufre de tal mal”;
Cuarto — Pronóstico	—	”	” “Enfermedad que trataré”, pronóstico favorable;
			” “Enfermedad que combatiré”, pronóstico reservado;
			” “Enfermedad que no trataré”, pronóstico fatal.
Quinto — Tratamiento	—	Se indica	el método terapéutico.

Bajo el punto de vista médico, la importancia de este papiro no es tanta, pero tampoco es desdeñable y los remedios que recomienda pueden considerarse superiores, por supuesto, a las pócimas asquerosas y extravagantes que han perdurado en la Medicina sabia hasta fines del siglo XVIII y que

todavía subsisten en lo que denominamos remedios caseros. En general, cabe sostener que muchas fórmulas farmacéuticas nuestras tiene su origen, a través de la Ciencia Hipocrática, en los pueblos de la Cultura Antigua.

Lo que decimos de la Medicina podemos expresarlo sobre la ciencia fisiológica en general y es innegable que los conocimientos de los egipcios al particular, pasaron a los griegos y de éstos, por los alejandrinos y los árabes, a nosotros.

El DERECHO se ha tenido como una creación del espíritu occidental positivo, de los romanos. Sin negar cuanto debe nuestra Cultura a este respecto a la vocación latina y, sobre todo, a la monumental recopilación justiniana, hay que precisar que la mayoría de las instituciones jurídicas de la época actual las encontramos ya en la Cultura Antigua. Por lo demás, siempre se ha sabido que la legislación egipcia inspiró buena parte de las normas romanas, así como, en unión de los códigos semitas, influyó en Solón y otros legisladores griegos.

Las primeras recopilaciones legislativas que han existido en la humanidad, provienen de los sumerios. Los relatos de este país hablan de las leyes del dios Hanni y de la diosa Nisaba, posiblemente anteriores al año 3,000 antes de J. C. y, más tarde, el rey Urukagina confeccionó un compendio legal. Sin embargo, es el conocido Código de Hamurabi, obra de los semitas caldeos, el primer conjunto de normas jurídicas que ha llegado completo hasta nosotros.

En él se legisla sobre personas, sobre cosas, sobre derecho sucesorio, sobre contratos, se establecen formas de procedimiento civil y penal, se indican los delitos y las sanciones, se hayan preceptos reveladores de que poseían el concepto de la mutua cooperación, la asistencia social y la protección al débil y hasta se fija la responsabilidad profesional. Todas las convenciones contractuales que nos son cono-

cidas allí se encuentran: la compraventa, la permuta, el alquiler, el préstamo, el depósito, el mandato, la hipoteca, la fianza.

Al igual que la recopilación de Justiniano y el Código Napoleón, el de Hamurabi influye en los cuerpos legales de otros sectores de esa Cultura. Las leyes asirias, el Código Hetita, el Deuteronomio judaico se inspiran en el espíritu hamurábico.

Desde tiempo inmemorial existieron en la Cultura Antigua jueces o sea funcionarios dedicados únicamente a administrar justicia y hubieron lugares especiales donde se ventilaban los litigios, que, en Caldea, los textos cuneiformes denominan "lugar de juramento en nombre del rey".

En esta etapa cultural también se forma y organiza el Estado. Durante ella la humanidad abandona la primitiva constitución tribal. No se sabe como se realiza esta evolución entre los sumerios, pero los descubrimientos de Woolley en Ur nos prueban que en el 3,500 antes de Cristo ya existían estados poderosos en la Baja Mesopotamia. Los semitas calcaron su estructura política de la sumeria. En el Egipto es bien conocido este proceso. De los antiguos clanes totémicos se forman los nomos vecinales y de estos los dos reinos del Valle y del Delta, hasta llegar al centralizado imperio faraónico.

Aunque la forma de gobierno es el teocratismo, encontramos al respecto diversas modalidades. El poder casi divino del soberano fue controlado, muy generalmente, por grupos militares o sacerdotales y hasta por instituciones. Entre los hetitas, cuya civilización, extendida en el Asia Menor, va siendo descubierta, el Estado tuvo cierta forma feudal y los grandes barones constituyeron un parlamento, Pankús, verdadera Cámara de Lores, que, en ciertos casos, hasta llegó a deponer al soberano.

No puede negarse que en algunos momentos de la vida de esta Cultura, a pesar del proverbial teocratismo, se percibe actividad política y hasta inquietudes doctrinarias. Prescindiendo, por supuesto, de las intrigas y revoluciones de corte y harem, hay veces que la agitación nacional tiene un origen más elevado. En la época de Eknatón, por ejemplo, notamos claramente que hay dos tendencias beligerantes. El faraón es un reformador, anticlerical y, si valoramos su espíritu por las obras artísticas e intelectuales que propició, bastante liberal. Intentó un movimiento contra los rígidos cánones que en todas las esferas de la vida dominaban en el país del Nilo. Los sacerdotes, en cambio, son tradicionalistas y, al final, ganaron la partida. El pueblo se dejó convencer por ellos. Acusaron de impiedad a Eknatón y el desplazamiento hacia el monoteísmo que este inició, incomprensible para la masa ignara, fue expuesto por el clero como una herejía. En Mesopotamia ocurre algo semejante en tiempo de Nabónides.

En las ciudades fenicias, donde existía una gran población urbana, formada por los marineros de las naves, los trabajadores del puerto y los obreros de las industrias y manufacturas que constituían su principal comercio, los ambiciosos habían formado dos grupos, uno aristocrático y otro popular, ambos controlados por oligarcas como los partidos ingleses del siglo XVIII. Las luchas y revoluciones eran frecuentes. La famosa fuga de Elisa o Dido, de la cual resultó la fundación de Cartago, se realiza a causa de un motín de esta especie.

Por otra parte, si bien no puede hablarse de la presencia de doctrinas políticas verdaderas, nos encontramos con que no han faltado tentativas para crear un arte político, es decir, para codificar las reglas que pueden servir de guía para ascender al poder y mantenerse en él. En el antiguo Egipto encontramos las "Enseñanzas del Rey Menikara a

su hijo” sobre la mejor manera de gobernar y, en el Imperio Medio, las del faraón Amenemet, fundador de la dinastía XIIa. Los persas también establecieron reglas de buen gobierno.

Si en la Cultura Antigua, en verdad, se carece de las ideas de libertad política, de democracia y de dignidad humana, en la forma en que nosotros las entendemos y tal como nos fueron transmitidas por la cultura greco-latina, en cambio encontramos hombres valientes que se enfrentan heroicamente a los reyes, a los poderosos y al pueblo mismo, para enrostrarle sus faltas, como son los Profetas hebreos.

También en esta Cultura se estructuran los organismos del Estado. Se crea la milicia, la carrera judicial, el régimen hacendario, así como el funcionarismo y la burocracia. El catastro y el censo egipcio eran perfectos, gracias a los escribas y los romanos aprovecharon mucho de la constitución estatal de ese país. El imperio Aqueménida se cita también como modelo de administración, sobre todo después de las creaciones del genio gubernativo de Darío.

Si existió absolutismo monárquico, no se encuentra normalmente tiranía aristocrática. Todos los intentos para implantar el feudalismo en Egipto fracasaron después de episodios sangrientos. No hay en estos grandes imperios antiguos verdadera nobleza hereditaria, salvo entre los hetitas y asirios, habiendo sido los segundos influenciados por los primeros, de raza aria. El soberano, es cierto, tiene el poder omnímodo, pero todos los demás habitantes son iguales ante él. No hubieron *castas* y si bien era corriente que los individuos ejercieran la profesión de sus mayores, sin embargo, un hombre de cualquier clase social podía aspirar a los más altos cargos, siempre que adelantase en su cultura y merecimientos. En Egipto la carrera del ESCRIBA, de la cual salían los altos funcionarios, era accesible a todos los jóvenes. En las mastabas o tumbas de la generalidad de los per-

sonajes poderosos, en que se encuentra el relato de sus vidas, vemos que partiendo de los empleos más ínfimos han llegado a las más elevadas posiciones del Estado.

Al esclavo se le trataba mejor, conforme aparece de sus leyes, que en otras culturas más adelantadas, inclusive la nuestra. El respeto al vínculo familiar, tan vivo entre los semitas, imponía que el esclavo casado no pudiera ser vendido sino con su familia. Se dieron también normas precisas respecto a la manumisión y se conservan tabletas con rescriptos de los jueces en que resuelven equitativamente casos de este género. Según esto, hace cuatro mil años, en esa sociedad estigmatizada, el siervo vivía mejor que en los tiempos modernos del Tío Tom.

Así como en la Cultura Antigua se crea el Estado, también se forma la pequeña familia, como célula integrante de la Nación y tal como está estructurada hasta nuestros días. Las hordas, clanes y tribus, de vínculo familiar, en que están organizadas las sociedades humanas primitivas, en la Cultura Antigua experimentan un doble proceso. Por integración con otras, ya convertidas al sedentarismo y radicadas en el mismo sector geográfico, forman el estado vecinal o *ciudad-estado*. Por diferenciación, se disgregan en pequeñas familias, hogares o *domus*, como, en otra cultura, las llamaron los romanos. Esta segunda transformación se realiza lentamente, pero puede considerarse ya operada en el 2,000 antes de Cristo, cuando se establece definitivamente el régimen imperial y unitario en Mesopotamia.

La mujer en esta Cultura tiene generalmente mayor preeminencia y libertad que en otras consideradas superiores, como la islámica, la brahmánica o la china. En esta época se evoluciona, igualmente, de la poligamia patriarcal a la monogamia. Los camitas, egipcios y egeos, son monógamos desde muy antiguo. Muchos personajes de las primeras dinas-

tías faraónicas aparecen con su única y, al parecer, bien amada esposa en las pinturas y esculturas funerarias.

En los tiempos de Hamurabi —2,000 a. de C.—, según lo atestiguan innúmeras tabletas cuneiformes, las mujeres intervienen en actos públicos, como la celebración de contratos. La literatura egipcia nos revela la libertad que tenía el sexo femenino en ese país y entre los hetitas, de raza indo-europea, la reina ocupa un alto lugar en la jerarquía estatal y administra, cuando es necesario, el país.

Los derechos de la mujer en la sociedad conyugal están bien definidos y resguardados. En el Código de Hamurabi se legisla sobre el matrimonio, la dote (seriqtu), las arras (tirahtu), los bienes parafernales (nudunnu) y la situación de la viuda y la repudiada. En esos imperios tachados de despóticos hallamos que la ley protegía al débil. En Babilonia se amparaba al pequeño cultivador. Ante todo, al acreedor le estaba prohibido exigir el pago de lo que se le adeudaba antes de terminada la recolección. El campesino cuya cosecha se había perdido por causa de fuerza mayor no estaba obligado a satisfacer en ese año el capital ni los intereses del préstamo que se le facilitó para la siembra.

En Egipto el gobierno vigilaba porque todos los habitantes tuvieran asegurado el sustento. Entre los judíos hallamos la institución del año sabático en el que se perdonaban los intereses y el código mosaico prescribe la protección a la viuda y el huérfano.

En Caldea se legisló contra la usura, fijando la tasa máxima del interés en el 20 por ciento. Hubo, asimismo, preocupación por la salud del pueblo. En Egipto y Mesopotamia se alentaban los estudios médicos y ciertas prohibiciones del Deuteronomio no son, como salta a la vista, sino ordenanzas de profilaxia social.

En esta Cultura aparece, asimismo, el arte literario en la mayoría de sus manifestaciones. Verdad es que casi todas las producciones están impregnadas de un matiz religioso, que, muchas veces, encubre también un motivo político, pero, aunque hayan sido realizadas con tal finalidad, en ella se transparenta la individualidad creadora de sus anónimos autores y la diversificación de sus estilos.

Por lo demás, en el Egipto encontramos, junto a una abundante literatura piadosa, otra absolutamente laica. Las tremendas alocuciones de los Profetas son también producto de mentalidades independientes, altruistas y valientes.

En la épica tenemos el poema sumerio "GILGAMESH" anterior en mas de dos mil años a los cantos homéricos y al Mahabarata y Ramayana indostanos. Esta obra, además del interés que ofrece por su similitud con algunos pasajes del Génesis, aclara los orígenes de la leyenda de Melkhart y de Hércules, así como nos ilustra sobre la historia, el estado social, las costumbres y el conocimiento del mundo de los habitantes de la Mesopotamia del Sur alrededor del 3,000 años antes de J. C.

En materia de poesía subjetiva, en el país del Nilo, durante el Nuevo Imperio, encontramos, entre otras composiciones, unos Cantos de Amor, cuyo lirismo nos presenta un aspecto interesante de la mentalidad egipcia. Estaban acompañados por música, que se ha perdido, así como la métrica. Son diálogos entre amantes, casi siempre de una gran sensualidad. Nos revelan un Egipto de costumbres fáciles, alegrado por el bullicio de las fiestas religiosas, en el que las mujeres gozan de gran libertad.

Uno de estos cantos nos muestra al amante bajando el Nilo, invocando a los dioses para que le devuelvan a su amada. Se enferma al no hallarla, los vecinos se enteran y consiguen traerla a su lado. Se alegra, la besa "en la boca" y se

establece el diálogo. Ella quiere ser su esposa, “su ama de casa”, “poner su brazo bajo el brazo de él”.

Se hallan también pequeños ensayos, epigramas, que Moret considera servirán más tarde de modelo a los escarceos galantes de los poetas alejandrinos. Se expresan en ellos todos los matices del amor. En uno, la enamorada conversa con la tórtola que la despierta con su canto. Le cuenta que no abandonará el objeto de su afecto. Otras contienen reproches apasionados, sospechas de infidelidad. Los poetas, igualmente, alimentan su imaginación con el paisaje propicio al amor. Las perfecciones de la mujer amada son comparadas a los frutos y a las flores. Los árboles que cobijan a las parejas hablan y piden ser cuidados en cambio de sus servicios. Muchos versos describen el ideal de la belleza femenina para los nilotas “cabellera más negra que las tinieblas, dientes brillantes, talle esbelto”.

No olvidemos que el lirismo, pleno de metáforas, de versificación fácil, del “Cantar de los Cantares”, es una joya de la literatura de todos los tiempos y producto de la Cultura Antigua.

El “Himno a Aton”, en Egipto, los “Salmos” de la Biblia, los “Gathas” del Avesta iránico, son hermosas expresiones de la poesía religiosa en este tiempo, asimismo fábulas como la de “Etana”, “Tesup e Ilujanka”, “Telepinu” nos revelan que este género nació en esa zona y en tan remota época.

Existe también una copiosa vena histórica. En las tumbas y templos del Egipto las paredes están exornadas con textos de esta índole. Otras inscripciones son interesantes biografías. En Sumeria y Caldea abundan los relatos históricos. Los reyes hacen grabar los hechos más notables de su gobierno en lápidas, ladrillos, tablillas de piedra, estelas. Desde la época de Entemena, Isakú de Lagash, a principios

del tercer milenio anterior a nuestra era, que nos describe sus luchas con el principado de Umma, encontramos estas narraciones.

Los textos asirios son tan numerosos que han sido clasificados en cuatro géneros. Los Anales en los que se cuentan los sucesos cronológicamente; las Historias Militares en las que se sigue el orden de las campañas; los Fastos en los que los hechos están agrupados según las regiones en que se han producido y, por último, los Relatos, en forma de cartas dirigidas al dios Azur al regreso de cada expedición para darle a conocer los triunfos alcanzados.

Parece que en Fenicia existió una gran recopilación enciclopédica, debida al sacerdote Sanchoniátón, que contenía la historia de ese país y la expresión del acervo cultural Antiguo.

Los reyes de Persia han dejado notables inscripciones en los farallones pétreos de las montañas del Irán. Algunas escritas en tres idiomas, aqueménida, elamita y caldeo, han servido, como la famosa piedra de Roseta en Egipto, para descifrar esos idiomas antiguos.

El género didáctico fue también cultivado, sobre todo en Egipto, donde encontramos muchas sátiras y sentencias de finalidad moralizadora. Desde los primeros tiempos, en las tumbas menfitas, se hallan expresiones de una irónica Musa popular, como el "Canto del Pastor" y el estribillo de los portadores de literas, que encuentran más agradable el palanquín ocupado que el vacío. En el período de los trastornos políticos y sociales, que abarcan de la sexta a la undécima dinastía, aparece una literatura pesimista y reveladora del anhelo de corregir la sociedad. Las "Enseñanzas de Merikara", contiene advertencias para que el príncipe se cuide de los hombres turbulentos, que castigue a los poderosos que violan la ley, que honre a la divinidad y siga una recta con-

ducta. La conocida “Sátira de los Oficios”, “Las Lamentaciones del Campesino”, “Las Sentencias del Sacerdote Neferehu”, “El Diálogo de un Misántropo con su Alma”, “Las Advertencias de un Sabio”, “Los Cantos del Harpista”, son también de estos siglos y de índole ética.

En el Imperio Medio, en este mismo país, hallamos “Las Enseñanzas del Visir Ptahetep” y las del Faraón Amenemhet. En el Nuevo Imperio, “Las Máximas del Escriba Ani” y “La queja de un esposo”.

Se encuentran, igualmente, muchas obras de fin estrictamente pedagógico, como diversos papiros matemáticos, astronómicos y médicos en Egipto y tabletas cuneiformes con igual contenido, cual las halladas en Sippar, Nippur y la biblioteca de Azurbanipal, en Mesopotamia.

Los textos hetitas nos han conservado una muestra de la oratoria política en ese país. Se trata del discurso del rey Katusil cuando asciende al trono. Los libros de los Profetas en el Antiguo Testamento, son encendidas prédicas, admoniciones, en suma piezas oratorias.

En Egipto, dentro de las obras de ficción en prosa, encontramos varios cuentos. Podemos, pues observar, como antes advertimos, que en la Cultura cuya obra venimos reseñando se crean todos los géneros de la literatura, salvo la novela y el drama, que van a surgir en el mundo clásico. Sin embargo, se supone que en Creta, en este período cultural, habían representaciones teatrales al aire libre.

La recopilación de los cuentos egipcios es un tanto voluminosa. Tenemos la “Historia de Sinué”, que relata las aventuras de un joven oficial nilota, que huye al Asia donde alcanza riquezas y poder, más, obsesionado por la nostalgia de la patria, regresa a ella, abandonando la familia y tesoros que tiene en tierra extraña. La “Historia del Náufra-go”, el “Cuento de los Dos Hermanos”, el “Príncipe Predes-

tinado”, el “Hijo de Unamún”, son narraciones fantásticas reveladoras del carácter egipcio.

En la Cultura Antigua aparecen los dos sistemas gráficos primordiales, el jeroglífico egipcio y el cuneiforme mesopotámico, pero desarrolla aún más esta forma de expresión del pensamiento y nos lega el ALFABETO tal como lo utilizamos en nuestros días. Este descubrimiento atribuido a los fenicios es reivindicado actualmente por la crítica histórica para los arameos. De toda forma, está absolutamente comprobado que los griegos aprendieron a escribir de alguno de estos pueblos siriacos.

Los hombres de esta época emplearon bastante la escritura, lo que denota su grado elevado de adelanto. Los egipcios tuvieron, como es tan conocido, la clase de los escribas, verdaderos grafómanos, provistos de su pincel de caña y su paleta con tinta y agua, así como de sus rollos de papiro. Los mesopotámicos también acostumbraban anotar sus contratos, resoluciones judiciales y administrativas y datos de contabilidad en sus tabletas.

En ellas igualmente escribían sus obras literarias y su correspondencia epistolar. Sobre los moldes de tierra húmeda el escriba trazaba sus signos y después se dejaban secar o, más comunmente, se cocían, en hornos especiales, transformándolos en ladrillos duros.

Las tablillas se identificaban dejando en ellas la impresión del pulgar derecho, pero las personas de elevada condición poseían unos sellos planos, o, generalmente, cilíndricos, de piedra—los famosos cilindro-sellos—grabados con diversos motivos mitológicos, luchas de animales, flores que son verdaderas obras de arte glíptico.

Para asegurar los documentos contra falsificaciones, así como el secreto de la correspondencia oficial y particular, los ladrillos, una vez escritos, se espolvoreaban con arcilla

* En estas partes geográficas (Taurus-Hosaya) se encontró otra manera de expresar y guardar el pensamiento; los zúspis.

seca y se colocaban dentro de estuches de arcilla cocida o de tela, que se cerraban mediante trozos de barro endurecidos y sellados, que cumplían el mismo rol que el sobre y el lacre en nuestros días.

Nace también en la Cultura Antigua la DIDACTICA. Es aquí cuando encontramos la distinción entre lo que podemos llamar la “educación” del niño para su existencia personal y de relación y la “enseñanza” de los conocimientos alcanzados por la humanidad.

Desde el tercer milenio tenemos evidencia de que existen escuelas en esta extensión cultural. En Mesopotamia la más renombrada parece que fué la de Sippar. Se estableció una gradación y un método para el aprendizaje. El alumno conocía primero los signos simples de la escritura, después los grupos de signos y los ideogramas. Luego venía la gramática que era explicada por medio de paradigmas. En seguida se le iniciaba en las matemáticas, que comprendían las cuatro reglas elementales, el conocimiento del valor y equivalencia de los pesos y medidas y las monedas.

No habían textos en el moderno sentido, pero si colecciones paradigmáticas de signos, palabras y frases, así como tabulaciones con los resultados de las operaciones aritméticas, que, además de su fin pedagógico, servían como guías para los escribas y matemáticos.

En el Egipto hubieron también lugares de enseñanza donde se aprendía a leer, escribir y contar; el manejo de los jeroglíficos; las leyes y reglamentos de la administración y las fórmulas para la correspondencia epistolar. Después de muchos años de estudio se llegaba a ser escriba.

Existían escuelas de medicina y el papiro Edwin Smith está redactado en forma didáctica. Se ha hallado otro tratado o “Libro para curar las enfermedades”. En Saís, en el templo, había una “Escuela de Sabios Magos” y la “Casa de Vida” centro de estudios médicos.

Entre los judíos, los levitas tenían la misión de enseñar al pueblo y los grandes reyes, David y Salomón, se preocuparon de la instrucción pública. Más tarde, los persas introdujeron su sistema especial de educación y los magos se decían elementos de saber y cultura.

Desde el año 3,000 a. de C. puede decirse que existe ya un sector social culto. Los escribas egipcios y babilonios tienen en gran estima sus conocimientos y lo demuestra la popular "Sátira de los Oficios", en la que el padre, aleccionando a su hijo, denigra todas las ocupaciones para enaltecer la del escriba.

Los templos y palacios, además de las escuelas y así como los escribas, poseían libros. En Asiria encontramos una verdadera biblioteca, la de Azurbanipal. El Sardanápalo de los griegos, a pesar de sus crueldades en la guerra y sus vicios en la paz, reunió un gran número de obras escritas. En las bibliotecas y archivos el conjunto de ladrillos que componía un texto completo se guardaba, en una canasta, rotulada con una plaqueta de arcilla. Cada canasta venía a ser un libro o un expediente.

Por otra parte, las clases sacerdotales, a pesar de ambiciosas y absorbentes, representan un gran rol en el adelanto, conservación y transmisión de los conocimientos alcanzados por la humanidad en esta Cultura.

Aunque no pueden precisarse, en general, los esfuerzos particulares y sólo se percibe el avance colectivo, sin embargo nos han llegado los nombres de algunos personajes que poseyeron un espíritu evidentemente culto en esta etapa de la evolución humana. Tenemos a varios escribas egipcios, como Ani y Ptahetep, a Eknatón, el monarca innovador e inspirador de una tendencia liberal verdaderamente adelantada a su época, a los faraones Amasis y Neco. En Mesopotamia, hace 5,000 años, el escriba Enigal se preciaba de ser un

letrado, el rey Nabónides es un aficionado a los estudios históricos, el mismo Nabucodonosor era ilustrado y aún entre los sádicos sargónidas asirios encontramos, como hemos dicho, a Azurbanipal, que se rodea de libros y se jacta de su conocimiento y amor respecto a las sabias letras. En el Asia Mediterránea se sabe de la existencia del nombrado erudito Sanchoniatón y la Biblia pondera el talento y cultura de Salomón.

La MUSICA, en su elevada forma actual, es una de las más preciosas y auténticas creaciones de nuestra Cultura, más en la Antigua se nota que hubo gran afición por ella. En las tumbas de Ur, anteriores al tercer milenio, se encontró una orquesta de cámara, sacrificada para que deleitase al soberano en su vida ultraterrena. Arpas, salterios, guitarras, laúdes, flautas, trompetas, oboes, platillos son inventados o perfeccionados en esta Cultura, que también tuvo una grafía musical, como se ha comprobado por un texto cuneiforme.

Las grandes creaciones de la Cultura Antigua en lo que se relaciona con las artes plásticas no solamente nos impresionan por su grandiosidad y solidez sino también por su belleza.

La escultura helena puede reconocer sus antecedentes en el naturalismo asirio de los últimos años, cuyas expresiones más difundidas, el león y la leona heridas, son de un realismo efectivo. Al particular, los hallazgos en las poblaciones hetitas del Asia Menor hacen creer que en este pueblo se encuentra el origen de la escultura antigua.

La pintura egea, al fresco y al encausto, no fue superada, en cuanto a la técnica, hasta los albores de los tiempos modernos en que se inventa la pintura al óleo.

Los arquitectos sumerios y egipcios inventan el adobe y el ladrillo, la columna y la cúpula. El bajo relieve, el ladrillo esmaltado, precursor del azulejo, las decoraciones murales fueron legados de esta Cultura.

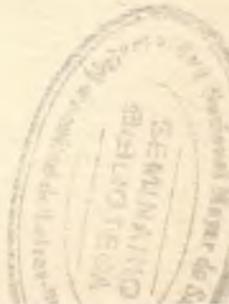
Son igualmente notabilísimos los trabajos en metal, vasos, figuras, joyas, así como los camafeos y otros minuciosos trabajos en toda clase de piedra. Los sumerios desde el cuarto milenio y los cretenses, en la época del esplendor minoano, maravillan por sus realizaciones en la orfebrería y la glíptica.

En esta Cultura la humanidad evoluciona trascendentalmente en lo que se refiere a la economía. La agricultura intensiva y la ganadería sedentaria transforman la vida del hombre, que controla ya, conforme a su iniciativa y su acción, sus medios de subsistencia. El comercio adquiere la modalidad que rige hasta nuestros días. Adviene el concepto de riqueza circulante. Aparece la banca. Desde el año 3,000, nos revelan tablillas cuneiformes que existían banqueros poderosos, como los Eggibi de Nipur, que realizaban la generalidad de las operaciones que hoy son el objeto de esas instituciones.

La moneda se crea en esa Cultura y en ella la inteligencia mercantil aramea inventa el sistema del crédito y la libranza.

Los caminos bien trazados, los puentes, las obras portuarias, los caravan-serail, los bazares aquí aparecen, así como los hombres se asocian en compañías, cuya constitución y funcionamiento la ley contempla, para desarrollar el comercio, el transporte y las manufacturas.

Los altos personajes y los ricos, puesto que en esta Cultura se forma la burguesía, llevaban una vida elegante y ceremoniosa, como Wells lo indica. Tenían joyas preciosas, finas telas de Damasco, tapices y muebles. Los asistían inúmeros criados. Contaban con médicos, dentistas, arquitectos; con músicos y danzarines para sus fiestas; con ebanistas, alfareros, decoradores, esmaltadores, perfumistas para que les suministrasen sus necesidades de lujo y confort. Celebraban grandes banquetes y tenían cotos de caza.



Las festividades públicas, que eran las ceremonias religiosas, pues la coronación del monarca, como hoy mismo, tenía este aspecto, fueron de una grandiosidad inimaginable. Herodoto relata que en Egipto se reunían hasta setecientas mil personas en una de estas ocasiones.

La arqueología nos enseña que hubieron grandes ciudades con centenares de miles de habitantes. Tebas, Menfis, Sais en Egipto, Sippar, Nippur, Kish en la Baja Mesopotamia, Nínive en Asiria, Ecbatana en Media, Susa en el Elam, Hatossas en el reino hetita, Tiro, Sidón, Biblos en el litoral de Siria, Damasco en el interior de este país, Knossos en Creta y, superior a todas, Babilonia, la ciudad luz del mundo antiguo, con sus maravillas y atracciones.

Eclosiona la primera de las Grandes Culturas o sea la Antigua, cuando se descubre la agricultura, la ganadería, la metalurgia. El cultivo por excelencia en esta etapa de la humanidad fue la cebada. En esa cultura se depende de este cereal, como en la Clásica y Occidental del trigo y como los asiáticos orientales del arroz y los indígenas americanos del maíz.

En los valles fécondos del Nilo y del Eufrates y Tigris, así como en las semi-fértiles praderas de Palestina y Siria, se producían, también intensamente, el centeno, la sémola, la linaza, plantas forrajeras, el lino. Se criaban numerosos rebaños de bovinos, cabras, carneros, asnos y, más tarde, el caballo. Los hombres, por otra parte, deben a esta Cultura la invención de la palanca, el plano inclinado, la polea, el aparejo, la cabria, el torno para elevar pesos, el cincel, el esmeril, la sierra, la rueda, el carro, el trineo, la vela, el barco de alta mar, mercante y de guerra, el arado de tracción, los canales de riego, el pozo de ladrillos, la báscula para regar, la noria, el molino, la levadura, la panificación, la cerveza, el vino, el hilado, los telares compuestos, la coloración

de las telas, los damascos, los brocados, la púrpura, los cordajes, el papel de papiro, la porcelana egipcia, el vidrio, el barniz vidriado o vidrio fusible, cuya composición olvidaron las culturas sucesoras, la fundición de metales, los hornos, los fuelles de aire, los sopletes de tubos, el damasquinado, el bronce templado elástico, también perdido, el adobe, el ladrillo, el ladrillo esmaltado, la balanza, el reloj solar, la clépsidra, las máquinas acústicas de aire y otros muchos descubrimientos, sobre todo en el arte manufacturero.

Es pues, necesario levantar el cargo de infecundidad que se le ha atribuido, tan a la ligera, a este período el más decisivo seguramente para la civilización humana.

Aún en materia religiosa la Cultura Antigua nos ha legado las mas elevadas concepciones. Si, por un lado, tenemos las abominaciones sensualistas en el culto de los caldeos, la estulta veneración a los animales en Egipto, los despiadados sacrificios de los adoradores de Baal en Fenicia y Siria, las ridículas prácticas de los sacerdotes de la Gran Madre Asiática o Cibele, como la llamaron los romanos, en Asia Menor, por otro, encontramos el ético dualismo zoroástrico y el monoteísmo espiritualista de los hebreos.

Podemos también asegurar que desde la eclosión de esta primera Gran Cultura, la vida de relación había avanzado en tal forma que no solamente, los hombres sino las familias y las tribus, sobre todo si eran del mismo grupo étnico, coexistían pacíficamente o, por lo menos, sin que la guerra fuese su estado habitual. Al aparecer las sociedades de agricultores, sedentarios, se fue acentuando el pacifismo en ellas y trataron de mantenerse dentro de los límites de sus pertenencias territoriales en buena armonía con los pueblos vecinos y en la mayor calma interior para poder desarrollar sus actividades. Es entonces en la Cultura Antigua cuando se es-

tablece verdaderamente la vida de relación entre los hombres y los estados.

Los egipcios y mesopotámicos, así como los demás pueblos del Asia Mediterránea, tuvieron indudablemente, desde remotos tiempos, gran intercambio cultural y comercial. En el segundo milenio antes de Cristo la topografía política de esa zona cultural estaba perfectamente formada. Existían grandes estados: el Imperio Amorita en Caldea, el Faraónico y el de los hetitas en Asia Menor, así como otros menores, el de los asirios a orillas del Tigris; de los mitanis, de raza aria, en el Alto Eufrates; Damasco; las ciudades fenicias y filisteas, en la Costa del Mediterráneo; los cananeos, en el interior de Palestina y, en el mar Egeo, la talasocracia cretense.

Todos estos pueblos comerciaban activamente entre sí y sus soberanos mantenían constante correspondencia diplomática y se enviaban embajadores. El caldeo era el idioma de comunicación internacional, cual el francés en los últimos siglos.

Después de la invasión al Egipto de los Hiksos, una banda de salteadores arios y semitas, que se formó en las regiones de Asia cercanas al Nilo, el espíritu nada conquistador de los faraones se modifica y para precaverse de cualquier peligro asiático, resuelven dominar Palestina y Siria. Monarcas de la dinastía XVIII avanzan con gran éxito por estos países, pero, en su camino hacia el Norte, se encuentran con los hetitas del Asia Menor que aspiraban, a su vez, a extenderse por el Sur.

Vienen negociaciones y encuentros militares importantes como la famosa batalla de Kadesh, pero, al fin, el rey de reyes hetita celebra con el faraón un pacto diplomático que es una muestra fehaciente del grado de adelanto que alcanzó entonces la Cultura Antigua.

El tratado es de mediados del año 1479 a. de C. Fue grabado sobre dos planchas de plata, una en egipcio y otra en caldeo, que, como decimos, era la lengua diplomática. Consta de un preámbulo en el que se expresa quienes fueron los embajadores. Viene, después, el nombre de los monarcas contratantes, se mencionan los convenios anteriores, se declara el establecimiento del estado de paz entre ambos países, se hacen mutuas promesas de no agresión, se constituye una alianza defensiva contra cualquier enemigo exterior, se ofrecen recíproca ayuda en caso de sublevaciones internas, establecen la extradición de fugitivos de toda condición, considerando, por lo pronto, una concesión de amnistía para los refugiados de un país en el otro. Se puso como testigos a los dioses de ambos pueblos, prediciéndose bendiciones para quienes respeten el tratado y terribles anatemas para los que lo violen. Firmado este acuerdo, se cambiaron ricos presentes entre los soberanos, el rey hetita visitó al monarca del Nilo y se realizaron alianzas matrimoniales entre las casas reinantes de ambos estados.

Este importante hecho es el punto culminante de la era de apogeo de la Cultura Antigua, esplendor que, en general, podemos ubicarlo entre el 2,000 y el 1,000 antes de Jesucristo. Este milenio que se inicia con el brillante imperio hamurábico, contempla el crecimiento del poderoso y adelantado reino hetita, la delicada civilización cretense, las aventuras marítimas de Sidón, el arte naturalista y el espíritu liberal de Tell Amarna, para terminar con el esplendor de la Jerusalem de David y Salomón.

Desgraciadamente el progreso en la vida de relación internacional que revela el tratado referido, tan conveniente para el armonioso desarrollo de esa Cultura, fue interrumpido por la aparición del imperialismo asirio, que se manifiesta con el carácter de un factor regresivo.

Ya desde el 1,100 a. de C., monarcas asirios belicosos, como Teglatfalazar, comienzan sus conquistas devastadoras, pero cuando el militarismo de ese pueblo se convierte en un verdadero azote para los países del Asia Anterior y el Egipto es con Sargón y sus descendientes. Estos realizan las mayores atrocidades que conoce la Historia. Forjaron un gran mecanismo bélico. Sus soldados estaban minuciosamente equipados. Usaron en la guerra armas de hierro, caballos, carros falcados y máquinas de sitio, que no poseían sus vecinos. Fue la primera potencia que empleó el método de la sangre y el hierro.

Si bien los medos y persas, tribus indo-europeas, imitando sus sistemas de guerra, terminaron con este poder destructor, el Nuevo Imperio Babilónico, que se levanta sobre sus ruinas, sigue el mismo fatal ejemplo y cuando Ciro el persa y sus sucesores llegan a dominar, más benevolamente, esta superficie cultural, ya la Cultura Antigua principia a batirse en retirada ante la maravillosa lumbre que parte de Grecia.

Biblioteca de Teodosio Cabada.
«Jorge Puccinelli Converso»

El Cosmos y la Hechicería en la Poesía Caldea.

UN CAPITULO DE LITERATURA ANTIGUA.

Entre las altas riberas del Tigris y las márgenes suaves del Eufrates se extiende la llanura bautizada con el nombre de Mesopotamia, donde se cristaliza tal vez si el más antiguo conglomerado humano. Los estudios históricos contemporáneos han penetrado hondamente en las raíces de esa cultura y multitud de teorías se han originado, en el transcurrir del presente siglo, sobre su formación racial, sobre su organización primitiva, sobre el asentarse de las tribus turanias —mestizos procedentes del Altar—, los sumires—tostados, de perfil recio y características sensuales— y muchos otros derivados de la gran familia semítica, sobre el suelo de Mesopotamia

El Eufrates ofrece sus ribazos para la edificación de ciudades: el Tigris, para la construcción de fortalezas. Por encima: un cielo despejado, abierto, cruza un amplio trecho entre las montañas de la Armenia y el Golfo Pérsico, que forma lagunas donde se miran los astros en las noches continuadamente claras del Asia Meridional.

Y es el cielo el numen, el germen de esa cultura. Si para los egipcios la muerte prende definitivamente en el espíritu y la carrera del sol es una elocuente muestra diaria de

esa huída persistente hacia el más allá; si para los arios que invaden el Penjab la selva amolda las características de su religión y de su literatura a la fantasmagoría de los bosques, a la majestuosidad del Himalaya, a las corrientes diáramos filosóficas del Ganges y a las tempestades del Mar Indico; si para los hebreos el desierto ha de imprimir, más tarde, la acentuación de lo eterno, la inquietante búsqueda de las fuerzas todopoderosas frente al minúsculo acontecer humano; es inobjetable que el cielo —unas veces terso, otras saturado de estrellas y muchas, envuelto en nubes que forman palacios y fortificaciones entre mensajes de sombra y luz— impresionó definitivamente el carácter mesopotámico. El cielo fué, para ellos, algo concreto, definido. No tuvo un sentido metafísico. Los caldeo-asirios fueron eminentemente materialistas y dieron a sus astros calidades determinadas, influencias precisas. No buscaron jamás un mundo aparte. Todo estaba congregado alrededor de los dioses—perfectamente finitos— y del hombre para quien la felicidad estaba de *este lado*. Una larga vida resumía la aspiración del habitante de Mesopotamia y en ella se cumplía el premio o el castigo. Sobre los hombros del campesino cultivador de la vid —para el combate y la bacanal— del almidonero, la cebada y el trigo, esenciales productos de alimentación; del sésamo y el tamarindo, complementos de los placeres culinarios; estaba Venus—la diosa Istar— aventurera, heroica, enfermizo y orgiástico motivo de adoración; o Júpiter—Marduk—, vencedor del abismo húmedo. Y cuando Ramán —el dios de las tempestades— desata su furia contra las cosechas generosas regadas con las inundaciones del Eufrates, se implora a Anú, que habita en la cúspide de la bóveda celeste, para que detenga la *hora mala*. La tradición les ha enseñado que, cuando se desató el diluvio por obra de Enlil, los dioses se acorralaron como perros en lo más alto del cie-

lo, protegidos por el padre de todas las divinidades, ese viejo Anú, quien los recibió en su palacio maravilloso en “lo más alto” del espacio azul. Pero siempre donde puede llegarse; donde la palabra *alto* cobra su específico sentido de limitación. Nada se escapa a este maravilloso engranaje de dioses y hombres, ni el Sol justiciero implacable, ni la luna —Sin— de melancolías heróticas, ni Ea, “las aguas que llevan y rodean la tierra”. Todo tiene color, todo tiene su parte de cielo y tierra, como un reflejo permanente y sugestivo.

Así, el hombre de Mesopotamia llegó a la ciencia y creó su literatura por un camino perfectamente trazado. La misteriosa influencia de los astros—los designios divinos confundidos con la venganza, la traición y el hechizo—se convirtió, más tarde, en el número y en la cuenta trágica de días y siglos.

Ya dijo Kreglinger en su “Anée Sociologique”:

“La Astrología descansa sobre dos siguientes principios: 1.º—el cielo estrellado es la cara visible del sagrado mundo oculto; 2.º—existe una relación necesaria entre los fenómenos astronómicos y los hechos de la vida terrestre”.

Y añade Barr:

“Pero la Astrología ha engendrado la Astronomía, puesto que la idea falsa ha producido observaciones exactas. La ciencia en formación, cuando no sale directamente de la práctica, nace de las especulaciones que orientan el espíritu hacia la Naturaleza”.

Dentro de esta predilección por la observación del cielo se orientan, pues, las diversas insinuaciones literarias del

pueblo caldeo-asirio. En poesía muy suya, dejan los caldeos grabadas sus creencias sobre la formación del mundo, sobre el origen del hombre, sobre los problemas que, transplantados a la Biblia, dan lugar al "Génesis". Con la contribución de sus legisladores sacan, también, de ese mundo especial del encantamiento, del sortilegio, algo que está en la vereda opuesta —podríamos decirlo así— o sea los códigos. Caldea nos ofrece el primer código que se conoce en el proceso humano; a ello la llevó su concepto arraigado de la propiedad privada, las consecuencias de la lucha continua por la propiedad de las tierras, que se originó entre las familias dispersas que fueron acondicionándose en las llanuras de Mesopotamia y que luego pasó a ser contienda imperialista en las manos de los reyes de Nínive o de Babilonia. El Código de Hamurrabi no es en verdad un cuerpo organizado de leyes, sino un resumen total, o una primera consideración general, de la legislación caldea. En un bloque de diorita de 2 m, 25 cm. de altura por 1 m. 90 cm. de circunferencia, está encerrado lo más disperso de la conciencia jurídica caldea: hechizos y sortilegios, injurias contra testigos, robos, disposiciones sobre cultivo; contratos civiles; procedimiento; profesiones; propiedad de esclavos, animales, rural en general, etc. Herencia, partición de bienes, caución y otras figuras, consideradas romanistas, aparecen en esta legislación. Se ha dicho, así, que antes que en Roma se organizó en Mesopotamia una eficiente organización jurídica; y que si en los templos egipcios no se hacía otra cosa que resolver "burocráticamente" el paso a la otra vida, en los templos caldeos, y después en los asirios, se hacía justicia con pleno contenido terrenal.

Dentro del sentido imperialista de la vida se formó una literatura jurídica, pero también se organizó una literatura guerrera, dirigida a levantar a las multitudes contra los pueblos cercanos. La orienta el espíritu sanguinario de los

jefes asirios hechos al botín, al saqueo regocijante y “venturoso”. Teglatfalsar rinde a la tribu de los mokeos y decapita los cadáveres de los defensores para coronar las murallas ruinosas de sus ciudades; destruye los palacios, quema los pueblos y se lleva cautivas a las mujeres para las orgías, a los niños para los trabajos del campo. Frente al pacifismo, al amor desmedido por su país, pero que no representa agresión al vecino, que norma el Cuento del Sinué en la literatura egipcia, está este cuadro constante del asalto, destrucción, aniquilamiento de todo lo que no sea perteneciente al grupo, que norma los actos de los reyes de Ashur y que caracteriza a los pueblos imperialistas. Entre la alegría “satánica” del ejército asirio, el águila de Ashurnatsirapla se lleva en sus garras la cabeza de un vencido, dibujando sobre el cielo frases de regocijo por el triunfo e imprecaciones contra los enemigos de Ashur. Y ya son las hazañas de Salmanasar y de Ashurbanipal, ya las de Shamshi-Adad las que llenan las portadas de los templos, las murallas de las ciudades y las piedras dejadas al futuro por los conquistadores. Si el rey caldeo Nabónides relata las fundaciones de las ciudades, los reyes de Ashur, de Ninive, de la segunda Babilonia, nos legan, en sus historias, fastos y relatos, el espíritu guerrero, indómito, de estas posteriores etapas mesopotámicas.

Queda, asimismo, de la interesante literatura de caldea-asiria, un sinnúmero de epístolas. La más antigua, encontrada no hace mucho tiempo, es una carta relativa a la invasión elamita de la primitiva Caldea. Se han hallado, también, multitud de cartas del rey Hamurabi, el organizador, dirigidas en particular al gobernador Larsa-Sindinaman; y de Ashurbanipal a sus astrólogos, para curar las enfermedades de sus hijos, asegurar el éxito de sus batallas y obtener una larga vida.

De esta vasta producción nos interesan, principalmente, los dos aspectos que resaltamos a continuación.

LITERATURA COSMOGONICA.

Hemos precisado, ante todo, ese estudio, esa inclinación al fenómeno inmediato del cosmo que caracteriza la vida mesopotámica, y que forma el substractum de toda la literatura legada en las reliquias que tan sabiamente han descubierto al mundo las investigaciones de Rawlinson, de Oppert y otros descifradores de la escritura cuneiforme. Desentrañado el misterio de los jeroglíficos de Babilonia, de Susa, etc., y convertidas las tablillas en perfectos libros de divulgación de la cultura de Mesopotamia y la esplendente puerta de Istar en expresión, no sólo arquitectónica sino literaria, la humanidad ha traído al lenguaje presente los signos caldeos, apreciando una gran cantidad de leyendas y poemas de singular valor. El paso de las culturas puede estudiarse allí, así como la presentación de motivos literarios que han sido después repetidos o transformados por posteriores estratos culturales de la antigüedad, del medioevo y del presente.

Surge primero un POEMA DE LA CREACION. Hoy se le considera el más extenso poema cosmogónico de Mesopotamia. Las tablillas donde estaba considerado fueron encontradas por Jorge Smith y de su traducción inglesa se ha hecho un arreglo al castellano. Cada tablilla contiene, al parecer, un canto o capítulo, y habiéndose perdido muchas de ellas, el poema está trunco pero conserva toda su fuerza expresiva.

El primer canto, consignado en la "Historia de la Literatura" de Pompeyo Gener dice:

"Del tiempo en que, en lo alto, el Cielo estaba innominado
y, abajo, la tierra no tenía nombre,
el abismo (Apsu) sin límites, fué su generador,
y el mar caótico (Mummu-Tiamat) el que creó su conjunto.

ma de su disco. Y añade el poema: “al principio del mes, cuando comienza la noche, tus cuernos te servirán de anuncio para permitirte determinar el tiempo del Cielo”.

Delaporte señalando la creencia caldea de que el elemento húmedo había sido el origen de los seres, inserta una primera parte de este poema, en la siguiente forma:

“Cuando arriba el cielo no estaba denominado
y abajo la tierra no tenía nombre,
del Apsu primordial, su padre,
y de la tumultuosa Tiamat, la madre de todos,
las aguas se confundían en una.
Los juncales no estaban fijados,
las espesuras de cañas no eran vistas,
cuando ninguno de los dioses era denominado,
cuando ningún destino estaba fijado,
los dioses fueron creados”.

Hoy se precisa que de allí extrajo Beroso su leyenda de la creación del mundo, que también consigna Gener.

“Hubo un tiempo en que todo era tinieblas.....”

En esta leyenda se establece la procedencia del hombre dentro del siguiente párrafo:

“Presidía este desorden universal una mujer llamada Omorca. Bel, compadecido de todo, cortola en dos pedazos para establecer el orden. La mitad superior transformose en la Luna y el Cielo estrellado. De la inferior salieron la Tierra vasta y el mar profundo. Bel, entonces, hizo brotar sangre de su propia cabeza, la cual, vertiéndose sobre la tierra, dió origen a los hombres, los cuales, como salidos de la cabeza de Bel, tuvieron inteligencia divina. Luego rasgó las tinieblas y los seres tenebrosos, no pudiendo soportar la luz, se desvanecieron”.

Delaporte considera también dentro del POEMA DE LA CREACION a otra composición que parece, sin embargo, posterior y que presenta la lucha del bien contra el mal, dentro del combate de Marduk contra la diosa Tiamat, a quien derrota. Este poema nos lleva más allá en la formación del mundo y de los dioses, cuando los engendadores Apsu y Tiamat deciden destruir el universo a instigación de Mammu, surgiendo la figura de Marduk —joven príncipe de los dioses— que salva todo lo creado.

“La madre de la totalidad, la creadora de todas las cosas
ha acumulado armas sin igual, ha engendrado enormes
serpientes

de dientes agudos, sin clemencia en la matanza,
de veneno en vez de sangre ha llenado su cuerpo.
Ha revestido de espanto a los terribles dragones,
de resplandor les ha llenado, les ha dado una grande
apariencia.

¡Quien quiera que les vea quedará confundido de espanto!
Su cuerpo se endereza, nadie puede rechazar su ataque.

“He enviado a Anu, no ha tenido la fuerza de atacarles;
Ea se asustó y volvió atrás.

Se ha levantado Marduk, el sabio entre los dioses, vuestro
hijo,
a marchar contra Tiamat; su corazón le había impulsado.

Me dijo la palabra de su boca:

—Si yo, vuestro vengador,
he de encadenar a Tiamat y hacerlos vivir.

¡Haced una asamblea, exaltad, proclamad mi destino!—”.

“Tiamat cuando oyó esto
quedó de pronto estupefacto y cambió de resolución.

Miró atentamente lo alto
y fortificó poderosa y completamente su base.
Preparó un sortilegio, colocose.....
e hizo tomar las armas a los dioses que combatían con
ella,
y Tiamat asaltó al heraldo de los dioses, Marduk;
se precipitaron ardientemente el uno sobre el otro en el
combate
y trabaron batalla.
El señor sacó su cimatarra e hiriole;
lanzó ante él, el viento maligno que sopló detrás de ella.
Y Tiamat abrió la boca para tragarlo, pero el señor hizo
entrar el viento en su boca
de tal modo que no pudo cerrarla.
La violencia del viento llenó su vientre;
desfalleció su corazón y se torció su boca.
Marduk echó adelante su arma poderosa y rompió su
vientre,
la dividió por en medio y hendió su corazón;
la derribó y extinguió su vida”.

Biblioteca de Letras
«Jorge Piccinelli Converso»

De singular animación es el POEMA DEL ORDEN DE LOS MOVIMIENTOS Y DE LA LUCHA DE LOS SIETE ESPIRITUS MALIGNOS CONTRA EL DIOS LUNA. Es éste el canto triunfal a Sin, a quien ayuda también Marduk en una lucha santa contra los siete grandes enemigos que “como torbellinos devastan la vida en la superficie de la tierra”. Estas fuerzas malignas se interpusieron entre la luna y nuestro planeta, y se aprecia, entonces, la preparación del combate, el relucir de las armas divinas. El triunfo acompaña a las fuerzas del bien, a las supremas influencias celestes, pero la pelea ha de renovarse eternamente dentro de esas tendencias contrarias que gobiernan el universo. Esto, hay que señalarlo, no es propiamente la peren-

ne contienda entre Ormuz y Ahrimán que conciben los persas. En Caldea se plantea, en particular, la observación, la entusiasta adoración por los movimientos, revoluciones y fenómenos estelares. El poema, que indicamos, es un estudio de astronomía en cauce; y se completa, por supuesto, con imperiosas predicciones de orden astrológico.

“Los dioses del cielo y de la tierra reducirán los hombres a polvo y causarán su ruina; habrá eclipse, inundaciones, enfermedades, mortandad. Los siete grandes espíritus malignos opondrán obstáculos a la Luna”.

Otra vez volverá, luego, la vida a florecer con un nuevo triunfo de Sin. Destrucción y construcción responden a una concepción materialista acentuada.

Uta-naphistin —Noé babilónico le llama Delaporte— es el héroe del POEMA DEL DILUVIO, antecedente irrefutable de la relación bíblica. Como el patriarca hebreo, el “padre” de la raza caldea carga su barco con “toda simiente de vida”, cuando el Sol le anuncia la catástrofe que se aproxima. Poco después comienza el diluvio.

“El hermano ya no ve a su hermano,
ya no se reconoce la gente en los cielos.

Los dioses terminaron el diluvio,
huyeron y subieron al cielo de Anú.

Los dioses se acurrucan como el perro;
sobre la muralla están acostados.

Seis días y seis noches dura para Uta-naphistin ese torrente de agua; y al cabo de ellos dice el relato:

“Miré al mar, la voz había callado
y toda la humanidad estaba convertida en fango.

¡Hasta los tejados llegaba el pantano.

Abrí la ventana y el día cayó sobre mi mejilla.

El Poema de Gilgamesh, como se le ha llamado es la más bella pieza literaria de la tradición mesopotámica. Se nota su influencia en la posterior — y más desarrollada— literatura israelita. Sólo que la prosaica concepción de los dioses caldeos lleva a éstos, al final del poema, a la ofrenda que sobre la montaña de Nitsir dedica Uta-naphistin.

“Los dioses husmearon el olor.
Los dioses husmearon el buen olor.
Los dioses como moscas se juntaron
sobre el sacrificador.

LA TORRE DE LAS LENGUAS se bautiza al otro poema que también ha servido de antecedente a la Biblia y que seguramente llevó en su peregrinación por Arabia, Egipto y Palestina, el grupo mesopotámico que partió de Ur. De la tradición surge la ciudad de Bab-ilou que los primitivos habitantes gigantes construyeron esforzadamente y donde levantaron una torre con la que pensaban llegar a la morada de Anú. Los vientos auxiliaron a los dioses y dejaron en escombros la ciudad, castigando a los hombres con la diversidad de lenguas que hablaron, desde entonces, al alejarse por múltiples caminos de la región babilónica.

La leyenda ha pretendido perennizar la idea arraigada en el mundo antiguo de que en Mesopotamia se encontraba el “nido humano”; y que por lo tanto de la llanura del Eufrates y del Tigris salió la humanidad para poblar las demás regiones que se perdían más allá del Nilo, más allá del Ganges.

LITERATURA DE LA SUPERSTICION.

Ya hemos visto como los caldeos y asirios se acostumbraron a sus dioses mezquinos, que pelean por la comida de

los hombres, que gozan con el espectáculo de las carnicerías humanas, de las cabezas colgadas en las murallas de las ciudades. Dentro de ese "ambiente" concebían que todos los males procedían de sus dioses inferiores, de los que estaban en el plano intermedio entre los grandes dioses, a quienes se suplícaba protección a trueque de beneficios perfectamente materiales, y los hombres. Sólo el influjo de los poderosos podía hacer desaparecer las causas del mal. Por otra parte, lanzada una imprecación, los dioses pequeños se ponían en acecho del señalado y concluían por enviarle las desgracias que se había requerido para él. Nacía la hechicería dentro de las mismas direcciones astrológicas. El paso de las estrellas, los aspectos que presentaba el cielo influían decididamente sobre la vida de los hombres y se requería que los conjuradores o los sacerdotes consiguieran la buena influencia de los astros o aprovecharan, más bien, su acción en contra de determinadas personas. El destino—que era marcado por las estrellas y que se reflejaba en los ojos del predestinado, en sus sueños y alucinaciones—podía ser en parte cambiado por la eficaz intervención de los espíritus superiores que ejercían el sacerdocio. Puede parecer que todo esto es común a las concepciones primarias de los pueblos en formación, pero en Caldea y Asiria orientó todos los caminos de su vida, dejando impresa una consigna al lado de las manifestaciones superiores de su elevación cultural en el orden de la ciencia y de la propia literatura, donde se crea una poesía del hechizo. El mundo de la ilusión y del encantamiento toma forma literaria y se concibe en realidad toda la belleza de la palabra: magia. Arriba el cielo preside la marcha de una humanidad sensual. Los emperadores, estremecidos de terror, ven acercarse su fin o, embelesados, reciben el mensaje de sus futuros triunfos. En los banquetes orgiásticos, la diosa Istar anuncia sus caprichosas órdenes celestes, y en medio del regocijo de Bal-

tasar, las palabras “Mane, Thecel, Fares” rubrican en tragedia la marcha triunfal de Babilonia.

Si todos los pueblos de Oriente dejan aportes a la literatura de la hechicería, en Mesopotamia ésta es un perfecto derrotero y se basa —o pretende basarse— en explicaciones causales que los astrólogos conocen y los poemas difunden.

La fórmula del encantamiento caldeo es una letanía que se repite dentro de un sonsón cadencioso:

“¡Espíritu del Cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la Tierra,
acuérdate!
¡Espíritu de Mulge, rey de las comarcas, acuérdate!
¡Espíritu de Ningelal, señora de las comarcas, acuérdate!
¡Espíritu de Nindar, hijo del céntil, acuérdate!
¡Espíritu de Tiskhu, señora de las comarcas,
que brillas en las noches, acuérdate!

A veces ese ritmo sirve para recalcar, en lenta enumeración, los posibles factores de desgracia:

“La noche de mal augurio, la región del cielo que produce la desgracia; el día funesto, la región del cielo maligna a la observación; el día funesto, la región del cielo maligna, que avanza...; mensajeros de la peste; devastadores de Ninkigal; el rayo que arrasa el país; los siete dioses del vasto Cielo; los siete dioses de la vasta Tierra; los siete dioses de las esferas igneas; los siete dioses de las legiones celestes; los siete dioses malhechores; los siete fantasmas de llama maligna; los siete dioses del Cielo; los siete dioses de la Tierra; los demonios malignos, el *alal* maligno, el *gimgim* maligno, el *telal* maligno, el dios maligno, el *maskim* maligno”.

El número siete predomina en todas estas acechanzas de los conjuradores. Sinfonía en siete es también la fórmula de hechicería siguiente:

Los Siete, los Siete,
en lo más profundo del abismo, los Siete,
abominación del Cielo, los Siete,
escondiéndose en lo más profundo del abismo
y en las entrañas de la Tierra,
ni machos ni hembras, sin esposa ni hijos,
sin conocer el orden ni el bien, sin escuchar las plegarias,
gusanos que se esconden en la montaña,
enemigos del dios Ea, devastadores de los dioses,
autores de disturbios, soberbios por la violencia,
agentes de querellas, agentes de enemistad”.

Y continuando en este camino dramático, en este “in crescendo” de maldiciones o augurios, existe una fórmula que suma todas las posibles calamidades que deban desatarse contra el “señalado” por la conjuración. La recoge Pompeyo Gener, y comienza así:

“A este hombre las imprecaciones le precipiten en las aguas; ellas lo arrastren al fondo; lo destrocen contra las piedras; lo quemén por el fuego; lo lancen al desierto en lugares donde no se pueda vivir. ¡Que Anú, Bel, Nuah y la señora suprema (Belit) y los grandes dioses le cubran de una confusión absoluta; que desarraiguen su estabilidad; que borren su posteridad!”.

Se continúa en ese mismo tono hasta terminar en la siguiente frase:

“¡Y que todos los grandes dioses, cuyos nombres quedan mencionados en esta inscripción, le maldigan con

una maldición que no pueda ser retirada y que dispersen su raza hasta el fin de los días!”.

Fórmulas como ésta mandan inscribir los reyes y los altos jefes en defensa de las leyes dadas, de los monumentos erigidos o en contra de los traidores y de los enemigos de Caldea o de Asiria.

La labor del médico hechicero se concretaba a anular esos males. A ellos se dirige la multitud en son de remedio, de protección. Los grandes sacerdotes, en medio del ceremonial que consignan los historiadores, imploran de los altos dioses su decisiva influencia.

“Silik-mulu-khi lo ha socorrido; hacia su padre. Ea, en la mansión ha penetrado y le ha dicho: Padre mío, la imprecación es para el hombre como un demonio del infierno. A propósito del mal le dice: Combina el número; ese hombre no lo sabe; está sometido al número. Y Ea, a su hijo Silik-mulu-khi responde así: Hijo mío, tu no conoces el número, yo te dispondré el número; Silik-mulu-khi tu no conoces el número; yo te enseñaré el número; lo que yo sé lo sabes tú; oye, hijo mío Silik-mulu-khi. . . . elevado; preséntale una mano favorable; expón el orden del destino, manifiesta el orden del destino”.

“Mal, sal de su cuerpo, aunque seas una imprecación de su padre, una imprecación de su madre, una imprecación de su hermano mayor, una imprecación de un hombre desconocido”.

Las tablillas conteniendo estas fórmulas de hechicería médica han servido, así, entre otras cosas, para el estudio de enfermedades posiblemente originarias de la zona caldea-asiria. Pero lo que directamente nos interesa es la formación,

en gran escala, de esta clase literaria de la maldición, el encantamiento, la conjura. La maldición de los Emperadores y sacerdotes; el encantamiento en manos de los sabios astrólogos; la conjura de los médicos sacerdotes. Un ritmo especial caracteriza a todos esos poemas. Es el ritmo que apunta repetidas veces en la Biblia, que forma las letanías de la primera etapa literaria hebrea, cuando se concibe el Poema de Job —cuyo antecedente es el POEMA DEL JUSTO en Caldea— y cuando aún el dístico no había alcanzado la soltura del Cantar de los Cantares.

Curioso es hallar un nexo entre esa literatura y la aparición de una poesía negra, con sabor hebraico, en América. Gracias a la Biblia de los catequistas el negro americano ha cogido algo del ritmo semita y lo ha asimilado al erótico sentimiento africano. Ha dicho Ildefonso Pereda Valdés:

“La Biblia anda metida en los cantos de los negros que han visto en el libro de los libros la magna obra de su raza (?). La interpretaron a su manera, como a todas las ceremonias de la vida”.

Se ha afirmado, así, con autorizada palabra la influencia hebrea en el canto negro americano. Pero debe precisarse que prima en ellos la letanía de las fórmulas de hechicería caldea, que heredaron los israelitas.

“Buenas noticias, buenas noticias, sacristán.
Hay un largo camino que yo conozco.
Buenas noticias, sacristán.
Hay una corona estrellada en el cielo que yo conozco.
Buenas noticias, buenas noticias, sacristán.
Hay un arpa de oro en el cielo que yo conozco.
Buenas noticias, buenas noticias, sacristán,

Dice una canción de los negros de Estados Unidos. Regino Pedroso, el original poeta de Cuba, tiene una poesía que comienza así:

“Negro, hermano negro,
tu estás en mí: ¡habla!
Negro, hermano negro,
yo estoy en ti: ¡canta!
Tu voz está en mi voz,
tu angustia está en mi voz,
tu sangre está en mi voz,
¡También yo soy tu raza!
Negro, hermano negro,
el más fuerte, el más triste,
el más lleno de cantos y lágrimas.

Y Nicolás Guillén expresa:

“Sigue, no te pare,
sigue;
no le mire si te llama,
sigue;
acuédate que ella e mala
sigue”.....

Es éste un posible filón de estudio, de persecución de temas literarios, que puede dar motivo a un análisis de las sucesivas influencias que van de Caldea a Palestina—marcha de una raza en camino de espiritualidad— y de Palestina a los núcleos negros de nuestro Continente—extraña filtración a través de muchas culturas—y que tiene singular interés para la historia literaria.

AUGUSTO TAMAYO VARGAS.

LA III ASAMBLEA GENERAL DEL INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFIA E HISTORIA.

En el curso del mes de abril próximo pasado, se llevó a cabo en esta ciudad, la Tercera Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. A este congreso científico internacional concurren brillantes delegaciones de las 21 Repúblicas Americanas, que realizaron una proficua labor, habiéndose llegado a aprobar 54 resoluciones, lo que revela la cantidad de trabajo realizado y el pleno éxito que ha tenido este notable certamen científico.

Publicamos a continuación el discurso de orden pronunciado por nuestro Decano, el Dr. Horacio H. Urteaga, Presidente de la Delegación del Perú, en la ceremonia de inauguración del certamen.

Señor Presidente de la República;
Señores Ministros de Estado;
Señores Delegados;
Señoras y señores:

El Perú se congratula de la celebración, en la capital de la República, de este magno certamen en que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia realiza uno de sus más elevados y nobles fines.

Creado el Instituto Panamericano de Geografía e Historia con el concurso de las Naciones de América e instalado en México desde 1912, ha celebrado tres Asambleas; una preliminar que señaló su fundación y dos generales con toda la majestad de Asambleas Panamericanas; teniendo estas últimas por sedes las ciudades de Washington en los Estados Unidos y Río de Janeiro en el Brasil. Lima, la capital del Perú, fué elegida para ser sede de la tercera. El certamen que pudo haberse realizado hace tres años, se aplazó hasta 1941 y hoy bajo los auspicios del gobierno que preside el doctor Manuel Prado nos congregamos para continuar esta labor académica. El mandatario peruano con entusiasmo proporcionado a la magni-

tud de los propósitos del Instituto y con celo digno de su investidura de maestro de una de las más ilustres Universidades, ha estimulado las labores de la Comisión Organizadora del Certamen hasta conseguir que aquí se hallen dignamente representadas, por intermedio de escogidos valores científicos, todas las repúblicas del Continente.

El estudio intensivo de las dos ciencias Geografía e Historia comprende la totalidad de la vida humana, la naturaleza y sus influencia sobre el hombre; éste realizando acciones que lo superan, poniendo su inteligencia en la dominación del medio y su voluntad en los acontecimientos memorables de la existencia colectiva.

Todo el secreto de la vida y el afán de la ciencia se circunscriben en los dominios de esas dos disciplinas matrices, y no son sino sus proyecciones, en la propagación del conocimiento, la biología que estudia desde el infusorio al hombre, la astronomía que avanza en el escudriñamiento de la génesis universal, desde la sustancia cósmica a la trinidad de los reinos naturales, y la física que averigua el origen y resultado de la fuerza que, en su infinito equilibrio impone la relatividad de causas y efectos.

La predicción del porvenir constituye una ambición no menos intensa. ¿Llegará el hombre a descubrir la ley que rige el proceso de la vida colectiva? El estudio de la muerte nos hace conocer las leyes de la vida y esa influencia de la anatomía, sobre la medicina, ya nos señala un procedimiento y nos marca un método. En este estímulo de la ciencia para valorar y analizar las fuentes de todo conocimiento, en la esperanza que nos asiste de conocer las leyes sociales que marquen el porvenir, radica precisamente el mérito de la historia, no tanto como escuela moral y fuente de una ética ejemplarizadora, según rezaba el aforismo latino, sino como disciplina científica destinada al mejoramiento de la especie, previniéndola de las catástrofes que ocasionan su desaparición o su decadencia.

La Geografía y la Historia; la tierra y el hombre; el cosmos y espíritu, allí tenéis, señores, la más sólida y exacta base de una clasificación de todo conocimiento. El centro de estudio que se formó en nuestro continente para cultivar estas cardinales disciplinas, constituye un acierto en la defensa de la cultura americana. Los certámenes que propugna, como éste en que nos hallamos congregados, muestra un avance en la lucha contra nuestra ignorancia, un procedimiento acertado y lógico en la investigación del germen primario de las culturas aborígenes y una valoración imparcial de los hechos memorables de nuestra vida colectiva; toda una meritoria

labor, noble y desinteresada, universal y humana, ya que el estudio de los fenómenos sociales y físicos que recíprocamente se influyen, es inconmensurable contribución a la unidad de la ciencia.

Por más que América tenga caracteres casi idénticos en su geografía, en sus sistemas de montañas y altitudes, en sus regímenes y cuencas fluviales, en la magnitud y variedad de sus accidentes y hasta en la semejanza de sus macizos continentales, las tres grandes secciones de Norte, Centro y Sud América tienen caracteres genuinos.

Como Estados Unidos de América y México que fueron sede de las dos primeras asambleas, el Perú tiene el atractivo de su geografía y de su historia. Difícil es encontrar en el mundo país de contrastes naturales, accidentes geográficos y fenómenos tan extraños y variados como los que se ofrecen y producen en el Perú. Su territorio tiene la señal más pronunciada, en la Cordillera de los Andes, Espina dorsal de América que en el Perú se desdobra como un abanico gigantesco de granito, elevándose en varias secciones con cimas dentelladas que llegan a más de veinte mil pies sobre el nivel del mar, revestidas de nieves perpétuas o rotas sus cúspides por cráteres volcánicos. Los deshielos hacen nacer lagos y ríos de cauces tan extensos que el recorrido de sus aguas se cuenta por centenares de leguas. En las planicies de esas cordilleras que se forman con la unión de sus faldas, los deshielos forman imponentes mares mediterráneos. Las mesetas de Junín y Parinacochas los tienen tan pintorescos, y rodeados de flora y fauna tan singular y variada, que no los igualan los más ricos y bellos del mundo; la meseta del Collao extensa en 300 millas de largo y 100 de ancho, contiene el depósito de agua del Titicaca de 3,200 millas cuadradas; mar interior con islas, golfos y bahías, donde navegan grandes barcos, y que si se pudieran mirar desde el océano, parecería una de aquellas fantásticas visiones de misteriosos orbes que forman las nubes en el cielo.

Como esos lagos mares, los inmensos ríos peruanos forman cuencas; el rey de los fluviales, el Amazonas, tiene sus orígenes en una lagunilla humilde perdida en los picachos; en ella vierten sus lágrimas de cristal los nevados de Pasco, y corren las aguas, primero como torrentes y luego como ríos formando el Marañón; éste junta afluentes infinitos y en su meándrico trascurso va hacia el Norte; en el paralelo 10 de latitud sur, al tropezar con un macizo de los Andes dobla hacia el Oriente, para atravesar un estrecho de rocas que abrió el golpe de sus aguas en edades de una cronología de cifras astronómicas, pasando el pongo

llamado Manseriche avanza siempre el Este y se junta el Ucayali, el gigantesco gemelo del Marañón, de curso aún más amplio como que sus primeras aguas las recoge de la lejana Cordillera del Vilcanota en el paralelo 15. Difícil es hallar en los ríos del mundo márgenes más bellas que las que forman estos ríos gemelos, cuando se juntan en el pueblo de Nauta, generan al Amazonas, río cuyo nombre América ha sellado recordando la fogosidad de la brava raza indiana aureolada con un símbolo mitológico.

La cordillera de los Andes peruanos con sus tres inmensos ramales longitudinales deja paso a los ríos inmensos que la flanquean, no formando cañones abismales, como en el norte, el Colorado, sino valles paradisíacos que constituyen zonas de una riqueza vegetal que deja muy atrás a la variedad y rica exuberancia de las tierras tibetanas. Cordilleras y ríos en el centro del Perú, forman el gran macizo de la llamada Sierra, que tiene dos zonas de contraste; el Litoral del Pacífico o costa, en el poniente y la vasta región de los bosques orientales; y aquí está, señores, la fundamental estructura de la geografía peruana: una costa inmensa con la aridez de los desiertos y recortada por los oasis de unos pocos valles; una región andina de quebradas cálidas, planicies templadas y cumbres heladas, y detrás, la frondosidad de las pampas loretananas, que una tupida y lujuriosa vegetación y un ardiente clima, disputan al hombre y al animal el aprovechamiento de la tierra.

Otro fenómeno singular de esta tierra peruana es la falta de lluvias en la costa, que desértica por la ausencia de ríos, es la más necesitada de los dones que obsequian las nubes del cielo. La falta de lluvias en la costa la ocasiona la enorme altitud de las montañas andinas, la elevada temperatura de sus estíos y los vientos alisios; éstos soplan del Atlántico en dirección occidental y cargados de vapores acuosos, descargando sus aguas en la región amazónica, llegan a las nevadas cumbres de los Andes y aquí pierden toda su humedad en virtud de gélidas temperaturas que allí reinan, llegando secos y frescos a la costa peruana del Pacífico. En el litoral desde el sur de Tumbes hasta Tacna, entre Junio y Abril, una densa niebla y una lluvia fina cubren y humedecen la atmósfera y el suelo.

Un medio así, de tan fuertes y rudos contrastes, ha podido hacer el país inhabitado o cuando menos ha podido dar ocasión a que se formen grupos humanos esporádicos, con las soluciones de continuidad motivadas por inaccesibles montañas, ríos invadables, áridos desiertos y climas mortíferos; sin embargo la acción del hombre dominando al medio ha realizado aquí el milagro asombroso de unificar la multiplicidad de los contrarios,

vencer la hostilidad de la naturaleza y formar, de gentes hurañas y apegadas a un régimen económico individualista y regional, un imperio del más fuerte y congruente tipo estatal y un sistema de economía colectivista como fué el poderoso de los Incas peruanos.

Para estos soberanos los contrastes de la naturaleza y la diversidad de las regiones no entraron en cuenta en su ideal de unificación. Toda la tierra fué madre benéfica. Bajo la acción del trabajo paciente, se torció el curso de los ríos para regar un páramo, se vació la laguna para destilar sus manantiales en un llano costeño, un acueducto recorrió la falda de los montes haciendo la fertilidad de sus bordes y llevando la vida a pampas desoladas; sobre los extensos llanos de los valles fértiles y humedecidos por las acequias y las lluvias, se elevaron ciudades que fueron pocas, para que la agricultura, que fué la base de la economía, aprovecharse la acción inmediata del hombre sobre las tierras y formase marcas pobladas por innúmeros ayllos. El ayllu fué la familia unida por dos vínculos, la sangre común y la tierra conquistada y adquirida con el trabajo fecundo. La ciudad fué la atalaya vigilante del Estado, desde la cual una severa administración rigió la vida individual; y colectiva y proyectó y llevó a cabo la expansión de la soberanía por las cuatro partes del mundo.

Se elevaron en la Sierra tres grandes ciudades; la Santa del Cusco, con el rango de Metrópoli; Cajamarca en la Sierra norteña que recibió de los Incas la confirmación de su señorío y Tumpampa, baluarte y base de una expansión que se proyectaba sobre las remotas tierras del septentrión, sueño de Huayna-Capac, trun- cado por la conquista.

El Cusco milenario y sagrado nos evoca una grandeza pretérita, sus muros ciclópeos, los restos de sus fortalezas y templos son símbolos de la majestad y prepotencia de la raza que los elevó. En esos vastos conglomerados de materia inerte donde la simetría se impone al desorden, se ha concentrado el esfuerzo colectivo, a la triste lucha del hombre contra la naturaleza indiferente, a ese batallar continuo con las fuerzas ciegas de la materia; al rudo combate para dominar los elementos, defenderse de las bestias y aplacar el hambre, sucede alguna vez que la energía cerebral del hombre le impone la alianza de la especie, y nace entonces la fuerza social germen fecundo del progreso humano. Cusco desmiente la barbarie y reivindicada para sus hijos la progenté del hombre civilizado. Hoy esa ciudad maravillosa y santa muéstrase como testimonio de una historia magnífica. Como un libro pétreo ofrece los sedimentos de las edades y de las culturas que se han sobrepuesto en la agitada vida huma-

na, durante milenios. Sus sepulcros guardan los restos de razas emigrantes y autóctonas, sus monumentos catalogan sistemas políticos y preocupaciones religiosas que se han compenetrado en una pseudo-mórfosis desconcertante. Evoca un pasado sublime ante el cual el hombre se abisma como ante la contemplación de los restos de la Roma cesárea o de Jerusalén la Santa. Tiene como las ciudades que han sido cuna de la cultura humana el privilegio de la eternidad. ¡Yo te saludo ciudad imperial por esta gloriosa soberanía desde la solemnidad de esta Asamblea!

Cajamarca fué por su situación geográfica, por la riqueza de su suelo y el carácter emprendedor de sus hijos, honrada, bajo el dominio de los Incas, con el rango de capital de las regiones pobladas del norte del Perú. Pudo convertirse, como el Cusco, en ciudad Metrópoli, pero de nuevo la conquista cortó la trayectoria de su expansión. Estaba destinada a ser tumba del Imperio. Ella cobijó al último representante del Tahuantinsuyo, fué escenario de la más grave de la felonías y uno de los más sublimes holocaustos. Dentro de la afinidad que guardan algunos memorables lugares. Cajamarca tiene algo de Capitolio y de Getzemani. Como Corinto, su incendio trágico mostró una patria muerta y una nacionalidad agonizante.

El destino quiso que allí dos grandes culturas jugaran al azar; haciendo del valor y el heroísmo que son virtudes, un contubernio espantoso en el fondo de las conciencias, pues se aliaron con la violencia y la avaricia que son crímenes. El cataclismo histórico que sobrevino como su consecuencia, tuvo una repercusión estupenda, fué el desplome de una civilización de ocho centurias fundamentada en principios antinaturales y peligrosos. Había aconsejado la confusión del individuo en el Estado, y al hundirse éste, sepultó a aquél. La nacionalidad dejó sólo un espectro: el indio; el Estado, un recuerdo trágico; la patria, un caso fragmentado, y la cultura imperial, sólo formas truncas. Tal, señores, el resultado de la violencia y de la fuerza.

Tumipampa la tercera gran ciudad del imperio que Huayna-Capac su fundador engrandeció y dotó con largueza, tras una guerra fratricida y la conquista española, desplazó su soberanía; y la influencia colonizadora llevada hacia el norte, convirtió en ruinas esta Palmira americana, cuyos suntuosos monumentos reconstruye, a base de fragmentos, la picota del arqueólogo. He aquí una visión somera del viejo Tahuantinsuyo, el Imperio de los Incas peruanos.

Oreó la sangre, desparramada a torrentes en la conquista, el efluvio vital de la cultura cristiana, que nos trajo España.

Bien librada queda ante la Historia la obra magna de su cultura. Evangelizó el Nuevo Mundo, elevando las conciencias al reconocimiento de su inviolabilidad y al concepto de la moral más pura. Sus acciones proclamaron la igualdad, al mezclarse con las razas aborígenes, no negándoles el privilegio de su sangre. Este sentido de humanidad es su mejor galardón, porque tuvo el más elevado y profundo concepto del derecho, definido y defendido por sus legisladores y sus reyes. Implantó, en sus dominios conquistados, la más pura y clara forma de la democracia con sus Cabildos, y dió cauce a las manifestaciones de la inteligencia con la riqueza y profundidad de su lengua.

Sobre los territorios del Imperio Incaico, España asentó el vasto Virreynato del Perú, pero desgaciadamente basó su colonización en los principios de una errada economía y una administración absurda, por su complejidad y lentitud. Surgieron entonces en este país como en el resto de las naciones de América Austral, descubiertas y conquistadas, las ciudades costaneras, con propensión al exterior, acercándose cada vez más al mar, con una sensación de escape o huída, como si los hombres que habían ganado tantas tierras y tantas gentes, tuvieran el presentimiento del ataque, ofreciéndose en ellas como huéspedes, más que como dueños. Se desplazó entonces el centro de la soberanía y de la administración de los Andes a las Costas. Los Andes que en su vasta zona serrana hiciera la grandeza del Imperio; los Andes que acostumbraron al hombre al trabajo perseverante y a la disciplina con la dominación de las fuerzas naturales, ya no alucinaron con sus perspectivas de infinita grandeza sino por el oro que encerraba sus entrañas o el dorado polvo que arrastraban sus ríos. La actividad y la vida se concentraron en las ciudades puertos, que cargaban naves exportando riquezas y recibiendo emigrantes. Es provechoso y fecundo este intercambio entre los pueblos cuando tiene el incentivo del beneficio basado en la igualdad del derecho, pero es pernicioso y estéril cuando se basa, como entonces, en el privilegio político y el egoísmo infecundo. El Perú fué con este sistema de singular economía, un ejemplar que ilustra el historiador y el sociólogo e imprime sello característico a este período de la Historia Americana.

Lima, centro de la potencia virreynal en Sud América fué también sede de centros de cultura. El Altar y el Trono se juntaron para establecer la estructura de sus academias. Nació aquí la más vieja Universidad de América. Sus claustros juntaron a los hombres eminentes que enseñaron en sus aulas a educadores, que diseminados por el vasto Virreynato, crearon universidades y centros de estudio, Córdova, Cochabamba, Santiago. El Imperial, Quito, Ríobamba en

el exterior; Cusco, Arequipa, Trujillo, Huánuco y Ayacucho en la jurisdicción del Virreynato peruano, tuvieron universidad, colegios y academias que todavía subsisten con el abolengo de su labor educadora y el recuerdo de sus eminentes fundadores y maestros.

La Historia peruana, señores, así como su Geografía es índice y compendio de la Geografía e Historia de América, las diferentes porciones que formaron el vasto Virreynato del Perú y que después han conseguido la autonomía impuesta por el valor de su suelo y la vitalidad e inteligencia de sus pobladores, tienen una hermandad asegurada en la tierra y en la sangre, vínculos profundos que no destruyen, sino crean; que no separan, sino juntan, ofreciendo la comunión de los espíritus; reflejo de la generosidad de la naturaleza, que, como madre común, nos regala con idénticos dones y hace de América una tierra de características físicas iguales y de comunes tradiciones, rica en fecundidad y en sublimes ideales, para ofrecerse como hogar de todos los hombres. Vive orgulloso el Perú, de haber sido muchas veces, teatro de esta fraternidad continental. Cuando sonó la hora de nuestra emancipación, el anhelo de constituir una patria autónoma, brotó en todos nuestros Cabildos que afloraban la soberanía comunicada por su esencia. En los azares de la lucha se confundieron nuestras armas en esas batallas decisivas de la libertad. Si hubo peruanos en los ejércitos de Artigas, en las huestes de San Martín que combatieron en Maipú, en los llanos de Pichincha, con Sucre y en la cuestas de Illimani con Castelli. ¡Que magnífica constelación de próceres se juntaron en el Perú con San Martín y Bolívar en esas memorables gestas del año 20 al 24 del pasado siglo, y cómo avivan nuestro americanismo los recuerdos de Junín, Ayacucho y el 2 de Mayo, lugares y fechas simbólicas en que se selló, indeleblemente con la sangre de nuestros próceres, la libertad, la autonomía y la confraternidad americana!

Digno pues y apropiado teatro para el estudio de la Geografía y la Historia de América es el Perú, y acertada la designación de Lima para la sede de esta Asamblea.

A vos, señor Presidente de la República debemos la satisfacción de reunirnos en este cenáculo para gozar de los placeres puros de la inteligencia al servicio de la verdad. Vuestro fervor por las nobles empresas que patentizan vuestro linaje de estadista y de maestro, ha estimulado los trabajos de quienes nos hemos dedicado a fomentarlos y llevarlos a su realización. El mérito de nuestra labor alcanzará, en primer término, al estadista que estimula la obra de quienes cultivan las ciencias mentoras y guías en el camino de la luz que persigue el hombre para su verdadera felicidad.

Señores Delegados: al saludaros en nombre de la Delegación Peruana, os agradezco vuestra contribución espléndida y variada en las disciplinas que fomenta el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. El Perú se siente honrado con vuestra visita y Lima os ofrece su hospitalidad fraterna.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

SEMINARIO DE LETRAS

EL PADRE BLAS VALERA,

PRIMER HISTORIADOR PERUANO.

INTRODUCCION

Con verdadero interés abordamos el estudio de la personalidad de este ilustre jesuita, connacional nuestro, aunque sólo para precisar algunos datos sobre su biografía, y luego, a guisa de exposición, glosar el debate histórico que sobre su obra y la de ese otro historiador mestizo Garcilaso Inca, se ha suscitado.

El sentido de este trabajo está inspirado en nuestra convicción nacionalista, entendiendo que todo nacionalismo debe ser orgánico. Cual las plantas se alimentan del suelo donde se desarrollan, así los pueblos para tener una auténtica conciencia nacional deben estar alimentados del suelo y de la historia. La historia es la fuerza generadora. Sin pasado no se concibe un pueblo, así como sin memoria no hay personalidad. El ayer, si pudiéramos hablar en términos físicos, es el punto de apoyo de los pueblos. El presente de los pueblos se concibe sólo en función de un pasado y de un porvenir.

Por consiguiente, la historia cobra una importancia singular como ciencia social, no sólo en nuestros tiempos, sino que esta valoración data de tiempos antiguos, hasta habérsela considerado "maestra de la humanidad". Pues bien, destacada así la importancia de la historia, cabe preguntarse: ¿es la historia un escueto narrar de hechos y acontecimientos; nada más que una búsqueda incesante de la verdad? ¿Podemos contentarnos con que la precisión del método histórico o el auxilio de otras ciencias conexas, nos den la constatación incontrovertible de un hecho humano? Parece que ni las otras ciencias cuyos métodos de observación y experimentación son

más perfectos se detienen en la descarnada elaboración de sus principios y sus leyes generales. Más allá de la física, de la química, de la biología o de cualquiera otra ciencia experimental, por el principio de universalidad y de unidad, hay un filosofar, es decir, una filosofía que aprehende el sentido de las cosas y quiere ir hasta la captación de la esencia última que la informa. Entonces, no podemos considerar a la historia como un mero recoger de datos—si bien es uno de sus aspectos primordiales y de suyo interesante— sino que sobre el acervo documental debemos elaborar un juicio. Y elaborar un juicio en historia, es ligar un hecho con valores. Los valores en su rango son eternos, pero los pueblos, en el proceso de su evolución, dan prioridad a determinados valores sobre otros: de tal manera, siendo la historia hasta cierto punto el mismo proceso de la vida de los pueblos, una vez constituida como ciencia o como una disciplina mental sui géneris, debe estar al servicio de un cambio, de un devenir: del devenir de la humanidad. He aquí su función más augusta, más trascendente.

Por otra parte, se es universal no por un principio de generalización, sino por el de afirmación e individualización de las partes componentes de un todo. Iremos, entonces, hacia un ecumenismo a través de la afirmación de nuestro nacionalismo, cuyos caracteres y fisonomía, adquirirán contornos definitivos adentrándose más al suelo y al pasado.

Nuestra historia no data del momento en que los hombres blancos llegaron a América, portando los elementos de la civilización de Occidente. De tiempos atrás, los aborígenes, hacían historia y plena historia; y es a la llegada de los españoles que el ritmo cultural americano cesa de latir. Del choque de América y Occidente surgen complejos problemas raciales y culturales todavía aun irresueltos, tal vez porque cuatro o cinco siglos son poco en la vida de los pueblos. Como alguien dijera, del complejo fecundo del conquistador ibero y de las fustas imperiales, nació el nuevo tipo: el mestizo, cuyo proceso étnico de individualización parece que aun no ha concluído. El hombre de occidente y su cultura, por el influjo del medio geográfico americano, ha llegado a su fase de americanización o indianización como acertadamente afirma don Ricardo Rojas. Podemos establecer, por consiguiente, un paralelo entre la conquista espiritual que hizo Grecia de Roma, y la conquista que hizo el suelo americano del invasor. Desde este punto de vista, el doctor Uriel García tiene razón fundada para hablarnos del neo-indio.

Producido el choque entre Europa y el Nuevo Mundo, quienes traían, con fundamento o sin él, el prejuicio de su superioridad, tenían que desvirtuar un tanto los elementos de la cultura aborígen,

para que del contraste se perfilara con mayor grandeza la civilización occidental de la que era portador el intrépido castellano. Con muy honradas excepciones, entre las que podemos contar a Cieza, reconocieron a veces algunas virtudes de la civilización del incanato.

Pero, huelga toda razón para afirmar que la historia no esté revestida siempre de un principio informante que le dé sentido; quiere decir, que a la historia no puede dejar de afectarle ciertos hechos que estén en la antípoda de los valores eternos humanos. El historiador no puede contentarse con constatarlos, tiene que enjuiciarlos, y todo enjuiciamiento no es un sopesar de hechos en el fiel de una balanza. Como todo juicio emitido por un ser dotado de sentimiento y una conciencia preconstituída en el medio ambiente que le rodea, por más que quiera revestirse de serenidad, tiene que estar informado por ella. De aquí que en nuestra historia encontremos un doble punto de vista: el punto de vista occidental y el punto de vista americano. Siendo nosotros las partes de un proceso de enjuiciamiento, en que planteamos y afirmamos nuestros puntos de vista, será la Historia la que emita su fallo resolutorio, es decir la historia considerada como tiempo y al servicio de un devenir, nó la historia considerada solamente como una investigación y depuración de datos.

Para fundamentar nuestro alegato tenemos que inquirir y acumular pruebas que den base cabal a la estructura de nuestra nacionalidad, y, encaminando en este sentido nuestro fervor y nuestra investigación, debemos detenernos en hechos y hombres que sirvan para dar mayor luz en la vida de nuestros pueblos, como alegato de nuestra parte al veredicto de la historia.

No exento de razón estuvo el señor González de la Rosa, al afirmar que los "Comentarios Reales" son la réplica de Valera a Pedro Sarmiento de Gamboa. (Véase Revista Histórica, Tomo III, Pág. 296). Nosotros nos solidarizamos con esta afirmación, pero entendiéndola como dos testimonios de parte: los "Comentarios Reales" de Garcilaso, y los párrafos de Valera que en forma extensa con-signa el primero, aunque estas obras no hayan sido escritas deliberadamente para contradecir las aseveraciones de Sarmiento de Gamboa, pero constituyeron ya esfuerzos de investigación desde el punto de vista peruano. (1).

(1) El señor González de la Rosa, en su artículo ya mencionado, asegura que Valera llegó al Cusco, casi el mismo día que Toledo, y como era joven y corría por sus venas sangre peruana, "debió experimentar profunda indignación al ver cómo se trataba por escrito y de hecho a los incas del Perú".

Nuestra historia, siguiendo un curso lógico, a la vez que orgánico, tiene que buscar en las obras de Valera y Garcilaso el eslabón que nos una al incario, para elaborar el juicio verdadero como contribución al devenir del espíritu nacional. Esto no obstante, una exclusión de las otras fuentes haría desmerecer toda investigación. La claridad del pasado no se podrá conseguir sino como por un haz de rayos que converjan de diversos lentes, pero también esa claridad debe estar vivificada por el mismo plan que alimentó a la raza vencedora de ayer, el mismo que hoy acrecienta nuestra fe y esperanza en el porvenir. Por eso, la obra de Valera—perdida en parte por desgracia—cobra tanta importancia, que le mereciera a Garcilaso los conceptos de que esos escritos “eran perlas y piedras preciosas, con las que no mereció su tierra adornarse”. (Comentarios Reales. Lib. II. Cap. XXVII).

Es pues así que sólo a través de la obra de Garcilaso ha llegado hasta nosotros párrafos de la obra de este insigne historiador, y por cuya lectura podemos apreciar el inmenso valor que tenía ella. Esto no nos impide que enaltezcamos su memoria y coloquemos a Valera en el alto puesto que corresponde a nuestro primeros historiadores, más, tratándose de la circunstancia de cumplirse dentro de pocos años el 400° aniversario de la fecha de su nacimiento.

DATOS BIOGRAFICOS

No encontramos uniformidad, y menos certeza, entre los investigadores que nos dan datos acerca de la vida del historiador que nos ocupa, de tal manera que aun nos parece que hay muchos puntos todavía oscuros de su vida, como otros están en tela de juicio. Por esta causa, no podemos precisar terminantemente la fecha de su nacimiento. Siguiendo a Torres de Saldamando, tanto don José Toribio Polo como el general Mendiburu, señalan como lugar de nacimiento Chachapoyas y como fecha, hacia 1551. (1).

(1) A Torres de Saldamando no le presta mayor veracidad el señor González de la Rosa, porque según él, “era Torres hombre de poca cultura pero de gran facundia, y de tan prodigiosa memoria como Menéndez y Pelayo, improvisándose historiador de la noche a la mañana... Por eso mismo sus escritos, aunque repletos de muy curiosos datos históricos y bibliográficos, adolecen de inexactitudes y defectos de todo género, porque leía a escape y redactaba a galope, confiado en su memoria, lo que acababa de leer en un archivo o en casa de un amigo”. El mismo señor concluye que “los datos que dá Torres Saldamando en su libro acerca del padre Valera, muchos son erróneos”. Rev. His. T. II. Pág. 181.

Fueron padres de Blas, el conquistador español don Luis Valera y Francisca Pérez, oriunda posiblemente del mismo Chachapoyas, fundado en 1539 por Alonso de Alvarado, con el nombre de San Juan de la Frontera de Chachapoyas. (1).

Acerca del padre de este ilustre jesuíta, sabemos que don Alonso de Alvarado encargó a "Luis Valera, encomendero de Chivalta y Tiapullo, del comando de los ballesteros que fueron en la expedición a Cochabamba. Llevantu, etc., en los Chachapoyas". Por las Relaciones Geográficas de Indias de don Marcos Jiménez de la Espada. (T. IV Pág. V. nota) estamos enterados que con fecha 1.º de febrero de 1547 escribió Valera a Gonzalo Pizarro, que Gómez de Alvarado, al irse a Chimo, lo había dejado de teniente gobernador

(1) Mendiburo dice en su Diccionario Biográfico que nació en San José de Chachapoyas, apesar de que según Garcilaso fué en los confines de Cajamarca, hijo de Alonso de Valera, uno de los conquistadores del Perú que presenciaron la prisión y muerte del rey Atahualpa y que probablemente perteneció a la tropa traída por Almagro, pues no aparece su nombre en la distribución del caudal que el Inca juntó para el rescate.

En las notaciones y concordancias con las Crónicas de Indias hechas por el doctor Horacio H. Urteaga en los Comentarios Reales—Colección Historiadores Clásicos del Perú—Pág. 20. Nota 6, señala como fecha del nacimiento de Valera, el mes de noviembre de 1568.

El señor González de la Rosa, en sus primeras afirmaciones, basándose en la trascripción que hace Garcilaso, de Valera, y en la que aparece por boca de este último que su padre fué Alonso de Valera (2.ª parte de los Comentarios, Pág. 34. Ed. Barcia), concluye que su padre no fué Luis; que Blas nació en los confines de Cajamarca y no en San José (debe ser San Juan) de Chachapoyas, como pretende asegurar Torres de Saldamando. Por otra parte, como veremos más adelante, el mismo señor González de la Rosa, buscando fundamentos para impugnar la obra de Garcilaso como un mero plagio de la de Valera, mediante ciertas deducciones, nos lleva a creer que el nacimiento de nuestro biografiado debió haber sido algunos años más atrás, y dichas razones son más o menos las siguientes: que Oliva manifestó que Valera estudió latín en Trujillo y que entonces leyó con suma atención una relación de Valverde sobre la prisión de Atahualpa y que no se concibe esa atenta lectura a los 14 o 16 años. Aún además de esto, imagina él mismo, que probablemente pasó mucho tiempo hasta su traslado a Lima e ingresó a la Compañía de Jesús en noviembre de 1568, (a), puesto que para él no es posible que en esta fecha tenga los 17 años. Su conclusión es que debió haber nacido por lo menos 10 años antes, puesto que su padre se encontraba de Regidor desde 1539.

(a).—Tal vez por error de impresión se confunda con esta fecha la señalada en las anotaciones del Dr. Urteaga como fecha del nacimiento de Valera.

Muchas de las afirmaciones de este peruanista han sido rectificadas por investigaciones posteriores, y algunas él mismo las ha aceptado como por ejemplo la concerniente al nombre del padre de Blas, que en latín era ALOISIUS y cuya traducción debía ser Luis y no Alonso. Más adelante volveremos sobre nuevas rectificaciones.

de San Juan de la Frontera, siendo regidor desde que se fundó la ciudad hasta ese año. En repetidas ocasiones se le exigió a Valera, como a los otros conquistadores, llevara de España a su esposa a su lado, pero siempre se resistió buscando alguna excusa o "achaque".

Don José Toribio Polo, que ha consultado la Colección de documentos inéditos de Mendoza, tomo XXV, Pág. 35, nos dice que don Luis Valera aparece como testigo el 13 de octubre de 1553, en la posesión que se dió en Chachapoyas a don Juan García Samanés; lo que para él es una prueba más, de que fué error de Garcilaso llamar Alonso a dicho conquistador, tal vez por la mala traducción del nombre Aloisius que Blas le daría en su obra escrita en latín. Lo que es hasta hoy, no se sabe el lugar de procedencia y la data de la muerte de este conquistador.

Nada sabemos sobre la niñez de su hijo Blas, hasta que por la nota del padre Anello Oliva, lo encontramos estudiando latinidad en Trujillo, en el Colegio que, en 1556, fundó allí don Andrés Hurtado de Mendoza.

En abril de 1568 llegaron al Perú los jesuítas, y Blas se incorporó a dicha orden en noviembre del mismo año, profesando en Lima, no obstante su condición de mestizo, hijo espurio y la oposición de los consultores de la orden por ante el Provincial, Jerónimo Ruíz del Portillo. (1).

Sea que los novicios generalmente ingresaran en la Compañía a los 16 o 17 años, en este caso Valera si suponemos que nació en 1551, o que ingresó de mayor edad si con González de la Rosa creemos que debió haber nacido por lo menos 10 años antes de 1551, es lo cierto que los jesuítas, acabados de llegar al Perú en número de seis, como lo observa el mismo peruanista anteriormente citado, se preocuparon de reclutar por todos los medios posibles nuevos colaboradores sin detenerse en cumplir determinadas reglamentaciones como en cuestiones de edad o legitimidad civil de los postulantes, que fué lo que pasó probablemente con Blas Valera. ((2)).

(1) El señor Polo nos da copia de la constancia del ingreso en la Compañía de este ilustre mestizo: "El hermano Blas Valera.—El hermano blas valera, fué recibido en este colegio por el padre gerónimo de portillo, provincial en 20 de noviembre de 1568 años, es hijo natural de luis valera y francisca pérez, natural de Chachapoyas en estas partes diócesis de Lima fué examinado ya estudiante-vido las bulas y constituciones y Reglas de la Compañía y dixo hera contento de guardarlas y pasar por todas ellas.—blas valera".

(2) Para mayor ilustración anotamos en breve síntesis, los datos que consigna el señor Polo sobre las bulas papales y disposiciones reales acerca de la incorporación de novicios a las órdenes religiosas: San Pío V en su Bula del 4 de agosto de 1571, permitió a los obispos ordenar a los mestizos,

En el Colegio San Pablo de Lima, concluyó su noviciado el hermano Blas, enviándosele en 1571 al Cusco en calidad de catequista con los fundadores de otro colegio de la orden: padres Alonso Bárcena, Bartolomé de Santiago y otros. Hay suposición distinta, y es la que tal vez viajó con el provincial Portillo "que salió a la Vista con el Virrey Toledo, y que dejándolo en Huamanga, entró con sus compañeros en el Cusco en enero de 1572". (José Toribio Polo. Blas Valera. Rev. Tis. T. ante. cit.). Es en el Cusco que el obispo Sebastián de Lartaún, ordenó a Valera en 1574, calculándose en 10 los años que estuvo, ya que en 1582 pasó a Juli por haber vacante en esta Residencia. Garcilaso de la Vega citada en un pasaje en los Comentarios Reales, (pág. 104. Ed. Barcia) por el que sabemos que estuvo en Copacabana, probablemente en La Paz y otros puntos del Titicaca, pues, su perfecto dominio del quechua y aimara hizo que de preferencia se le encomendara misiones que alcanzaron éxito. Como heredara de sus antepasados indios la resignación para sobrellevar trabajos, la perseverancia, y, por natural voz de la sangre sintió amor a los oprimidos indígenas y consiguiente admiración al pasado, posiblemente no omitió esfuerzo para inquirir y documentarse sobre el incario, agregándose a esto la disciplina intelectual inculcada por los jesuitas, razones todas que nos llevan a la conclusión de considerar su obra como de inapreciable valor.

El padre Valera, juntamente con sus compañeros Bárcena y Santiago, tradujo en quechua y aimara los catecismos y sermones que aprobó el Concilio Provincial de Lima en 1583. Así mismo fué compañero y contemporáneo del padre Luis Bertonio, que conoció el aimara y publicó sus escritos de 1603 a 1613.

Asegura saber el señor González de la Rosa que, en años posteriores, nuestro biografiado recorrió el norte del Perú y estuvo en Quito, mas, a partir de entonces se oscurecen muchos puntos de su vida, pero es natural que regresara a Lima para embarcarse a Cádiz hacia el año 1591, o sea 30 años después que se embarcara Garcilaso, que como se sabe zarpó en 1560. Hasta 1590 ya se habían publicado las Gramáticas de quechua y aimara por Tomás de San Martín y Luis Bertonio. Todo esto nos hace suponer que dada su madurez, estuvo mejor capacitado que Garcilaso para documentarse en el mismo escenario acerca del pasado indio, razón por la cual, el señor González de la Rosa, toma esto como uno de sus principales fun-

hijos de españoles e indias, y Gregorio XIII en Breve de 25 de enero de 1576, concedió se pudieran ordenar los hijos ilegítimos, con tal de saber el idioma de los naturales. Sin embargo, el Rey, en cédula de 2 de noviembre de 1578, prevenía al arzobispo que no se ordenare a los mestizos. (Rev. His. T. II. Pág. 546).

damentos para impugnar la obra de nuestro Inca mestizo, que supera a Valera aunque tal vez no en el dato, pero sí en la elegancia y naturalidad, por lo que lo catalogamos entre los autores clásicos de nuestras fuentes históricas.

Por el año de 1596 se encontraba el padre Blas Valera en Cádiz, de manera que tuvo que huir de allí con sus compañeros de orden, a causa del saqueo que verificaron los ingleses en esa ciudad el mismo año. Es por Garcilaso que sabemos que murió poco después del saqueo, pudo haber sido el mismo año o los subsiguientes, pero antes de 1600, porque en esta fecha declara haber recibido el autor de los Comentarios, los destrozados papeles de Valera, de manos del padre Pedro Maldonado de Saavedra, Lector de escritura en Córdoba. (1).

Coronando su incesante búsqueda de documentos históricos a este respecto, el señor González de la Rosa, en un artículo publicado en la Revista Histórica, (Tomo IV. Pág. 305), nos habla de los inéditos papeles del padre Uriarte, por los cuales se sabe positivamente que el padre Valera vivió casi año y medio después del saqueo de Cádiz, en el Colegio de Málaga como profesor de Gramática y fué a morir el 3 de abril de 1598 a la edad de 50 años.

El señor Riva Agüero en su defensa de Garcilaso, dá poca importancia a esta documentación glosada por González de la Rosa en defensa de su tesis de impugnación a los Comentarios Reales, pero, si bien esto no resuelve nada acerca si Garcilaso plagió o no a Valera, en cambio es dato importante para nosotros que nos ocupamos de su biografía. Por consiguiente, podemos ya determinar con alguna certeza que si murió en 1598 a la edad de 50 años, habrá nacido hacia 1548, quedando aclarado uno de los puntos más discutidos, mejor dicho, inciertos de su vida, y en la que no estaban de acuerdo sus biógrafos.

Murió pobre y olvidado, y siendo mirado tal vez con desdén por los peninsulares por su condición de mestizo, y más, llevando en el alma el dolor de que su obra, fruto de su esfuerzo y de su larga y paciente investigación, en que puso amor y entusiasmo, quedaba postergada y maltratada. No tuvo la satisfacción que siente todo creador de dar impresa y completa su obra a la posteridad. Hoy, el veredicto de la historia y la gratitud nacional, rescatan su nombre y su obra al plano de la justa y positiva valoración.

(1) Como consecuencia de la versión de Garcilaso que dice que Valera murió poco después del saqueo de Cádiz, se han suscitado muchas conjeturas: el señor Polo cree que pudo haber sido en 1597 o 1598. Mendiburu se inclina por el año de 1597 y González de la Rosa por el 98.

Para completar nuestro concepto sobre tan ilustre personaje, transcribimos las palabras de Mendiburu, quien dice lo siguiente: “poseía un talento admirable, era muy contraído al estudio, aficionado a las antigüedades y gran conocedor de la quichua. Sacó de los quipus (?) muchos romances poéticos de historias, sucesos, guerras y amores”.

LA OBRA DE VALERA

El padre Blas, escribió su obra en elegante latín y la tituló “Historia Occidentalis... Historia de los Incas y de su imperio”. Esta historia fué llevada a España probablemente por él mismo para su publicación, y encontrándose los manuscritos en el colegio de los jesuitas de Cádiz, acabaron por desglosarse y maltratarse el 1.º de julio de 1596, cuando los ingleses, al apoderarse de la ciudad y saquearla, pusieron fuego a dicho colegio que tenía una hermosa biblioteca al decir de Fray Jerónimo de la Concepción. No obstante, logró salvarse parte de dicha obra, la que le fué entregada a Garcilaso por el padre Maldonado. (1).

En vista de que citan con detalles la obra, lo que no hizo Garcilaso, los jesuitas Juan Eusebio Nieremberg en 1635 y Alonso Sandoval en 1642, hace suponer que existe una copia de la obra de Valera, y de esta idea participa León Pinelo. El mismo Torres Saldamando cree posible que hubiera quedado copia de la historia de este jesuita en Lima, y cabalmente se basa en la cita que hace el padre Sandoval en su libro sobre los etíopes edición de Madrid en 1646. El señor González de la Rosa dice haber consultado la edición original (Sevilla 1627), no habiendo podido encontrar semejante pasaje. (Padre Alonso de Sandoval: “Naturaleza sagrada y pro-

(1) “Se me ofrece la autoridad de otro insigne varón religioso de la Sta. Compañía de Jesús llamado el padre Blas Valera, que escribía la historia de aquel imperio en elegantísimo latín y pudiera escribirla en muchas lenguas, porque tuvo don de ellas; mas por la desdicha de aquella mi tierra que no mereció que su república quedara escrita de tal manera, se perdieron sus papeles en la ruina y saco de Cádiz (Cádiz) que los ingleses hicieron año de 1596, y él murió poco después. Yo hube del saco las reliquias que de sus papeles quedaron, para mayor dolor y lástima de los que se perdieron, que se saca por los que se hallaron; quedaron tan destrozados que falta lo más y mejor. Hizome merced de ellos, el P. Maldonado de Saavedra, natural de Sevilla, de la misma religión que en este año de 1600 loe Escritura en esta ciudad de Córdoba”.—Garcilaso de la Vega”. “Comentarios Reales”. Pág. 7. Edic. Barcia.—Pág. 20-21. Edic. Urteaga.

fana, costumbres y ritos, etc., de todos los Etiópes). Agrega el mismo señor, que así existiera, nada probaría, puesto que Sandoval vivió poco en Lima, escribió en Cartagena y debió referirse a lo que dice Garcilaso en su libro, ya impreso en Lisboa desde 1609.

Por la siguiente trascripción del autor de los Comentarios, podemos darnos cuenta del valor de la obra comentada: “Hasta aquí es sacado de nuestras Relaciones, y de los Papeles del Padre Blas Valera, cuya Historia holgara poder llevar adelante para adornar la mía, porque la escrevía como religioso, y hombre curioso, buscando la verdad de el suceso en cada cosa, informándose de Indias, y Españoles, para su mayor satisfacción. Lo que hallare suio a propósito siempre lo referiré por su mucha autoridad, que cierto cada vez que veo papeles rotos, los lloro de nuevo”. (Historia. L. I, Cap. XXV.).

Crejó en sus primeros artículos el señor González de la Rosa, que tres debieron haber sido las obras de Valera; la primera: la Historia del Perú, escrita en latín, que le sirvió de fuente de consulta a Garcilaso. La segunda: un vocabulario histórico del Perú hasta la letra H que consultó Oliva y que trajo de Cádiz y depositó en el Colegio de La Paz en 1604 el procurador de la orden, padre Diego Torres. (1).

Y por último: “De los Indios del Perú sus costumbres y pacificación”, según León Pinelo y Nicolás Antonio. Para González de la Rosa, formaba parte de esta última obra el fragmento publicado, sin sospecharlo, por don Marcos Jiménez de la Espada con el título de “Relación Anónima”, en su volumen “Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas”, Madrid 1879. (Véase Rev. Hist. Tomo II. Pág. 180 y siguientes). Estas aseveraciones han sido contradichas con suficiente fundamento por el señor Riva Agüero, (Rev. Hist. T. III. Pág. 46 y sgtes.), habiendo el primero retrocedido en sus presunciones alegando: “De la Relación anónima y las Memorias puede aun creerse que no sean obra del jesuíta”. (Rev. Hist. T. IV. Pág. 306).

(1) “En un bocabulario antiguo de mano del padre Blas Valera que traço consigo el padre Diego de Torres Vásquez desde Cádiz quando bino al Perú muy inteligente de la lengua quichua y grande escudriñador de las antiguallas del Perú y de sus Incas, y que como tesoro escondido teníamos guardado en la librería del colegio de Chuquiabo y por buena dicha tube a mis manos...” (Historia del Reino y Provincias del Perú. Lima 1895: L. I. Cap. II. Párr. XIII).

UN DEBATE HISTORICO

Impugnó González de la Rosa la obra de Garcilaso, manifestando que los “Comentarios Reales” del Inca mestizo eran un mero plagio de la obra de Valera. Partió de la premisa de que “no se había tomado la pena de someter a una crítica imparcial” las palabras del Inca, consignadas en la Pág. 7 de los Comentarios, Edic. Barcia y 20-21, Edic. Urteaga, y trascritas en este trabajo en la Pág. 20. Subrayó lo dicho por Garcilaso, de que Valera murió *poco después* del saco de Cádiz y que obtuvo merced al padre Maldonado los *destrozados* papeles de la obra del jesuíta, faltándole *lo más y mejor*. Criticó esta versión como mera fábula y estratagema de un autor que trató así de apropiarse el trabajo de otro. Para fundamentar su tesis adujo varios considerandos, entre ellos que, Valera viajó a España 30 años después ya que Garcilaso, por consiguiente estuvo mejor documentado; que el Inca, no pudo conocer la historia antigua del Perú en forma tan detallada como trata en su libro, por haber dejado su patria sólo a los 20 años y haber comenzado a escribir su obra ya a los 60 de edad y a los 40 de ausencia de su tierra. Sustentó también que el padre Valera no perdió en el saqueo de Cádiz partes de su obra, porque en las capitulaciones que precedieron a la rendición de la plaza se pactó que las mujeres y los jesuitas saldrían salvos al día siguiente, pudiendo, llevar cada uno *dos vestidos y sus papeles y escrituras*, por consiguiente, en este saqueo metódico y pacífico, con las consideraciones del caso, Valera salvó todos sus manuscritos históricos, habiendo recibido Garcilaso completo y no hecho pedazos el texto de la obra, puesto que los trozos del jesuíta que se consignan en los Comentarios son muy extensos para pertenecer a una obra trunca, notándose también que el Inca se refiere a opiniones de Valera no contenidas en los pasajes que de él trascribe, siendo todo esto fundamento suficiente para tachar al autor de los Comentarios de plagiarlo, perdiendo la serenidad en sus juicios el señor González de la Rosa y hasta negándole el título de Inca para atacarlo en forma despiadada, lejos de la ponderación que debe tener todo crítico o investigador, de astuto a Garcilaso. Bastaban estos epítetos para rebajar el valor de sus apreciaciones.

En dos meditados y bien documentados artículos publicados en la Revista Histórica, el señor Riva Agüero, refutó de una manera incontrovertible, la tesis de su contricante. Le sorprendía el encarnizamiento de González de la Rosa contra el “desdichado Garcila-

so, para suponerlo a más de ignorante embustero, a más de embustero ladrón y a más de ladrón incensato”.

Estas son las principales consideraciones de Riva Agüero: que si Garcilaso hubiera plagiado a Valera, era absurdo que diera noticia de su vida y escrito y hablara tanto de él, y además que refiera cómo adquirió estos. Ahora, que en muchos capítulos de sus Comentarios transcribe de él trozos o indica sus opiniones, porque como dice el mismo Garcilaso no “quiere hurtar lo ajeno” y quiere “que salga cada cosa por su dueño”. Además que el Inca no sólo se cñó. (Véase Comentarios, Primera Parte. Libro I. Cap. XIX) a los recuerdos de su niñez y adolescencia, como a los autores españoles que ya publicaron sus crónicas y que alcanzó a leerlos, sino que escribió a sus allegados y amigos de su patria “encargándoles que cada uno le ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron en las provincias de sus madres... y ellos tomando de veras lo que *les pidió*, dieron cuenta de la intención (de Garcilaso) a su madre y parientes, los cuales sabiendo que un indio, hijo de su tierra quería escribir los sucesos de ella, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y se las enviaron”.

Por todas estas y más extensas consideraciones, Riva Agüero, llega a estas dos conclusiones fundamentales: 1a.) En los Comentarios hay mucho que no proviene del padre Valera. 2a.) A la Historia en latín del padre Valera le faltaba el año de 1600, por destrucción o extravío, largos y considerables trozos. Termina manifestando que “no hay razón valedera alguna para rechazar las dos proposiciones anteriores; y por el contrario, hay suposiciones en alto grado verosímiles, de evidencia moral, para admitirlas”.

Admitamos la tesis de Riva Agüero, hermanando los nombres de Valera y Garcilaso en el plano de los positivos valores de nuestra historia nacional. Testimoniemos nuestra gratitud hacia ellos, renovando nuestra admiración a las obras que con amor, lucidez y ejemplar perseverancia nos legaron.

BIBLIOGRAFIA

“*Varones ilustres de la Compañía de Jesús en el Perú*”.—Anello Oliva.

“*Historia de la Provincia del Perú*”.—Barrasa.

“*Comentarios Reales*”.—Garcilaso.

“*Antiguos jesuitas del Perú*”.—Torres Saldamando.

“Padre Valera, Primer Historiador del Perú” *Rev. Hist. T. II*.—M. González de la Rosa.

“Blas Valera” *Rev. Hist. T. II*.—José Toribio Polo.

“Diccionario Histórico Biográfico”.—Mendiburu.

“La Historia en el Perú”.—José de la Riva Agüero.

“Garcilaso y el padre Valera” Respuesta a una crítica. *Rev. Hist. T. III*.—José de la Riva Agüero.

“Réplica al señor Riva Agüero”. *Rev. Hist. T. III*.—Manuel González de la Rosa.

“Los Comentarios Reales son la réplica de Valera a Sarmiento de Gamboa”. *Rev. Hist. T. III*.—González de la Rosa.

J. ALFONSO MENDOZA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

BIBLIOTECA DEL SEMINARIO DE LETRAS.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS:

(DESDE EL 1.º DE DICIEMBRE DE 1940 HASTA EL 31 DE MARZO
DE 1941)

- 1.—Anteproyecto de Ley Orgánica de Educación (Exposición y crítica).—Pedro M. Oliveira.—Lima, 1940.
- 2.—Historia del Arte de la Música en el Salvador.—Rafael González Soll.—San Salvador, 1940.
- 3.—El Libro Americano, Tomo III, No. 12; Tomo IV, Nos. I, II.—Washington.
- 4.—Deserción escolar y analfabetismo.—José M. Lunazzi.—La Plata, 1940.
- 5.—Universidad Nacional de Cuyo (Creación, organización y planes de estudio).—Mendoza, Argentina, 1940.
- 6.—La primera Universidad de América.—México, 1940.
- 7.—Día de la Raza.—Nueva noticia del país que los españoles encontraron en el año de 1521, llamado Yucatán. (Publicación de la Universidad autónoma de México).—México.
- 8.—Oswaldo Cruz ea Escola de Manguinhos.—Henrique de Beaurepaire Aragao.—Río de Janeiro, 1940.
- 9.—A propósito di un caso sangolare di siderurgia incaica.—Giuseppe Mazzini.—Cittá del Vaticano.
- 10.—Elementos de Algebra.—Carlos A. Mendoza V.—Lima, 1940.
- 11.—La psicología del artista.—Enrique Barboza.—Lima, 1.
- 12.—Escenario de niños.—Teófilo Acuña Figueroa.—Huancayo.
- 13.—Canción de la Erranza.—Luis A. Armendariz.—Quito, Ecuador, 1940.
- 14.—Legislación Escolar del Perú.—Juan P. Castro Fernandini.—Lima.

- 15.—El litigio limítrofe Peruano-Ecuatoriano.—Roberto Mac-Lean y Estenós.—Lima, 1941.
- 16.—La Conferencia de Guayaquil.—Varios.

REVISTAS, BOLETINES Y PERIODICOS:

- 1.—Revista Universitaria, Año XXIX, Nos. 78 y 79.—Cuzco, 1940.
- 2.—Sphinx, Año IV, Nos. 10, 11 y 12.—Lima, 1940.
- 1.—Boletín de la Escuela de Odontología, Tomo IV, Nos. 2-3.—Lima 1940.
- 4.—Anales de la Escuela de Farmacia de la Facultad de Ciencias Médicas, Tomo II, No. 7.—Lima, 1940.
- 5.—Revista Policial del Perú, Nos. 102, 103, 104 y 105.—Lima.
- 6.—Comisión Chilena de Cooperación Intelectual (Boletín Bimestral), Año III, No. 18.—Santiago
- 7.—Revista Nacional de Cultura, Nos. 22, 23 y 24.—Caracas.
- 8.—Educación, Nos. 8, 9 y 10.—Caracas.
- 9.—Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXIV, Nos. 11 y 12; Vol LXXV, No. 12.—Washington, D. C.
- 10.—Bolletino della Regia Università Italiana per Stranieri, XVIII, Nos. 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 12.—Perugia.
- 11.—Nueva Vida, Año XV, Nos. 756 al 769, y 771 y 773.—Avellaneda.
- 12.—Italia Nuova, Anno XIV, Nos. 42 y 45.—Lima.
- 13.—Boletín del Cuerpo de Ingenieros del Perú, No. 125.—Lima.
- 14.—Revista Nacional - Literatura, Arte, Ciencia; Año III, Nos. 32, 33 y 34, Montevideo.
- 15.—La Tribuna Odontológica, Año XXIV, No. 12.—Buenos Aires.
- 16.—Revista das Academias de Letras, Año IV, Nos. 25, 26 y 27.—Río Janeiro.
- 17.—Universidad de Antioquía, No. 42 y 43.—Medellín, 1940.
- 18.—San Simón, No. 4.—Ibague, Colombia.
- 19.—Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,—Vol. XXXV, Nos. 345 y 346.—Bogotá.
- 20.—Selecciones del Reader's Digest, Tomo 1, Nos. 2 y 3.—Pleasantville, N. Y.
- 21.—Revista de Derechos y Ciencias Políticas, Año IV, No. III.—Lima.
- 22.—Luminar, Vol. IV, No. 2.—México.
- 23.—La Nueva Democracia, Vol. XXI, No. 12.—New York.
- 24.—Boletín-Bibliográfico, Año III, No. 4.—Lima.
- 25.—Informaciones Sociales, Año IV, No. 10, 11 y 12.—Lima.

- 26.—Horizontes, Año II, No. 7.—Bogotá.
- 27.—Normas, Año I, Nos. 2, 7, 8, 9, 10, 11, 12.—Cumaná, Venezuela.
- 28.—Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Tomo XIV, Nos. 2 y 3.—Montevideo.
- 29.—El Economista, No. 43.—México.
- 30.—Universidad Católica Bolivariana, Vol. VI, No. 18.—Medellín.
- 31.—The University of Puerto Rico Bulletin, Series XI, No. 1.—Río Piedras.
- 32.—Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Tomo XXIII, No. 91 y 92.—Caracas.
- 33.—Revista de la Universidad Católica del Perú, Tomo VIII, Nos. 6-7, 8-9.—Lima.
- 34.—Revista de la Escuela Militar, Año XV, No. 178.—Chorrillos.
- 35.—Revista de Hacienda, No. 3.—Lima.
- 36.—Instrucción Media, Año I, Nos. 3-4.—Lima.
- 37.—Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Tomo LVII, Trim. 3.º y 4.º.—Lima.
- 38.—The International Quaterly, Vol. IV, No. 4.—New York.
- 39.—The University of New México Bulletin, Catal. Series, Vol. 53, No. 4. New México.
- 40.—Contemporary Japan, Vol. VII, No. 2.—Tokyo.
- 41.—Ariel, Serie XXVI, Nos. 78 y 79; Serie XXVII, Nos. 80, 81, 82 y 83; Serie XXVIII, Nos. 84 y 85.—San José de Costa Rica.
- 42.—Anales de Instrucción Primaria.—Epoca II, Tomo III, No. 3.—Montevideo.
- 43.—Revista de Historia de América.—No. 9.—México.
- 44.—Mensaje, Epoca III, Nos. 10 y 11.—Quito.
- 45.—Revista Geográfica Americana.—Año VI, Vol. XIII, Nos. 76, 78 y 79; Año VIII, Vol. XIV, Nos. 85 y 86; Vol. XV, Nos. 87 y 88.—Buenos Aires.
- 46.—Boletín Bibliográfico Argentino.—No. 7.—Buenos Aires.
- 47.—Universidad, Nos. 6 (1.ª, 2.ª y 3.ª partes); y No. 7.—Santa Fé.
- 48.—Sur.—Nos. 74 y 76.—Buenos Aires.
- 49.—Anales de la Universidad de Santo Domingo, Vol. IV, Fasc. II.—Trujillo.
- 50.—Revista del Archivo Nacional del Perú.—Tomo XIII, Entrega II.—Lima.
- 51.—Itinerario de América.—Año II, No. 15.—Buenos Aires.
- 52.—Kollasuyo, Nos. 15, 16, 17, 18, 19 y 20.—La Paz.
- 53.—Rosenha Musical, Año III, Nos. 28 e 29.—S. Paulo.
- 54.—Social Science.—Vol. 16, No. 1.—Washington.

- 55.—Geophysics, Vol. VI, No. 1.—Pittsburgh, Pennsylvania.
56.—Columbia University.—Bulletin of Information.—41.^a Serie,
No. 9.—New York.
57.—New Mexico Historical Review, Vol. XVI, No. 1.—New Mexico.
58.—El Maestro, Nos. 2 y 3.—Huancayo.
59.—Studies in Philology, Vol. XXXVIII, No. 1.—Chapel Hill, 1941.
60.—Boletín Municipal y Bibliográfico.—2.^a época, Año I, No. 1.—
—Huancayo.
61.—Perú Pedagógico, No. 2.—Arequipa.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LOS SISTEMAS DE MORAL.

Por Alejandro O. Deustua.

Dando una prueba más de su asombrosa vitalidad intelectual y de su acendrado amor por la juventud estudiantil el Dr. D. Alejandro O. Deustua, ex-Rector de la Universidad Mayor de San Marcos y ex-Decano de la Facultad de Letras acaba de publicar el segundo y último tomo de su obra "Los Sistemas de Moral".

El fuerte pensamiento filosófico del autor deja su huella profunda en el análisis y crítica de los más notables esfuerzos del hombre para explicar el fundamento de la vida moral, desde la antigüedad hasta nuestros días. Y, a pesar de los años, la mente se mantiene ágil y permeable a los últimos adelantos de la investigación ético-axiológica. A una sola cosa se muestra indeclinablemente fiel el autor de "Los Sistemas de Moral": a su profesión de fé ético-idealista como una fuente de salvación de la cultura. Sobre todo al referirse a la vida moral en el Perú aconseja hoy como aconsejó siempre, trabajar por el señorío de lo ético sobre cualquier peligroso avance del pseudo-valor económico en cuyo predominio ve el origen de los males que aquejan a la humanidad.

Libro útil para todos los que tienen devoción por las ideas, lo es en particular para nuestros estudiantes porque sirve no sólo de fuente de información y de enseñanzas, sino de lección objetiva y permanente de los límites a que puede llegar en nuestro país la energía espiritual, cuando está sostenida por el más puro amor a la juventud y a la Patria.

J. C.

“LA FILOSOFIA DE HUSSERL”.

Por Joaquín Xirau.—1941.—Ed. Lozada.—Buenos Aires.

Formando parte de la Biblioteca Filosófica, publicada bajo la dirección del Dr. Fco. Romero, el eminente profesor español don Joaquín Xirau nos da esta bella obra de introducción a una de las más creadoras corrientes filosóficas contemporáneas (véase sus artículos sobre la misma escuela en “Romance” nos. 10: Husserl; 14: Scheler; 20: Heidegger) a la vez que un aporte al desarrollo filosófico indoamericano.

El libro (que lleva como subtítulo “Una introducción a la Fenomenología”) contiene, además, un “Prefacio”, y “Nota Bibliográfica” complementaria.

A lo largo de los 7 capítulos que la componen, partiendo de la “situación histórica” e “infidelidad del Positivismo”, se ocupa de la Teoría de la Verdad; Formas y Esencias; la Conciencia; la Fenomenología Pura; la Intersubjetividad monadológica; finalizando por una “Conclusión”, que se inicia así: “Llegados al término de nuestro camino volvamos la mirada al origen y veamos como ha llegado Husserl al cumplimiento de su designio”.

C. D. V.

“DESHOJANDO LA ROSA”.

Biblioteca de Letras
“Jorge Puccinelli Converso”

Por Sergio Quijada Jara.—1941.—Taller de Linotipia.—Lima.

Prologado por palabras iniciales “a título de hermandad” de Julio Garrido Malaver (poeta laureado en los juegos florales universitarios de 1940), el autor desarrolla un itinerario en prosa lírica a través de estancias: “Cuna solitaria”, “Peripecias de estudiante”, “Aleteos de un gran amor”, “Culminación del amor”, “Vacaciones”, “El retorno”, “Letanía” y “La muerte”.

Prematuro sería todo juicio sobre el autor cuyo libro parece prometernos (por el vigor de vivencia) lo que está en trance de acaecerle.

C. D. V.

GLOSAS AL CACIONERO.—POEMAS.

Por Alberto Arvelo Torrealba.—Editorial “Elite”.—Caracas. 1940.

En verso rápido, expresando aceleradas jornadas espirituales, recorriendo dilatadas emociones pampeanas, Alberto Arvelo Torrealba, prestigioso poeta venezolano, nos da un itinerario de subyugadoras impresiones del llano. Su verso es el verso vivo, de cadencia agitada que se va gestando al trotar del caballo y las escenas de la vida pampeana. Hombre nacido en el llano, en su verso expresa el aliento sofocado y hondo de quien siente la angustia dilatada en la inmensidad de la pampa. Así nos habla de “la trocha pelada y fija, sin una ceja de monte; de la tierra abismada que engaña a lo lejos; de la guapeza del río”

En el libro hallamos el paisaje ensoñado tras la visión del poeta; al hombre derramando su angustia en la pampa; y la pampa operando en función del hombre revelador.

Poesía cósmica la suya, que expresa sabor de tierra, humor de hombre, trajín de vida inquieta. Todo envuelto en un halo que magnifica y exalta las cosas, los hombres y la pampa. Por sus notas típicas, su acento vernacular, es poesía de sustancia americana.

V. D.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

A ARTE E OS ARTISTAS NA ROMENIA.

Por José Licinio Rendeiro.—Sa da Bandeira.—1939.

José Licinio Rendeiro es un activo y fecundo intelectual portugués. Consagra su inquietud a diversos campos, presentando estudios de arte y literatura, comentarios sobre figuras y hechos de la escena contemporánea. En el opúsculo que comentamos “A Arte e os Artistas na Romenia” traza en breve y sustancioso esquema la evolución artística de Rumania. Tras de algunas consideraciones históricas presenta las primeras manifestaciones concretas del arte rumano. Su obra se encuadra en capítulos que comprenden: Los Primitivos. Los precursores del Modernismo, los Modernistas y los Contemporáneos.

En breves líneas destaca autores y obras influyentes dentro de sus respectivos períodos.

V. D.

CANCION DE LA ERRANZA.

Por Luis A. Armendariz.—Ed. "La Exactitud".—Quito. 1940.

Con una elegante portada de sabor y color americano, Luis A. Armendariz, esforzado y talentoso escritor ecuatoriano, nos ofrece el libro titulado "Canción de la Erranza". A través de él se delinea un espíritu torturado por el afán de justicia y belleza que lo cumple a través de una trayectoria áspera de autodidascia y rebeldía. Su verso tiene el sabor acre-tónico de las fustigaciones merecidas. Su expresión es la de "Un hombre digno y libre, gallardamente erguido; un hombre que abomina el pantano y la sombra". Nacido en la misma tierra de Montalvo, trae algo de ese linaje que alienta el verbo candente y justiciero que consagró a una de las mayores glorias literarias de América.

Frase ardorosa, inspiración justiciera y exquisita sensibilidad artística, hacen del libro que comentamos un interesante repertorio de ideas y emociones.

V. D.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

REFLEXIONES SOBRE LA LEY DE 10 DE ABRIL DE 1834 Y OTRAS OBRAS.

Por Fermín Toro.—Caracas.—1941.

El Ministerio de Educación Nacional de Venezuela inicia la colección de "Clásicos Venezolanos" con esta obra de don Fermín Toro, en la cual se recogen trabajos de diversa índole del insigne polígrafo, una de las figuras más resaltantes de las letras hispano-americanas.

Fermín Toro, pensador ecuaníme, desplegó intensa actividad, abarcando con éxito, los dominios de la literatura, de la docencia, de la legislación y la diplomacia. En todos ellos dejó la huella de su poderosa inteligencia y gran corazón.

Es digna de todo elogio la tarea de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación de Venezuela que con la colección de "Clásicos Venezolanos" perenniza y, a la vez, lleva a conocimiento de otros pueblos la obra magnífica de sus grandes escritores. En la hora presente debe atribuirse valor excepcional a todo esfuerzo que se encamine a fortalecer y dar unidad a la conciencia de América. Por eso aplaudimos, sin reservas la publicación del primer volumen de "Clásicos Venezolanos".

J. C.

POR LA FELICIDAD DE SUS HIJOS.

Por Irene Silva de Santolalla, escritora peruana. Ed. Buenos Aires. 1939.

Desde su título este bello libro sugiere y atrae por su noble finalidad, ya que está destinado a las madres, artífices insuperables del alma infantil. Su contenido, en efecto, no defrauda las expectativas del lector; agrada por la fluidez de su estilo — a la vez sencillo y elegante—; impresiona, por la amable naturalidad de sus exposiciones; induce, por fin, al inmediato aprovechamiento de sus sabios consejos. Por eso, la obra de la Sra. Santolalla tiene la virtud de ser eminentemente constructiva. Sus acertadas conclusiones fruto de su fina observación y de su experiencia— son verdaderos decálogos pragmáticos de educación moral.

Si fuéramos a examinar esta obra capítulo por capítulo, diríamos que, por una razón u otra, todos están llenos de sugerencias educativas, estrictamente ajustadas a la realidad infantil. De aquí que, nos permitamos recomendarla como un manual práctico de educación, de subido valor para madres y maestras que, ya en el hogar, ya en la escuela, cumplen con la sagrada misión de orientar la formación espiritual del niño.

A parte del valor pedagógico de esta obra, es de singular interés el método empleado por su autora quien con el propósito de "hacer más amena su lectura" intercala algunas composiciones poéticas.

La apreciación que la obra "Por la felicidad de sus hijos" ha merecido dentro y fuera del país marca el índice de su incuestionable trascendencia.

G. T. de U.

REVISTA DE REVISTAS

(ARTICULOS DE INTERES)

HISTORIA

- RAIGAMBRE RELIGIOSA DE LA DEMOCRACIA.**—W. S. Rycroff.—La Nueva Democracia, Diciembre de 1940; pág. 3).
- MANTENEDOR DE LA IDEA INTERAMERICANA.**—Alberto Rembao.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940; pág. 28.—New York).
- EL PENSAMIENTO MAGICO EN LAS PINTURAS DEL ANTIGUO PERU.**—Eduardo Peña.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940; pág. 16.—New York).
- EL PROCESO CULTURAL DEL PERU.**—Alfredo Yépez Miranda.—(Revista Universitaria, No. 78; pág. 3.—Cuzco).
- DE LA MENTIRA Y DE LOS ESPEJISMOS EN LA HISTORIA.**—Arturo Capdevilla.—(Revista Universitaria, No. 78; pág. 53.—Cuzco).
- EL TESORO DE PUMAKAHUA.**—Jorge Cornejo Bouroncle.—(Revista Universitaria, No. 78, pág. 60.—Cuzco).
- EL FOLKLORE PERUANO.**—Alfredo Yépez Miranda.—(Revista Universitaria, No. 78, pág. 65.—Cuzco).
- FOLKLORE PERUANO. LA CHICHERIA CUZQUEÑA.**—Julio Luna P.—(Revista Universitaria, No. 78, pág. 93.—Cuzco).
- EL FOLKLORE EN LOS PLANES DE ESTUDIOS DE LAS UNIVERSIDADES DE EE. UU. DE AMERICA.**—Ralph Steel Boggs.—(Revista Universitaria, No. 78, pág. 145.—Cuzco).
- NAYMLAP, EL REY DIOS.**—Jorge Cornejo Bouroncle.—(Revista Universitaria, No. 78.—Cuzco).
- FOLKLORE MUSICAL PERUANO.**—Abraham Vizcarra Rozas.—(Revista Universitaria, No. 78, pág. 163.—Cuzco).
- PINTURAS RUPESTRES DEL CERRO COLORADO.**—Alberto Rex González.—(Revista Geográfica Americana, No. 86, pág. 333.—Buenos Aires).
- ANTE EL CUARTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL INKA GAR-**

- CILASO.**—Clodoaldo Alberto Espinosa Bravo.—(Mensaje, Nos. 10 y 11, pág. 50.—Quito).
- DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS.**—Luis Anda Rumazo.—(Mensaje, Nos. 10 y 11, pág. 147.—Quito).
- PERFIL DEL COLONIAJE.**—Leopoldo Benites V.—(Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, No. 52; pág. 35.—Guayaquil).
- LOS TESOROS ARTISTICOS EN LAS RIBERAS DEL HISTORICO "TITICACA".**—Jorge W. Villacrés Moscoso.—(Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, No. 52, pág. 72.—Guayaquil).

FILOSOFIA

- EL LADO NEGRO DE LA FILOSOFIA.**—John Wright Buckham.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940, pág. 5.—New York).
- LA INFLUENCIA DE SAN FRANCISCO EN EL ARTE.**—Guillermo Salinas Cossío.—(Revista de la Universidad Católica del Perú, Tomo VIII, No. 8-9.—Lima).
- JULIUS WAGNER VON JAUREGG, PROMOTOR DE LA PSIQUIATRIA EFICAZ.**—Honorio Delgado.—Revista de la Universidad Católica del Perú, Tomo VIII, No. 8-9.—Lima).
- LA NOTACION DE LEIBNIZ.**—Luis F. Díaz.—(Revista de la Universidad Católica del Perú, Tomo VIII, No. 8-9.—Lima).
- LAS MORALES HUMANAS Y LA MORAL CRISTIANA.**—Víctor Cadillac.—(Revista de la Universidad Católica del Perú, Tomo VIII, No. 8-9.—Lima).
- LA FILOSOFIA ACTUAL Y EL PERSONISMO.**—José Gaos.—(Luminar, Vol. IV, No. 2, pág. 154.—México, D. F.).
- EL ESTRUCTURALISMO PERSONALISTA DEL PROFESOR FRANCISCO ROMERO.**—José A. Franquiz.—(Luminar, Vol. IV, No. 2; pág. 252.—México, D. F.).
- EL IDEALISMO DE BERKELEY.**—Luis Orozco D.—(Luminar, Vol. IV, No. 3; pág. 394.—México, D. F.).
- DE LO REAL A LO SUBJETIVO.**—Gabriel Espinosa.—(Revista Nacional de Cultura, No. 22; pág. 17; No. 23: pág. 53).
- LA ETICA DE ESPINOSA, GRAN MONUMENTO DEL ESPIRITU.**—Lic. Gumersindo Yépez B. (Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, No. 52; pág. 21.—Guayaquil).
- HENRI BERGSON.—SU VIDA Y SU OBRA.**—Lic. Gumersindo Yépez B.—(Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, No. 52, pág. 146.—Guayaquil).
- ESTUDIO PSICOLOGICO DE LA CONDUCTA REVOLUCIONARIA.**—Emilio Mira.—(Universidad, No. 28-29, pág. 21.—La Habana).

LITERATURA

- MARTI, HOMBRE.**—Gonzalo de Quesada y Miranda.—(Revista Nacional de Cultura, No. 24; pág. 119.—Caracas).
- PESEBRE Y ESTRELLA EN ARMONIA.**—Federico J. Huegel.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940, pág. 10.—New York).
- “SELF-MADE MAN” Y “SAUDADES”.**—Alejandro Sux.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940, pág. 8.—New York).
- ATAHUALPA Y PETAIN.**—Luis Alberto Sánchez.—La Nueva Democracia, Diciembre de 1940, pág. 7.—New York).
- PERFIL DE KAGAWA.**—M. E. Martínez.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940, pág. 12.—New York).
- UMBRIA PARA PECES DORADOS.**—Antonio de Undurraga.—(La Nueva Democracia, Diciembre de 1940; pág. 11.—New York).
- SOBRE CESAR A. VALLEJO.**—José Gabriel Cosío.—(Revista Universitaria, No. 78, pág. 136.—Cuzco).
- LA BARRIADA NEGRA DE HARLEM.**—Fernando León de Vivero.—(Revista Geográfica Americana, No. 86; pág. 337.—Buenos Aires).
- ARROYO SURANDI.**—Dino Piazza.—(Revista Geográfica Americana, No. 86; pág. 340.—Buenos Aires).
- EL HOMBRE QUE ASESINO A UN ARBOL (Comedia).**—Humberto Palza.—(Kollasuyo, No. 20, pág. 79.—La Paz).
- POEMAS.**—Yolanda Bedregal.—(Kollasuyo, No. 20, pág. 112.—La Paz).
- LA RUTA DE LOS ANDES.**—Angyone Costa.—(Kollasuyo, No. 20, pág. 122.—La Paz).
- POEMAS EN PROSA.**—Reinaldo López.—(Kollasuyo, No. 20, pág. 127.—La Paz).
- ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LA LITERATURA VENEZOLANA.**—Lucila L. de Pérez Díaz.—(Educación No. 10; pág. 14.—Caracas).
- FIGURAS Y PAISAJES DEL URUGUAY.**—Nicolás Fusco Sansone.—(Revista Nacional.—Literatura, Arte, Ciencia, No. 33, pág. 445.—Montevideo).
- LA POESIA DE JUANA DE IBARBOUROU.**—Sarah Bollo.—(Revista Nacional.—Literatura, Arte, Ciencia, No. 34; pág. 111.—Montevideo).
- PANORAMA DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA ACTUAL.**—M. E. Goindreau.—(Mensaje, Nos. 10 y 11; pág. 162.—Quito).
- BOWWOLF.**—Neil Mackay.—(Sphinx, Nos. 10, 11 y 12; pág. 9.—Lima).
- GOETHE Y EL ESPIRITU GERMANICO.**—Richard Westermann.—(Sphinx, Nos. 10, 11 y 12; pág. 23.—Lima).
- EL DRAMA ARTISTICO DE ANDRES BELLO.**—Eduardo Crema.—(Revista Nacional de Cultura, No. 22, pág. 3; No. 23: pág. 23; No. 24: pág. 33.—Caracas).

- ESTETICA DEL TIEMPO - LO NUEVO, LO VIEJO Y LO ANTIGUO.**—A. Hernández Catá.—(Revista Nacional de Cultura, No. 22, pág. 55.—Caracas).
- LA POPULARIZACION DE LOS CLASICOS.**—Humberto Tejera.—(Revista Nacional de Cultura, No. 24; pág. 19.—Caracas).
- DOS ROMANCES VIEJOS.**—Pedro Montesinos.—(Revista Nacional de Cultura, No. 24; pág. 45.—Caracas).

PEDAGOGIA

- EXAMENES Y CALIFICATIVOS.**—Cristóbal Losada y Puga.—(Revista de la Universidad Católica del Perú, tomo VIII, No. 8-9; pág. 425.—Lima).
- PASADO Y PRESENTE EN EDUCACION.**—Agustín Nieto Caballero.—(Social Science, Vol. 16, No. 1; pág. 26.—Winfield, Kansas).
- LA SUPERVISION Y LOS PROGRAMAS DE EDUCACION PRIMARIA.**—Jesús M. Alfaro Zamora.—Educación, No. 10, pág. 1.—Caracas).
- EL CUENTO LITERARIO Y EL CUENTO FOLKLORICO EN LA ESCUELA.**—J. Luis Sánchez Trincado.—(Educación, No. 10; pág. 4.—Caracas).
- EL DIA DEL MAESTRO.**—A. Valero Hostos.—(Educación, No. 10, pág. 7.—Caracas).
- ESTRUCTURA Y CONTENIDOS DEL PROGRAMA DE CIENCIAS DE LA NATURALEZA.**—León Trujillo.—(Educación, No. 10, pág. 23.—Caracas).
- LAS CIENCIAS SOCIALES EN LOS LICEOS.**—M. Pascuchi.—(Educación, No. 10, pág. 28.—Caracas).
- LA PAIDOLOGIA Y SUS NUEVAS ORIENTACIONES.**—G. Bravo Mejía.—(Perú Pedagógico, No. 2; pág. 5.—Arequipa).
- LA FORMA DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA.** (Continuación).—Antero Peralta.—(Perú Pedagógico, No. 2; pág. 10.—Arequipa).
- LA REFORMA EDUCACIONAL EN MEXICO** (Continuación).—Raúl Torres Fernández.—(Perú Pedagógico, No. 2; pág. 21.—Arequipa).
- ESTUDIOS DE CASTELLANO.**—Pedro Grases.—(Revista Nacional de Cultura, No. 22; pág. 103.—Caracas).
- LA UNIVERSIDAD NUEVA.**—Héctor Cuenca.—(Revista Nacional de Cultura, No. 24, pág. 28.—Caracas).
- UN ENSAYO DE PSICOLOGIA DE LA PUBERTAD.**—V. Zamorani.—(Revista Nacional de Cultura, No. 24, pág. 54.—Caracas).
- EL METODO DECROLY EN NUESTRO MEDIO.**—Leopoldo Astete Maraví.—(“El Maestro”, Nos. 2 y 3; pág. 3.—Huancayo).

GEOGRAFIA

EL PASO DE MAMUIL MALAL.—Julio de Kinkelin Palletan.—(Revista Geográfica Americana, No. 86; pág. 289.—Buenos Aires).

POR TIERRAS DE PUBENZA, CON CUATRO ILUSTRACIONES.—Rubén Arango.—(Revista Geográfica Americana, No. 86; pág. 307.—Buenos Aires).

VIAJANDO POR AMERICA.—Hortensia R. de Anesi.—(Revista Geográfica Americana, No. 86, pág. 311.—Buenos Aires).

UNA OJEADA SOBRE LIBIA.—Raúl Martínez G.—(Revista Geográfica Americana, No. 86, pág. 341.—Buenos Aires).



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

ELECCION DE DECANO.

El 7 de abril último, la Junta de Catedráticos eligió por unanimidad al doctor Horacio H. Urteaga, Decano de la Facultad de Letras y Pedagogía, por el período de cinco años, que comenzará a regir desde el 9 de mayo del presente año.

ELECCION DE DELEGADO DE LA FACULTAD ANTE EL CONSEJO UNIVERSITARIO.

El 7 de abril la Junta de Catedráticos eligió al doctor Roberto Mac Lean Estenós, Delegado de la Facultad ante el Consejo Universitario, por el período de dos años, que comenzará a regir desde el 9 de mayo del año en curso.

NOMBRAMIENTO DE CATEDRATICOS TITULARES.

En sesión de 27 de diciembre de 1940, la Junta de Catedráticos eligió catedráticos titulares, con arreglo a lo dispuesto por el art. 67 del Estatuto Universitario de 1935, al doctor Julio A. Chiriboga, de Metafísica (curso doctoral), al doctor Luis E. Valcárcel de Historia del Perú (Primer Curso) y al doctor Teodosio Cabada de Historia de la Cultura (curso doctoral).

ELECCION DE CATEDRATICOS INTERINOS.

La Facultad en sesión de 4 de abril, eligió catedráticos interinos para los cursos que carecen de titular o cuyo titular se encuentra impedido para regentarla, a los siguientes:

Historia del Perú (Fuentes Históricas e Instituciones): Dr. Horacio H. Urteaga.

Filosofía de la Educación: Dr. Elías Ponce Rodríguez.

Historia de la Literatura Moderna: Dr. Manuel Beltroy.

Literatura Americana y del Perú: Dr. Manuel Beltroy.

Autores Selectos de la Literatura Universal: Dr. Luis F. Xammar.

Historia de la Literatura Antigua: Dr. Augusto Tamayo Vargas.

Estética: Dr. Guillermo Salinas Cossío.

Historia de la Cultura Moderna y Contemporánea: Dr. Teodosio Cabada.

Filósofos Contemporáneos: Dr. Francisco Miró Quesada Cantuarias.

Metodología de la Historia y de la Geografía: Dr. Horacio H. Urteaga.

Historia de la Pedagogía: Dr. Roberto Mac Lean Estenós.

Metodología General: Dr. Julio A. Chiriboga.

Metodología del Castellano y la Literatura: Dr. José Jiménez Borja.

Psicología Infantil y del Adolescente: Dr. Alfonso Villanueva Pinillos.

Higiene Escolar: Dr. Oswaldo Herculles García.

Legislación y Administración escolar: Dr. Elías Ponce Rodríguez.

Metodología de las Ciencias: Dr. Nicandro Pareja.

Pedagogía General: Dr. Francisco Cadenillas.

NOMBRAMIENTO DE DIRECTOR Y CUERPO DE REDACCION DE LA REVISTA DE LA FACULTAD.

La Junta de Catedráticos en sesión de 5 de los corrientes nombró por unanimidad Director de la Revista de la Facultad, al Dr. Luis Miró Quesada. Asimismo, nombró el siguiente Comité de Redacción de la Revista, señores doctores: José Jiménez Borja, por

la Sección Literatura; Roberto Mac Lean, por la Sección Pedagogía; Julio Chiriboga, por la Sección Filosofía y José M. Valega, por la Sección Historia.

DOCTOR HONORIS CAUSA.

La Junta de Catedráticos, con fecha 23 de abril, nombró Doctor "Honoris Causa" al Profesor argentino doctor Fernando Márquez Miranda, destacado arqueólogo y prestigioso catedrático de las Universidades de Buenos Aires y de La Plata. El acto de incorporación se realizó el día 24 del mismo mes, corriendo el discurso de presentación a cargo del doctor Teodosio Cabada; y el Dr. Márquez Miranda, a continuación, desarrolló la conferencia: Cuzco, Villa dos veces imperial.

GRADO DE DOCTOR.

El 31 de diciembre de 1940, la Facultad confirió el grado de doctor en Filosofía a doña Rita Castro Ramos, quien presentó al efecto la tesis titulada "En torno al origen del sentimiento", la que fué aprobada por unanimidad de votos.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

GRADOS DE BACHILLER EN HUMANIDADES.

El 26 de diciembre de 1940, obtuvo el grado de Bachiller en Humanidades doña María Esther Illanes Torino, para cuyo efecto presentó la tesis titulada "Sentimientos de inferioridad".

El 14 de enero último, la Facultad de Letras le confirió el grado de Bachiller en Humanidades a doña Graciela Vera Portocarreño; habiendo presentado con tal objeto la tesis titulada "Sentimientos estéticos en el adolescente".

TITULOS DE PROFESOR DE SEGUNDA ENSEÑANZA.

El 28 de diciembre último, obtuvo el título de Profesor de Segunda Enseñanza en Ciencias Químicas, don Adolfo Bragagnini Zapater, para cuyo efecto presentó la tesis titulada "Experiencias de Química Inorgánica", la que fué aprobada por unanimidad, con la nota sobresaliente.

Con fecha 30 del mencionado mes, la Facultad de Letras confirió el título de Profesor de Segunda Enseñanza en Filosofía y Ciencias Sociales a don Roberto Koch Flores, habiendo presentado para tal objeto la tesis titulada "La Escuela y los Procedimientos de la Educación Moral", la que fué aprobada por unanimidad, con la nota de sobresaliente.

CONFERENCIAS.

El martes 15 de abril, el señor doctor Ramón Pérez de Ayala ofreció su primera conferencia en el Salón de Actos de la Facultad, abordando el tema "La Historia de la Cultura".

La segunda conferencia que sustentó, tuvo lugar el día 18 de abril, ocupándose del tema "Desde los orígenes de la civilización hasta nuestros días, y vuelta".

El día 22 del mencionado mes se ocupó del siguiente tema "Bajo el signo de Artemisa, Esparta, primer Estado tolitario".

En la cuarta conferencia que tuvo lugar el 25 del mes citado, abordó el tema "Atenas. La oración en la Acrópolis: el Padre Nuestro y la Ave María".

El día 24 de abril, se realizó en el Salón de Actos de la Facultad la conferencia ofrecida por el Profesor argentino doctor Fernando Márquez Miranda, disertando sobre "El Cusco, villa dos veces Imperial".

Discurso de presentación, pronunciado por el Dr. Teodosio Cavada, en la ceremonia de colación del grado de doctor "honris causa" al Dr. Fernando Márquez Miranda.

Señores :

Hoy, como en los viejos tiempos de San Marcos escolástico, el claústro se alborozaba con la colación de un grado.

Y es que esta antigua Facultad de Artes, trasformada por el novísimo Estatuto Educacional Peruano, en Facultad de Letras y Pedagogía, lo que indica otro avatar en su cielo de superación constante al servicio de la cultura y del país, ha querido honrarse confiriendo el primer título de Doctor Honoris Causa, dentro de su nueva estructuración académica, al ilustre profesor argentino don Fernando Márquez Miranda.

El doctor Márquez Miranda es un hombre de pensamiento y de acción en el campo de las Letras, de la jurisprudencia, y, principalmente, de la Historia. Es un eminente y experto arqueólogo y bien sabemos, que, cuando esta actividad va unida, como en el caso de nuestro graduando, a conocimientos integrales en Historia, Sociología, Geografía y, en general, a una instrucción suficiente en todas las disciplinas del saber, se convierte en una de las ciencias más importantes de la humanidad.

Profesor universitario y de enseñanza secundaria; abogado, doctor en Filosofía y Letras, especialidad Historia, en la Universidad de Buenos Aires; egresado con grado académico de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y de la de Humanidad de la Universidad Nacional de la Plata; doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, la actuación profesional, educacional y cultural del doctor Márquez Miranda ha sido y es constante y profícuca.

Esbozaremos su labor. Profesor de Pre-historia Argentina y Americana en la Facultad de Humanidades y ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata desde 1923 hasta 1933;

profesor de cursos complementarios de las mismas materias (1927, 1929, 1930, 1932) y en la actualidad titular desde 1933; profesor de Historia en el Colegio Nacional de La Plata desde 1924; profesor de Historia Argentina en el mismo Colegio desde 1930; profesor de Disciplinas Auxiliares de la Historia en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires desde 1932; profesor adjunto de Historia Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires desde el mismo año; profesor de Historia Argentina y Americana en el Colegio Nacional de Buenos Aires desde 1933; profesor adjunto de Arqueología Americana y Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires desde 1939; jefe interino del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo de La Plata desde 1933; adjunto honorario del Museo Etnográfico desde 1939. Dictó durante su estada en España, en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, un curso de arqueología del Noroeste Argentino. Así mismo ha sustentado conferencias sobre esta materia en la Universidad de La Paz (1937) y en la de San Marcos de Lima (1939) ha sido delegado oficial al XXIII Congreso Internacional de Americanistas, de New York (1928), al XXVI Congreso de Sevilla (1935) y al XXVII de Lima (1939); secretario del Comité Central y "chairman" de la Sección Trabajos Generales sobre Sud América, del primero de dichos congresos; miembro de la Comisión Organizadora del XXV Congreso Internacional de Americanistas de la Plata (1932); secretario general de ese Congreso y director de sus publicaciones ("Actas y trabajos científicos"); presidente de la Sección A de Arqueología y Prehistoria Americanas y secretario del Comité Central del Congreso de Lima; delegado de la Universidad Nacional de La Plata para dictar conferencias en la Universidad de La Paz y verificar trabajos de investigación arqueológica en Bolivia y Perú; delegado oficial del Gobierno Argentino y de las Universidades de Buenos Aires y La Plata a la III Asamblea del Instituto Panamericano de Historia y Geografía; vocal suplente del Comité Ejecutivo de dicho Instituto. Ha realizado exploraciones y estudios arqueológicos en la laguna de Lobos (1932); pucarás de Humahuaca y Calete (Quebrada de Humahuaca) (1933); región de Iruya y Santa Victoria (1933, 1934, 1937, 1938); quebrada de la Cueva (Jujuy) (1933); valles de Hualfín y Belén (1935); regiones de la Puna (1937). Ha efectuado relevamientos fotográficos y pictografías jujeñas y sanjuaninas (1937, 1939-1940). Ha hecho observaciones arqueológicas y relevamientos fotográficos en las ruinas de Tiahuanaco (Bolivia), en las islas del Sol y de la Luna

(Lago Titicaca), en el Cuzco, Kenko, Tampu Machai, Pisac, Machu Picchu, Chincheros y Ollantaytambo y en las "chulpas" de Sillustani (Perú, 1937). Pertenece a la Sociétt des Americanistes de París desde 1927 y al Bureau Permanent del Congreso Internacional de Americanistas desde 1932. Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Antropología (1936); y componente de su Comisión Directiva (1938); miembro de la Sociedad de Estudios Geográficos "Gaea", de la Asociación Argentina para el progreso de las ciencias y de la Sociedad de Estudios Históricos de La Plata. Obras: Arqueológicas "Un precursor, Boucher de Perthes" (1925); "El Congreso de Americanistas y las relaciones e influencias precolombinas intercontinentales" (1929); "La navegación primitiva y las canoas monoxilas" (1930); "El sentimiento religioso en el arte prehistórico" (1930); "Arqueología de la Laguna de Lobos" (provincia de Buenos Aires) (1934); "El pucará del pie de la Cuesta de Colanzulí" (1934); "Ampliación del área de dispersión de la cerámica con decoración batracomorfa en el Noroeste Argentino" (1934); "Una nueva flauta de Pan lítica del Noroeste Argentino y el área de dispersión de esta clase de hallazgos arqueológicos" (1934); "La antigua provincia de los Diaguitas" (1936); "Una misión de arqueología en Bolivia y Perú" (1938); "Los Tokis" (1939); "Cuatro viajes de estudio al más remoto Noroeste Argentino" (1938); "Sarmiento y las ciencias del hombre" (1938); "Doctor Luis María Torres (1938); "Doctor Roberto Lehmann-Nitsche" (1939); "Profesor Félix F. Outes" (1940); "Los aborígenes de América del Sur (en Historia General de América)" (1940); en curso de publicación: "Prólogo a la edición española de "El Método Etnológico" de Fritz Graebner que edita la Universidad Nacional de La Plata (t. VIII de la Biblioteca "Teoría"); "Fritz Graebner y el método etnológico" en Notas del Museo de La Plata, 1941; "Los Diaguitas. Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico" en la Revista del Museo de La Plata, 1941; "El área de expansión de los Diaguitas en el siglo XVII" en Anales del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo, t. I, Mendoza, 1941; "La arqueología de la Puna Argentina a través de nuevos hallazgos" y "La arqueología de la Quebrada de Humahuaca (frontera argentino-boliviana) a través de nuevas investigaciones" en Actas y Trabajos científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, t. I, Lima, 1941. Históricas: "Cartografía colonial del Virreinato del Río de la Plata" (1932) "La primitiva iglesia de Humahuaca y sus cofradías coloniales (contribución al estudio de las instituciones económico-religiosas) (1933); "Ensayo sobre los artifices de la plate-

ría en el Buenos Aires colonial” (1933); “Joaquín V. González y sus conceptos sobre la Historia” (1939); “Francisco P. Moreno y el comienzo de los estudios americanistas en la Argentina” (1939). Artículos y colaboraciones: en las revistas “Sagitario”, “Humanidades”, “Revista del Museo de la Plata” y otras publicaciones científicas.

Tal la obra del doctor Márquez Miranda que justifica plenamente el título que le otorga esta Facultad a propuesta de su decano el doctor Horacio H. Urteaga.

Sin embargo existen aún otros factores que han influido en nuestra determinación. Tenemos, por ejemplo, la importancia mundial de su labor arqueológica. En efecto sus estudios respecto a los diaguitas y las proyecciones de la civilización cuzqueña en el norte argentino son trascendentales y primarios.

Nadie duda que es tan importante definir las radiaciones de las culturas precolombinas del Perú, como precisar, digamos, los alcances de la civilización sumeria, puesto que igual originalidad y rol primordial desempeñan las primeras en el Nuevo Continente, como el mencionado pueblo mesopotámico en el Viejo Mundo.

Además, el doctor Márquez Miranda es un entusiasta y generoso peruanista. Dedicado a estudiar las huellas de nuestras culturas aborígenes, miró, desde el primer instante, con sincero afecto, el territorio que ha alimentado ese foco de progreso.

Ha realizado interesantísimas investigaciones sobre nuestro suelo y la conferencia con que nos brinda esta tarde es una muestra de sus conocimientos al respecto.

Mas su cariño a nuestra Patria no se ha mantenido únicamente en el plano sentimental. Se ha materializado en la obra magnífica que es la Sala Peruana del Departamento de Arqueología y Etnología del Museo de la Plata.

En esta labor, que representa el esfuerzo de varios años, el doctor Márquez Miranda ha sacrificado sus horas de faena, sus mejores energías, su peculio personal. Extenso sería enumerar la importancia de esta sala en todos sus aspectos. Bástenos decir que ahí se exhiben inúmeros objetos de cerámica, de piedras, de madera; telas y trajes auténticos e infinidad de calcos para ilustración de los es-

tudiosos y visitantes. Fué inaugurada con gran solemnidad el 10 de Octubre de 1940. Resultó una fiesta bellísima para la cultura, para el Perú y para la confraternidad peruano-argentina. El Dr. Márquez Miranda merece, pues, no sólo loor por parte de nuestras instituciones intelectuales, se tiene, asimismo, bien ganada la gratitud de la nación peruana.

Señor doctor don Fernando Márquez Miranda:

Vais a recibir la cinta rosa, símbolo de la dedicación al Gay Saber de nuestra Facultad y signo visible de vuestra incorporación al claustro sanmarquino. Con esta distinción, justo homenaje a vuestra labor científica, se pretende estimularos para que continúeis en la tarea que venía desarrollando en provecho del Perú, de la Historia de América y de la Cultura Humana.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

CUSCO. VILLA DOS VECES IMPERIAL, conferencia leída por el Dr. Fernando Márquez Miranda, en la actuación en la que se confirió el grado de doctor "honoris causa".

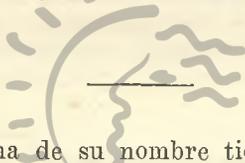
Que mis primeras palabras sean de agradecimiento. La distinción marcada que me ha sido conferida — una de las más altas a que puede aspirar un intelectual extranjero, en el Perú— la forma unánime de su votación, la cordialidad de las palabras que subrayan este espaldarazo, la solemnidad académica de este recibimiento hacen que yo me sienta conmovido por tanto generoso señorío. La Universidad de San Marcos, decana de América, abre sus claustros seculares para recibirme. Mucha honra es ésta, para quien sólo tiene en su haber un acendrado amor por las cosas de la nación peruana y una atención siempre vigilante en favor del restablecimiento de ese sentimiento americanista de vinculación continental que fue el móvil impulsor del pensamiento de la generación de 1810. Mis actitudes públicas han estado inspiradas por este doble fin, y lo que haya podido hacer en ambos sentidos es insignificante frente a la inmensidad del camino por recorrer. Como arqueólogo he comprendido desde el comienzo de mis estudios la imposibilidad de estudiar las mas altas poblaciones primitivas del noroeste argentino sin vincularlas a las grandes fuentes en las que ellas han bebido lo mas saliente de su cultura material y de su vida espiritual. Como maestro me he esforzado en demostrarlo, más que con la lección balbuceante de mi palabra, con la presentación objetiva de los hechos. Como sudamericano he buscado, por tres veces, en el corazón mismo del Perú y lo he sentido siempre latir al unísono del nuestro. En cada uno de esos viajes, por regiones diversas, he palpado nuestras profundas semejanzas y advertido — sin estupor, pero con regocijo— cuanto podía aprender para el mejor conocimiento de las disciplinas a las que he consagrado mi vida. Esta misma conferencia de hoy, que pudiera parecer impropia en cuanto a su tema, ante

un público tan calificado en el que distingo arqueólogos, historiadores, sociólogos y quichuístas eminentes, sólo debeis interpretar-la como una muestra de amor por vuestras cosas y de reverente pasión por aquellas grandezas.

Señor Decano: Agradezco en vos, el voto unánime de los colegas del claustro que hoy me elevan. Este doctorado "honoris causa" será prez de mi nombre y estímulo de mi jornada. Mi gratitud, también, por ser quien ha apadrinado tan eficazmente esta causa.

Doctor Teodosio Cabada: Gran responsabilidad os cabe de ponerme tan en descubierto, al obligarme a mostrar la distancia que media entre vuestro bondadoso retrato y mi propia y legítima figura. Sin embargo, es muy grato para mi que sea nuestro catedrático de Historia General de la Cultura, en esta mi Facultad de Letras, quien haya ilustrado mi nombre con su palabra. Tan buen piloto quizás pueda llevar mi barco a puerto, si yo falto ante una tormenta que él mismo pueda haber provocado.

Señores: Hago votos por que el brillo de esta Universidad, fanel intelectual del Perú y del Continente, luzca cada vez más con más vivos fulgores.



Cada ciudad digna de su nombre tiene un relieve, un perfil propio, que le concede personalidad. Desde este punto de vista, pocas tan acusadamente individuales como el Cusco. Su historia, comprende la gesta heroica de, al menos, dos civilizaciones, de rasgos tan propios e irreductibles como los son el imperio del Tahuantisuyo y la España Imperial de los Austrias. Resumir, pues, la vida de esta ciudad dos veces ilustre, es rememorar la extraordinaria construcción política de los Incas y evocar la organización del mundo colonial americano en una de sus expresiones más altas y más cumplidas. Ninguna otra ciudad de América presenta, como ésta, ese doble juego de enfoques propicios a la resurrección de lo pretérito. En ninguna otra, como ella, lo incaico y lo español se yuxtaponen y se alían, para formar el alma nueva.

De las tres regiones naturales en que el Perú puede dividirse—la costa, la sierra, la región boscosa oriental— el Cusco vigila como atalaya señera la segunda, aunque el talento político de sus fundadores haya alcanzado el dominio sobre las otras. Elevada a 3,400 metros sobre el nivel del mar, ubicada al terminar el valle del Watanay, como depositada en el fondo de un bolsón erizado de montañas, la ciudad del Cusco se sitúa estratégicamente al abrigo de todos los peligros del dintorno. Para llegar hasta

ella hay que franquear accidentes orográficos que oponen una abrupta valla aún a los **chasquis**, intrépidos marchadores que llevaban a la capital las noticias de todo el Imperio. Su entrada natural ábrese hacia el valle como por estrecho desfiladero, es el lugar llamado con propiedad Angostura, paso difícil por el cual podía contener cualquier amenaza decidida. El Ausangati y el Salcantay, vigilaban a la ciudad allí encerrada, desde la quietud silenciosa de sus nieves eternas y en los picos más bajos, y en las colinas fortificadas de su contorno, alzábanse moles de piedra con bastiones amurallados, apercibidos a la defensa de la ciudad sagrada. El río Watanay, y el río Sagrado, proveía de las aguas necesarias y, prolijamente entubado en gran parte de su curso urbano, no era lo menos prodigioso de esta esplendorosa urbe americana.

Allí nació el empuje constructor de los Incas, edificadores de aquel asombroso Imperio que concentró y unificó los esfuerzos anteriores de muchas pequeñas y brillantes culturas locales y — cualesquiera que sean las dudas que aún hoy subsisten acerca de la procedencia mayoide o tiahuanacuense de estos maravillosos constructores — de este reducido emplazamiento de meseta descendieron hacia los cuatro puntos cardinales para edificar su Tahuantisuyo extraordinario.

Lo primero que sorprende al arqueólogo — una vez que ha logrado evadirse de la atmósfera de leyenda que le envuelve en el primer instante— es la variedad de estilos que se observan en punto al manejo de la piedra, tanto dentro de la ciudad misma, cuanto en las diversas ruinas que rodean a aquella. Esta diversidad, que va desde las asombrosas masas líticas, de varias toneladas de peso y de tamaño a menudo varias veces superior a la estatura humana, que constituyen el basamento de los muros de la ciudadela de Sajsawaman o alguna parte de las ruinas de la fortaleza de Ollantaytambo, hasta las menudas piedras, prolijamente labradas, de las paredes de Kollkampata, de Pisaj o de algunas de las callejuelas incaicas del Cuzco, pasando por los rudos sillares del actual Colegio de Ciencias, y de otros lugares de la ciudad, llevan, naturalmente, al observador, a admirar la existencia de varios Cuzcos superpuestos — a la manera por Seligman para Troya — y de los cuales se conservan, hasta el presente, estructuras que forman un conjunto abigarrado. Muchas de ellas han podido ser de épocas anteriores a la fundación incaica. Garcilaso de la Vega Inca, el mestizo magnífico en cuyas venas corría sangre de **ñusta**, recuerda en su viva y extensa descripción de Sajsawaman, que los incas aprovecharon, para levantar su ciudadela, de fortificaciones anteriores ya existentes. La corroboración de estos pretéritos dí-

ceres está hoy a cargo de la escuela arqueológica peruana, la cual con sus trabajos recientes de redescubrimiento de aquellas importantes ruinas ha llegado a conclusiones que pueden servir de basamento para sostener la veracidad de lo afirmado por el autor de los "Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas". Sin embargo, en la actualidad, los datos que pertenecen a la dilucidación de este problema, no son tan absolutamente asertivos como para permitir una solución definitiva y las opiniones de los arqueólogos del Perú se hallan divididas. Ya en el periodo puramente incaico pueden señalarse dos fundaciones cuzqueñas, fácilmente diferenciables. Primero, la mítica de Manco Capac, es decir, la de los remotos e indeterminados orígenes. Segundo, la de Pachakutec, verdadero organizador y renovador edilicio, que transformó —según las viejas crónicas— la primera y sencilla ciudad, en la urbe sagrada a la que sólo podría aproximarse, con los pies descalzos y la espalda humillada por el peso de una piedra, y a la que se saludaba con la invocación ritual expresadora de acatamiento y reverencia. Otro tanto ocurre con las fundaciones españolas, entre las que debemos distinguir la primitiva realizada por Pizarro, cuyo cuarto centenario acaba de celebrarse, y la renovación edilicia que en época de Toledo allí se realizó.

Parece natural que en un ambiente geográfico en el cual la piedra resulta casi el único elemento — y cuyo carácter dominante se acentúa más ante la carencia de la vegetación ausente por razones de altura—, la edificación, ya sea religiosa, política, militar o civil, se hiciese con ese material tan a la mano. Todos los autores que han estudiado este aspecto de la civilización incásica se han hecho lenguas del admirable dominio que sobre la piedra tuvieron aquellos primitivos artífices. Esta técnica lleva, a veces hasta extraordinarios alardes de virtuosismo, como entre otros ejemplos eminentes, el murallón de Ollantaytambo, ya recordado, en donde los enormes bloques ciclópeos, de caras perfectamente pulidas, se alternan con delgadas láminas de piedra encajadas entre ellos a manera de cuña, con unión tan sutil que resulta imposible penetrar entre ellas la hoja más fina de acero. Así como lo propio ocurre, dentro de la ciudad misma, en los muros diestramente graduadas en la calle Maruri, por ejemplo. Esta primorosa elección de la piedra, esta casi amorosa delectación en el trabajo terminado a maravilla, concede un lugar de excepción a los artífices cuzqueños entre la innúmero lista de los pueblos que han utilizado arquitectónicamente la piedra.

Pasear las calles, recoletas y penumbrosas del Cusco, adentrarse por esos añosos callejones incaicos, en los cuales la comercial irrespetuosidad moderna ha perforado las puertas de comer-

cios europeizantes, basta para admitir, tras un breve trayecto, esta afirmación laudatoria.

Desde la plaza principal, desdeñando por el momento los vistosos monumentos del arte colonial, podemos tomar, calle abajo, por algunas de esas estrechas vías, de desigual pavimento, el callejón de Loreto, por ejemplo. A uno y otro lado, en una extensión de más de 500 metros, limitada tan sólo por los cruces de las calles transversales, el callejón desciende hacia el viejo Koricancha. Por él, las muchedumbres presididas por las andas del Inca han marchado, en los días rituales, hacia el terreno sagrado en donde se eleva, refulgente de oro, el templo del sol. Por allí han avanzado, en compacta columna, tras el Inca coronado con su *wincha* roja, sujetando al lacio peinado las dos largas plumas de *korequenque*. A su lado ha actuado su hijo predilecto el príncipe heredero, tocado con su insignia amarilla y el sumo sacerdote, su tío, llevando la tiara y la media luna pectoral de plata, enjuto por los largos ayunos en el lejano retiro y vistiendo la alba túnica que contrasta con las camisas azules de los guerreros, con las de escaques de los servidores, con las brillantemente coloreadas y abigarradamente bordadas de toda la nobleza. Por allí asimismo, han pasado aquellos magníficos señores, hirvientes de venganzas reprimidas, codiciosos del oro y de la gloria, que con Pizarro el mayor y con Almagro el bueno, realizaron la conquista del Perú. Con militones gloriosos de aquellos extraordinarios especímenes humanos, protegidos por el mismo apóstol Santiago desde los tiempos primeros de la ocupación de la ciudad —descendimiento milagroso en cuyo honor se edificó la Iglesia del Triunfo— también ellos acudieron en revuelto tropel, en confusión de capas, en flamear de plumas, en golpear de aceros contra las rudas piedras de la calleja, por allí también ellos marchaban hacia el Koricancha, pero hacia un Koricancha despojado de su oro y redimido de su paganismo, por virtud de la erección sobre él del Convento e Iglesia de Santo Domingo, como una materialización del triunfo de la religión católica sobre la religión solar. He ahí como, si este templo — con su tambor cónico-truncado rematado por sus arcos románicos de medio punto, sus pilastras espiraladas, sus rejas morunas de encaje de madera y sus tejas castellanas— constituye el ejemplo más perfecto de esta superposición de culturas de la que es trasunto todo el Cusco, el camino mismo que hacia él va, constituye por sí sólo, un elemento suficiente para evocar esos tiempos pasados.

En verdad, toda la ciudad del Cusco es, como pocas, material para la ensoñación y el recuerdo. Transitar sus callejas, tocar con mano levemente estremecida por la emoción sus piedras venerables,

es adentrarse en los tiempos idos, descender en las épocas pretéritas, bañarse de historia y de arqueología. Cada uno de sus rincones permite avizorar un paisaje lleno de evocación de lo pasado. Hasta el desnivel mismo de la ciudad, que trepa ahincadamente, a veces por pendientes naturales, a veces por escalinatas interminables —recuérdese la que conduce a Santa Ana— permite otear desde alturas muy cercanas al centro de la ciudad, el conjunto regular de sus lineamientos, que responden a la línea y al criterio incásico: vastos rectángulos de piedra, que los españoles llamaron “palacios” y de los cuales cada inca edificaba el suyo para asiento de su ayllu.

Doce eran los arrabales o aledaños de esta Cuzco incásica: en Kollkampa, se hallaban los graneros; en Kantutpata, los jardines; en Munaysenka, sobre una colina suavemente ondulada, las huertas; en Jijchu, las tierras de cultivo en terraza; en Rimajpampa, la plaza de las asambleas populares. Así, cada barriada tiene una fisonomía propia y un destino particular.

En la parte de la sierra, los adobes y la pirka constituían los elementos integrantes de la edificación popular, habitaciones de los **hatuprunas** u hombres del pueblo, pero los edificios más importantes —templos, palacios, fortalezas, poseían muros de piedras cuidadosamente seleccionadas, terminadas en ángulos rectos y de formas cuadradas o cuadrilongas. Los materiales líticos más duros —la diorita, el granito, el pórfido— eran utilizados. Su ajustamiento —tan perfecto que entre piedra y piedra no quedaba resquicio alguno— se hacía por frotamiento, después de haber dispuesto entre ellas una capa de arena mojada. Las ringleras de piedras se iban colocando cuidando de elegir las, en lo posible, de la misma altura. Algunas de las calles centrales del Cuzco —cuyos edificios están hechos sobre basamentos incaicos— son buena prueba de ello. Cada hilera de piedra queda así, netamente separada de la superior o inferior como por una línea trazada a cordel. Las piedras van siendo de menor tamaño, conforme va ascendiendo la altura del muro. En otros casos de edificios de la misma ciudad, la pared no es sólo recta sino que forma la más elegante y perfecta curva. Tal ocurre, por ejemplo, en uno de los muros del Koricancha y en otros lugares de Machu-Picchu y de Sajsawaman. Este resultado es tanto más asombroso si se recuerda que la cultura incásica no conoció la escuadra ni el compás. Tampoco supieron construir las bóvedas. Acosta narra el asombro de los indios ante un puente abovedado que los españoles hicieron. Pero esta laguna en su condición arquitectónica no les impidió ser arquitectos portentosos.



El transporte de las pequeñas piedras se hacía en recuas de llamas o cargándolas el indio a la espalda, mediante una especie de red de fibras de *cabuya*, uno de cuyos bordes se anudaba al cuello. Para los grandes bloques del tipo ciclópeo se les rodeaba de un aparejo de cables y tirando de éstos e impulsándola a mano se llegaba a instalarla en el lugar al que estaba destinada. Uno de los ingenuos dibujos de Poma de Ayala, recientemente publicado, muestra el dispositivo de arrastre. No siempre ese penoso esfuerzo daba resultado. Garcilaso nos habla de la famosa "piedra cansada" del Cusco (con ese nombre pintoresco se designa a esas gruesas piedras abandonadas) que luego de haber sido impulsada por veinte mil indígenas, había caído sobre sus conductores, matando de dos mil a tres mil. Descontemos lo que se quiera del inevitable abultamiento de cifras derivado de la tradición oral. El hecho en sí mismo es exacto, pues Morúa relata la sublevación popular que siguió a esta desgracia y que costó la vida a Urko, hijo del inca Viracocha, que había ordenado la traslación de la piedra con destino a la fortaleza de Sajsawaman. Gutiérrez de Santa Clara dice que una vez que estos abultados bloques llegaban a destino, se los elevaba por terraplenes sucesivos hasta la altura deseada y se los colocaba, así, sobre los otros. Sea como fuere, el mecanismo íntimo del transporte y de la ubicación de los bloques no está aún resuelto.

La arquitectura puede dividirse, según su destino, en militar, religiosa, palaciega, fiscal, popular y funeraria. La primera está constituida por los pucarás o fortalezas, ubicadas en lo alto de las serranías, puntos estratégicos desde los cuales se dominaban las vías de acceso y los campos de labor. Algunas de estas fortalezas presentan un gran conjunto de obras de defensa, escalonadas en las laderas de un cerro al cual, generalmente, sólo se puede escalar por determinado sector —aquel en que se acumulan las murallas— pues por otros el lienzo rocoso está cortado a pique. A veces estos recintos amurrallados resultan verdaderas ciudades con vastas zonas de habitación para la guarnición y sus familias. Tal es el caso de Machu-Picchu. Esta fortaleza con las Sajsawaman, Ollantaytambo, Pisaj, y el grupo de Janas Kosko, constituían una verdadera cintura de defensa de la capital del Tahuantisuyo.

La arquitectura religiosa tiene su más alto exponente en el Koricancha, el templo del sol de Cusco, que llamó tanto la atención de Cieza y al que Lehmann-Nitsche ha dedicado una minuciosa monografía. El templo de Wirakocha, recientemente restaurado, el de la isla de Titicaca, los de Pachacamac, Vilcañota y Tomebamba, el de las Vírgenes del Sol, son otros tantos magníficos ejemplos. Para advertir la importancia de esta arquitectura religiosa, basta recordar que —como lo dijeron otrora Cobo y Ondegardo y lo de-

muestran hoy las excavaciones arqueológicas— alrededor de la sola ciudad cabeza del estado incaico, había más de trescientos adoratorios. La arquitectura política, surgía de la necesidad, para cada inca, de constituir su ayllu y poseer sus propios bienes. Cada soberano dejaba así en la capital su propio personal y palacio. Francisco de Jérez ha descrito el que existía en Cajamarca, en cuyo patio interior dos conductos de agua fría y caliente llenaban una magnífica piscina. El agua naturalmente caliente, llega, por medio de acequias, de una fuente termal, en la sierra. Esta piscina era sólo de vista. El inca se bañaba en otra instalada cerca de la casa y rodeada de escaleras de piedra. Cuatro habitaciones, cuyas paredes y techo estaban enjalbegadas de rojo brillante, color del Inca, que daban sobre el patio interior de la mansión, eran ocupadas alternativamente por el soberano, según las horas del día. Este ocupaba, sobre todo, durante el día, una de ellas que daba sobre un amplio jardín. Dormía en otra, cuya ventana sobre el patio le procuraba la renovación del aire y frescura necesaria. Ulloa nos ha dado las descripciones de los palacios de Call y Hatur Cañar y según otro relato, esta vez de Balboa, sabemos que las paredes del palacio del Inca, en Tomebamba, estaban decoradas con mullu, valvas de molusco cuyo color recuerda al del coral. Como se ve, era ésta una innovación hábil para conservar el color reservado al monarca, variando, al propio tiempo, el material decorativo. Si bien los palacios eran a menudo imponentes—según Morúa, él había oído hablar de más de cien mil habitaciones— no siempre eran alegres. Su plan era uniforme. Un recinto formidable de piedra—como el de Inca Roka o el de Pachacutec— en el cual se abría la entrada. Un corredor que conducía a un patio interior sobre el cual caían las habitaciones, habitualmente sin ventanas. Cada pieza era una celda cuadrada, sin comunicación con las otras. Por complicada que fuera su estructura interior, sólo poseían una puerta de entrada y salida. Sin embargo, Morúa afirma que el palacio en que vivía la mujer de Inca Roka poseía cuatro patios y veinte puertas, pero ya sabemos, por otros ejemplos, que aquel buen padre mercedario tenía una discreta vocación por el error.

Los estudios y remociones de terreno a que ha dado lugar la designación de Cusco como “capital arqueológica de América” y la celebración del cuarto centenario de la fundación española de esta ciudad, hechos acaecidos casi simultáneamente, han motivado en el Perú una revigorización de la investigación arqueológica y un despertar del interés oficial que se ha dispuesto a facilitar a los especialistas los medios necesarios de llevar a cabo esta ingente tarea. Los primeros resultados de la misma los estamos ya palpando. Ellos demuestran que Cieza, Garcilaso, Cobo, Polo de Ondegar-

do y otros cronistas menores no se excedieron en sus descripciones y que Castelnau, Wiener, Bandelier, Squier, Middendorff y Uhle, los arqueólogos de la primera hora, no pudieron tener sobre esta urbe incaica más que una pálida visión. Faltan en verdad, no sólo el libro descriptivo completo del Cusco indígena, sino también, un estudio exhaustivo de la arquitectura incaica. Jérez es quien nos ha dado la mejor descripción de una ciudad, pero en su relato se buscarían vanamente detalles eruditos. Los trabajos arqueológicos emprendidos ahora en ese Departamento pueden procurar los elementos necesarios para escribirlo.

La edificación que llamamos fiscal —infaltable dentro de las ciudades y en los lugares de convergencia vial de las grandes zonas productoras— está constituida por los graneros y depósitos del Inca, sobre los cuales reposaba, en lo arquitectónico, el sistema tributario. Edificados generalmente a la vera de los edificios palaciegos, y a menudo custodiados y fortificados militarmente, constituían imponentes construcciones cuyas ruinas se conservan todavía como un testimonio principalísimo del poder y de la organización de los Incas.

El estudio pormenorizado de las habitaciones populares de la región serrana ha sido efectuada por Bingham, en Machu-Picchu. Este investigador señaló allí la existencia de habitaciones rectangulares con muros de piedra —que es el tipo general de la vivienda andina y de las cuales algunas representaban en la parte inferior interna de los mismos, salientes en forma de mesas o de lechos. Igualmente podemos sostener que existe un definido tipo incaico de puerta, de forma trapezoidal, cuyo dintel está generalmente formado por una larga piedra. El espesor de dichas puertas es el mismo que el de los muros a los que sirven de límite. Las ventanas no aparecen en todas las casas. Muchas de ellas sólo reciben su renovación de aire por la puerta, en algunos casos por abertura auxiliar formada entre la parte superior de una de las caras del muro y el techo. En otros casos, menos frecuentes, hay verdaderas ventanas cuadradas o trapezoidales colocadas más bien en la parte superior del lienzo de la pared. No se encuentran restos de techos, razón por la cual se supone que éstos se constituían con una armazón de ramas gruesas de Kenna u otros árboles, que a su vez soportaba un varillaje más delgado, recubierto, por fin, de paja —ichu— u otros vegetales. En casi todos los casos los muros donde se asienta el mojinete se elevan más alto que los dos restantes. Al hacerlo afectan una forma triangular que permitía descansar sobre ellos la armazón vegetal del techo a dos aguas. Sobre algunos de los otros dos muros más anchos, no debilitados por el peso del mojinete, se abre la puerta.

A veces las paredes presentan falsos vanos, para romper su monotonía o nichos interiores. Asimismo las puertas muestran, en ocasiones, vanos dobles, resultado de la existencia de una doble jamba.

Bingham ha explicado el dispositivo a su entender usado para el cierre de puertas y ventanas. Se trata de una serie de troncos delgados o de varillas de madera, ajustados sobre una armazón y anudadas sólidamente, las cuales se adosan a los muros gracias a agujeros practicados en la roca. En otros lugares, pueden observarse, a ambos lados de dicha abertura, los llamados "clavos" o *takarpu*, generalmente en forma de cilindro (u otras veces de sección rectangular), que servían para atar esas "puertas" primitivas. Tal ocurre, por ejemplo, en algunas de las bien conservadas puertas de Machu-Picchu.

Como los edificios eran bajos, de un solo piso — sólo por excepción tenían más que uno, como en Huamachuco, Machu-Picchu o Viracochamba — ocurría que las ciudades no tenían mayor relieve arquitectónico. Sin embargo, muchas de estas edificaciones han resistido victoriosamente los terremotos que han puesto en tierra las mansiones levantadas por los europeos. Naturalmente, estos grandes edificios marcaban el emplazamiento de las ciudades. En ellas, y en el campo, el resto de la edificación, las casas de los *hatunruna*, estaban constituidas por pequeñas habitaciones aisladas, uniformes y sin fausto, lo que hacían aún más violento el contraste con el boato de los palacios próximos. Esto era por demás evidente en la ciudad capital, el Cusco, que según Betanzos, 50,000 obreros, durante veinte años, se habían aplicado a levantar. Cinco plazas daban lugar de esparcimiento a crecida población que los cronistas estimaban en 200,000 almas. La plaza principal — *aukaypata* — estaba atravesada en medio por el torrente Watanay, cuyas agitadas aguas cruzaban la ciudad entera. En este lugar el torrente estaba totalmente entubado, en tanto que en los barrios próximos, puentes colocados de trecho en trecho unían ambas márgenes y permitían un tráfico permanente. Dos grandes barrios que al mismo tiempo eran dos verdaderas parcialidades: el *Hurin* y el *Janan*, es decir, el bajo y el alto, dividían al Cusco. En ellos se agrupaban los indios, según la situación geográfica de su provincia natal dentro del Tiahuanquisuyo. Baudin ha definido muy bien este original aspecto de la repartición topográfica dentro de la ciudad, diciendo que el Cusco era un microcosmos. Es muy posible que esta primitiva división en barrios, de que hablan algunos cronistas, tuviese un origen totémico, cuyo efectivo imperio hubiese desaparecido antes del advenimiento de los españoles.

En Sajsawaman, la severa ciudadela, cuya mole se levanta sobre el Cusco, una parte de las obras era aún anterior a los Incas. Estos habían heredado ese baluarte, al expandirse desde el Cusco para unificar el territorio y comprendiendo su poder combativo, habían aumentado sus recintos. Estaba constituida por varias murallas concéntricas ciclópeas en cuyo centro se alzaban tres torres —Sallajuarka yujmarka y Pankamarka— unidas entre sí por corredores subterráneos, tal como menudamente lo cuenta Garcilaso. Todos los recintos poseían sus caminos de ronda en lo alto de las murallas. El temor de la carencia de agua estaba conjurado por la presencia de un gran depósito de piedra, al cual llegaba el líquido por medio de canales igualmente subterráneos. Ollantaytambo, como Machu-Picchu, son verdaderas ciudades fortificadas, más que fortalezas. En el interior de sus enormes recintos amurallados se encuentran palacios, templos, casas, escalinatas, acueductos, terrazas. El doble recinto de esta última tiene en su parte superior rocas enormes que pueden caer sobre los hipotéticos asaltantes con la fuerza de un ariete. Recuérdense los presuntos apostaderos de centinelas de Tampu Machay y sus nutridas atalayas, estratégicamente dispuestas. En Ollantaytambo todo es de pórvido rojo, en Machu-Picchu, de granito blanco. En cuanto a Pisaj, es “la montaña entera transformada en fortaleza”, por obra de los artifices portentosos. No ha de olvidarse, por último, a Kenko, con su famosa especie de bancadas en anfiteatros y su erecta masa lítica, colocada sobre una plataforma en donde todo hace suponer que se llevaban a cabo ceremonias religiosas. Imponente santuario de piedra espectacularmente plantado ante ese abanico de asientos que parecen esperar sus desaparecidos ocupantes.

De todas las ruinas cercanas al Cusco, las más interesantes son, sin duda, las que dejamos mencionadas. Pisaj presenta el más imponente y maravilloso conjunto de andenes o terrazas de cultivo —“sueres”, como le denominaban los quichuas — que muestran hasta qué punto el trabajo de la tierra fué llevado a extremos realmente estupendos en cuanto al aprovechamiento de la superficie cultivable. Las terrazas ocupan kilómetros de extensión, escalonándose paralelamente en largas curvas, que tienen el rigor de verdaderos segmentos de círculos concéntricos, cuando se les contempla desde la propia cima de esta fortaleza edificada en pendiente. En Pisaj, además, existe una particularidad interesante, desde el punto de vista arquitectónico, porque no se encuentra registrada en otros lugares. La parte superior de las habitaciones ha sido completada con adobes, encontrándose allí por lo tanto, una utilización conjunta de la piedra y del adobe, y aún, en éstos, las aberturas de las ventanas conservan todavía la huella de los desa-

parecidos marcos de madera. Es de admirar también en Pisaj un pequeño túnel, que horada la montaña, así como una portada de jamba simple y de vano trapezoidal, de procedencia netamente incásica.

Pero lo más extraordinario de este maravilloso conjunto de ruinas es Machu-Picchu. Su estado de conservación es casi perfecto. Es toda una ciudad, con su "barrio militar", dotado de fuertes murallas defensivas sembradas de barbacanas, su Intuhuatana u observatorio solar, que habla del adelanto de sus conocimientos astronómicos, sus pequeñas casas de habitación de una sola planta —con la sola excepción de una de ellas en que la particularidad del desnivel del terreno ha favorecido la realización de dos plantas— su "templo de las tres ventanas", su tumba subterránea, coronada por un torreón vigilante de compleja estructura arquitectónica, sus juegos de aguas para los que, con un sabio aprovechamiento de las condiciones naturales, se ha construido toda una compleja red de canalículos por los que se deslizaba pausadamente el agua rumoreante para caer de tanto en tanto en tazones cuadrados y proseguir luego su marcha descendente. Complejo sistema hidráulico, si los hay, pues que se ignora en la actualidad de donde procedía esa agua, ya que no existe ojo emergente alguno en las cercanías y Machu-Picchu está situado, según se sabe, en un picacho abrupto situado a más de mil metros de altura sobre el terreno circundante. Es esta ciudad, maravillosamente blanca, un deslumbramiento para el viajero que osa afrontar esa ríspida cuesta. El camino, bajo el sol implacable, vá haciéndose más empinado a medida que asciende y el calor vá devorando las energías del arqueólogo andinista. Pero la llegada es compensación más que suficiente a todas las fatigas. Machu-Picchu, envuelta en el silencio de su altura, sin un pájaro que anime sus piedras calcinadas, aparece como una población indígena surgida como por encantamiento en esa cima cuya vegetación se fuera raleando con la altura y en donde, en vez de los árboles ausentes, hubiesen surgido esas construcciones de piedra. Machu-Picchu, rodeada por andenes de cultivo es, sobre todo, la ciudad de las escalinatas y de las graderías. Edificada a diversos niveles, sobre la parte terminal de las laderas, necesita de este recurso arquitectónico para comunicarse. Hiram Bingham ha contado cerca de tres mil, entre grandes y pequeños. Algunos son meros pasadizos, de dos o tres escalones, pero las hay enormes, estableciendo relaciones entre alturas superiores a cincuenta metros y utilizando, por lo tanto, centenares de escalones. En algún caso hasta se llega al empleo de la bifurcación de la escalinata y, lo que es más notable, más por adorno arquitectónico que por necesidad ingenieril. Machu-Picchu es, sin disputa, la población incásica

mejor conservada de cuantas han dejado huella en las proximidades del Cusco. Ello se debe haber quedado, como la Villa de la Bella Durmiente, recubierta por la espesura de un bosque subtropical durante la casi totalidad del tiempo que media entre el comienzo de la Conquista y nosotros. Su hallazgo como lugar de interés arqueológico data, puede decirse, de las exploraciones de Bingham realizadas en 1911, 1912 y 1915. Antes de estas fechas sólo contados peruanos, entre quienes debemos señalar especialmente al erudito cuzqueñista doctor José Gabriel Cosío, conocía su existencia, aunque no había realizado allí estudios especiales. Es a Bingham, a los miembros técnicos de sus expediciones y a la Universidad de Yale, que munificentemente respaldó sus excavaciones, asó como a la Sociedad Geográfica Nacional de Estados Unidos, que hizo lo propio, a quienes debemos la emoción arqueológica de contemplar estas ruinas únicas en su género. Coronándolas se yergue más alto todavía, en su vecindad, el peñón de Huayna-Picchu, en cuya cima se hallan todavía vestigios de habitaciones primitivas, aunque sin la grandeza e importancia de las que acabamos de reseñar.

Las investigaciones en el terreno han dado para esta región un riquísimo material que ha sido examinado prolijamente por Bingham y sus técnicos y que responde al tipo de instrumental que caracteriza a la cultura incásica. Nada he de decir aquí sobre el particular, como no sea mi fervorosa esperanza en la prosecución de esos trabajos en el terreno, por parte de instituciones y estudiosos responsables y condicionados a una rigurosa técnica de extracción.

Hablar del Cusco como de la ciudad de los Incas es sólo encarrar uno de los posibles enfoques de la realidad cuzqueña. Por sobre la ciudad de piedra incásica, los conquistadores alzaron, igualmente esplendente, la ciudad de adobe y de tejas, la ciudad de las portadas blasonadas y de las rejas ornamentadas y románticas, la ciudad de los balcones cerrados por encajes de madera —remembranza moruna— y de los tallados primorosos y sutiles, que convertían a cada uno de estos balcones en una caja taraceada, por entre cuyos entreabiertos postigos se asomaba la gracia perdurable de la mujer cuzqueña. Estas imponentes construcciones tienen siempre basamento incásico. Sólo a la altura del primer piso comienza, quebrando la línea arquitectónica del muro incásico, que tiende huidizamente hacia adentro, el recto muro castellano. Algunas de estas viejas casonas se mantienen erguidas, pese a las injurias de los años. En todas el block pétreo, de procedencia incásica, permanece inmutable. Pero la fragilidad del adobe, material que no está hecho para desafiar a los siglos, muestra en el cuarteamiento inevi-

table de las paredes maestras, en el descascaramiento de senectud de los muros externos —a pesar de los enjalbegamientos periódicos— la pobre contextura inicial. Y así, en tanto que la parte superior de las casonas, adobes y tejas —suplantadas estas últimas por el zinc bochornoso— muestran la decrepitud irredimible, la vieja muralla incásica, que les sirve de base, va adquiriendo por influjo del tiempo la admirable pátina que decora a sus piedras.

El centro de la ciudad del Cusco — no tanto en su sentido geográfico, cuanto en el de la actividad colectiva o social— está constituido por la actual Plaza Mayor, en cuya extensión se han desarrollado hechos vitales, no sólo para la historia de la ciudad misma, sino para la de las dos culturas escalonadas en ese territorio a través del tiempo. Allí celebraba el Inca la festividad agrícola del Inti Raymi, con el boato y el esplendor de que nos cuentan las crónicas maravilladas de Cieza de León y de Garcilaso. En una casona de piedra, en uno de esos viejos “palacios” incásicos, situado en uno de los ángulos de la plaza, se albergaron Pizarro y su puñado de hombres audaces, en ocasión de la primera entrada de hombres blancos al Cusco. Allí mismo fueron sitiados por la rebelión de Manco y sólo salvaron la vida por especial intervención de las fuerzas celestiales que apoyaron su causa. Por esta plaza huyeron desfavoridos los indios ante la sobrenatural aparición del apóstol Santiago, que bajó a apoyar con su espada refulgente a “los defensores de la verdadera fé”. Pocos años después, éstos —olvidada la evangélica bondad que debiera haber presidido sus actos— cometieron el memorable error de matar, en mitad de esa plaza, al joven Tupac Amarú, después de una parodia curial que agregaba a la crueldad del estigo la befa del aparente cumplimiento de la ley procesal. Doscientos años después, realizóse allí mismo, en ese sitio predestinado a la visión de la sangre derramada por los Tupac Amarú, el suplicio de otro de ellos, aquel insuado ambisioso Condorkanqui, que alzó en un grito de libertad a los indios del Altiplano y cuyo nombre evoca la figura del más grande rebelde indígena de la América del Sur. Todavía puede verse hoy, en la acera de la iglesia de la Compañía, una derruida casa, en cuyo primer piso se abre una ventana-farol, desde cuyas mirillas recatadas cuenta la tradición que el Virrey Toledo contempló la muerte del primer Tupac Amarú. Los cinco templos —cifra única, que muestra hasta que punto la influencia religiosa pesó sobre la vida de esta ciudad legendaria— desde cuyos campanarios enhiestos se divisa toda la ciudad hasta sus confines, han visto la sumisión del pueblo indígena, sus estériles y lejanas rebeliones, el aniquilamiento de su personalidad, su muda mansedumbre, su desvaída actividad de autómatas. El mayor de ellos es la

Catedral, edificada en el borde oriental de la antigua plaza incaica o Aukaipata. En ese mismo lugar estuvo el Kiswarkancha, "palacio" del ayllu de Wirakocha y el templo del dios del mismo nombre. Pablo III instituyó esta catedral en 1536 y su primer Obispo fué el famoso Vicente de Valverde, aquel mismo que asistió con Pizarro al encuentro de éste con Atahualpa y que intentó instruirle en los sagrados misterios. Hay un evidente contraste entre la simplicidad herreriana de su fachada de granito y la madera plateresca y barroca de los altares interiores, en algunos de los cuales el delirio de la curva y de la voluta llega hasta el estilo quirrigueresco. A cada lado de la catedral, y como capillas auxiliares, se halla una iglesia. A su izquierda la del Triunfo, Sagrario o la Matriz. Allí descendió la Virgen, según cuenta la tradición de los cronistas, el 23 de Mayo de 1536, para auxiliar a los españoles asediados por Manco II y evitar, de esta suerte, su exterminio. A su derecha la de Jesús María, o la Sagrada Familia. Pero, aunque la Catedral, con sus tres naves, resulte la más imponente, encuentra un digno rival en la belleza arquitectónica —aunque resultante de una mezcla de estilos— de la fina iglesia de la Compañía, cuya silueta airosa se recorta bien en el límpido aire cuzqueño, contrastando con la pesadez romántica de su vecina. La cúpula, de pechinas profusa y artísticamente talladas, sus elevadas torres, sus dos criptas principales, sus escalinatas y pasadizos, la forma de cruz que afecta su plano, son otros tantos elementos arquitectónicos que le agregan elegancia y gracia. Siguiendo una modalidad de la época, esta iglesia, edificada después del terremoto de 1650, en sólo 18 años de intensa labor, lleva —como la Catedral— dos capillas adicionales a su vera: la de Lourdes y el extinguido oratorio de San Francisco.

Imposible sería —tanto como inútil— mencionar aquí todas las innúmeras iglesias, capillas, conventos, adoratorios, que a cada paso se encuentran en esta ciudad que por esta circunstancia resulta mantenido dentro de una atmósfera religiosa, típica del período colonial. Cada una de las grandes órdenes católicas ha levantado allí las muestras de su poder y de su fé: los mercedarios, los franciscanos, los dominicos, tienen extensos y poblados conventos en los que se atesoran, como en las iglesias ya descritas, extraordinarias muestras de la devoción y del arte colonial. Su descriptor más saliente, Cossío del Pomar, ha analizado con la precisión y el amor con que puede hacerlo un erudito que es, al propio tiempo, un buen pintor, estas viejas telas que, en alguna oportunidad— como las que pertenecen al Convento de Santa Catalina— fueron hábilmente restauradas por él. La escuela de pintura cuzqueña típica por el bizantino empleo del oro en sus vestiduras y en las au-

reolas de sus santos, por la ingenuidad ardorosa con que expresa su primitivismo y por la mezela del rigorismo teológico católico con la libre expansión del alma indígena, ha dado en esta ciudad frutos maravillosos. Es enorme la cantidad de cuadros, de tallas, de esculturas, que este fervor piadoso ha producido durante siglos, depurándose hasta llegar a constituir una verdadera escuela artística. En todas estas iglesias, aún en las más pobres, pueden sorprenderse ejemplares asombrosos de esta escuela. La iglesia de San Blas, por ejemplo, que levanta su pobrísima fachada en uno de los aledaños del Cusco, iglesita de extramuros en la que sería dable pensar que no ha de encontrarse nada, es, sin embargo, depositaria del más maravilloso púlpito esculpido, en cuya coronación, como detalle extraño, pero de un valor típico fundamental, una calavera —que la tradición declara ser la del artista creador— se muestra entre la profusión de las tallas. La preciosa fachada del Seminario de San Antonio con sus pequeños y graciosos campanarios coronados con remates herrerianos, recuerda, por la ubicación en nichos pequeños y superpuestos de sus campanas al delicioso campanario de la Almudena que alza su finísima silueta en la quietud silenciosa y de extramuros de su vecindad al cementerio. Y luego no olvidemos a las iglesias de *campiña*, como la muy cordial y recoleta de Oropesa, con sus torres cuarteadas que delatan su vejez varias veces centenaria, ni a la diminuta y evocadora capillita de San Lázaro, en donde según la tradición, fueron enterrados los muertos de la batalla, que en 1538, tuvieron en las Salinas, Almagros y Pizarros, devorados —con gran regocijo indígena— por opuesto y fraternal odio; y que parece aún más pequeña si se la compara con su vecina, la iglesia parroquial de San Sebastián, cuya enhiesta y preciosísima fachada plateresca resulta aún más detonante con la humilde presencia, que no puede dejar de asociarse, de las pobríssimas viviendas indígenas que la circundan.

Las casonas solariegas de los nobles españoles residentes en el Cusco, levantan sus portales de recia piedra canteada en todas las calles cuzqueñas. Contrastan estas obras, con sus altos blasones, sus anagramas del nombre de Cristo, sus tallas florales en la piedra, sus columnas salomónicas o románticas con el muro incásico en que, generalmente, aparecen incrustadas. Una de las más perfectas es la llamada "Casa del Almirante", que, según la tradición, perteneció originariamente a un Fadrique de Castilla, más tarde a un caballero Alderete, que levantó su imponente fábrica actual y que pasó luego a posesión de los condes de la Laguna. Su escalinata interior presenta como remate del pétreo pasamano un gran león y un fauno, ambos también de piedra. Su patio, enorme y cuadrado, suscita una reminiscencia morisca en los arcos y columnatas de

la arquería que lo bordea formado recova, motivo que se repite en el piso superior, dándole una vaga ambientación conventual, en tanto que el piso, adornado con pequeñas piedras rodadas, provenientes del río, emparentase con los análogos patios toledanos, como un trasplante más de la técnica arquitectónica metropolitana a estas lejanas tierras coloniales. Grandes "cuadras", o salones, de techos bellamente artesonados, en alguno de los cuales apunta un conato de decoración mozárabe, completan esta magnífica residencia.

En otros casos la historiada puerta está coronada por el balcón moruno, de celosías de madera o por la filigrana metálica de barrotes diversos y aún por el ventanal castellano, celosamente definido por un fuerte entrecruzamiento de hierro. Las residencias señoriales, las magníficas casas de los condes de Peralta, de los marqueses de Valleumbroso, de los Concha, con sus ajimeces, miradores, balcones tallados, patios con arcadas, son hoy en su infausta decadencia meras casas comerciales. Otras, en las que la talla lítica del portal o de las columnatas preanuncia un selecto destino han caído aún más bajo: son meras casas de vecindad, en las que en revuelta confusión se agita una multitud de seres sucios y desaparecidos. En el amplio patio, hecho para el rodar de las carretelas o la entrada ecuestre de los caballeros, largas cuerdas mantienen tendidos ropajes multicolores, en tanto que bajo de ellos, y en confuso montón, chicuelos morenos, de cabellos revueltos y mirada vivaz, se inmovilizan de temor ante la presencia inesperada de un rostro desconocido.

Esta decadencia de lo que un día fué obra de selección, orgullo de linaje, constituye una de las melancolías del Cuzco y hace sentir, con más fuerza que ninguna otra cosa, la sensación de que el esplendor de esta ciudad, dos veces espléndida, es algo que pertenece ya a la historia, al recuerdo, al mito, a la leyenda, pero que ha desaparecido como elemento actual. Esto da al paseo por sus callejas irregulares un sentido inactual y pretérito, que confina casi con la magia. Es como si dispusiéramos de aquella máquina de desandar el tiempo que la imaginación de un novelista inventó para solaz de sus lectores.

No ha de creerse, por ello, que el Cusco actual carezca de vida o de posibilidades. La juventud que se agita en las aulas vetustas de su Universidad de San Antonio Abad —en el solar que primitivamente fuera de Hernando Pizarro, y en el que luego los jesuitas fundaron colegio y seminario— que transita por sus claustros conventuales y por su patio soleado, que traspone con paso ligero su portada de estilo plateresco, está agitada por todos los problemas actuales que interesan a la vida del Perú.

Tal es el Cusco milenario y actual. Ciudad extraña, con superposición de culturas, no fusionadas todavía en más de un aspecto. Sede de civilizaciones autóctonas e importadas, urbe en la que ha florecido, como en ninguna otra, una técnica artística, nacida en la arquitectura, con los Incas, y transplantada a la pintura y a la imaginería religiosa con la Colonia. Ciudad a la que no es posible aproximarse sin un hondo estremecimiento espiritual y ante la cual es necesario musitar como el hatunruna incásico: "Ceoscco h'atun Llaceta, napaicuquín" (Cusco, pueblo grande, yo te saludo).



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

EN SANTIAGO DE CHILE.

(UNA BREVE VISITA CON MOTIVO DEL IV CENTENARIO DE SU FUNDACION)

A vuelo de pájaro, en el viaje relámpago que hiciéramos a Santiago con motivo de la celebración de su IV Centenario, pudimos apreciar algunas de las muchas cosas que tiene Chile. Propóngome hacer una breve descripción de mis observaciones, en mi calidad de Delegado de la Facultad de Letras, sin que ello importe intromisión en las apreciaciones que pueda hacer el Presidente de la Delegación

Llegamos a Valparaíso una mañana radiante. Pudimos, por eso, observar con toda nitidez, al par que la singular belleza de tan importante urbe, lo típico de su aspecto geográfico, la modernidad de sus construcciones, y esa agitación comercial que hacen de ella un colmenar en el día. De noche, con sus dieciocho colinas iluminadas, semeja un fantástico nacimiento. Dimos una mirada retrospectiva en el orden histórico y pensamos en los Changos, los primitivos pobladores de esa zona; en la conquista que de ellos hizo el Inca Túpac Yupanqui; en el nombre de "Chilli" que, según se cree, dió a la región el citado conquistador, que interpretado quiere decir "flor y nata de la tierra", probablemente sugestionado por la fertilidad de su suelo.

Hacia Santiago, por el ferrocarril de penetración, contemplamos las tierras que fueran de los Promaucaes, indios aguerridos que, al mando de su toqui Michimalongo primero, Colo-colo después, hostilizaron a las tropas de Valdivia. En la Capital, al recorrerla en todas direcciones, tuvimos la impresión de que fuera la ciudad mejor ubicada del mundo. Tiene un millón de habitantes según el último censo. Preciosos paseos públicos. Magníficos edificios. Llamaron nuestra atención la Plaza de Armas, la Avenida Bernardo O'Higgins, los cerros de Santa Lucía y de San Cristóbal, el Jardín

Zoológico ubicado en este último cerro, el Parque Cousiño con su elipse para la revista anual de tropas, la Quinta Normal con sus museos, los parques Centenario y Forestal, y el Costanero con la Plaza Italia a orillas del Mapocho. Asimismo, entre los edificios, el Palacio de la Moneda, el Congreso, la Catedral, el Palacio de los Tribunales, la Biblioteca Nacional, el Palacio de Bellas Artes, el Club Hípico, el Estadio Nacional, que merecen referencia, entre otros, por su belleza arquitectónica y por lo recio de su construcción. En las afueras de la ciudad destacan algunos barrios residenciales. Quinta Normal, Cisterna, San Miguel, Providencia, Ñuñoa, Conchali, atraen y cautivan la atención del visitante. Santiago de Chile, es, incuestionablemente, la soberana de las metrópolis andinas.

En nuestra corta estada de visita en Santiago, embargó nuestro pensamiento don Pedro de Valdivia, el fundador de esa bella ciudad. Espíritu avizor, después de muchos meses de luchas y penalidades, logra arribar a las tierras del Mapocho, y, en la Chimba, hace un sorpresivo alto para contemplar el prodigioso valle, y luego, uncido al brazo de doña Inés, recorre las faldas de Cerro Grande, hoy San Cristóbal, para continuar a la cima del histórico Huelé, actualmente el cerro de Santa Lucía, y en un glorioso día, el 12 de Febrero de 1541, hace tronar el cañón llenando de pavor a los naturales, para luego dar lectura a la abstrusa fórmula ritual con que declara fundada la nueva ciudad con el nombre de Santiago del Nuevo Extremo, en cumplimiento de una promesa. Extremeño, llamó a la región Extremadura, en recuerdo de su tierra natal. Pensamos también en sus actividades futuras. En marcha al Sur, ganó batallas y fundó ciudades. Concepción, Angol, Imperial, Valdivia, las fundó él; La Serena y Villarica, uno de sus oficiales. La Araucana, poema heroico escrito por un soldado español, pone de manifiesto lo sangriento que fuera la conquista de Arauco. En esa epopeya destacan los nombres de Valdivia, Villagra, Hurtado de Mendoza y Reinoso, españoles; de Lautaro, Caupolicán y Galvariano, araucanos.

Cumpliendo nuestra misión oficial, visitamos las Universidades, las diferentes Facultades, el Ministerio de Educación y el Municipio etc. Hicimos entrega de los libros y folletos de algunos de nuestros intelectuales que habíamos llevado con ese objeto. En la cima del Cerro de Santa Lucía, rendimos el homenaje debido al fundador de Santiago, don Pedro de Valdivia, y depositamos una corona al pie del monumento erigido en ese lugar a su memoria.

Habríamos querido observar el funcionamiento de los diferentes centros de enseñanza, pero estábamos en pleno período va-

cacional, y hubimos de conformarnos con recorrer los locales de los centros de cultura siquiera para conocer el andamiaje que se utiliza en la edificación del progreso intelectual de Chile. Local vetusto, pero importante, el de la Universidad del Estado. Ahora sirve de cenáculo a las oficinas de orden administrativo: sus Facultades funcionan en locales separados. El doctor Marshall, Secretario de la Universidad, nos habla de cómo fué fundada, del espíritu liberal que guió al venezolano don Andrés Bello al echar sus bases en 1841, del sentido práctico y nacionalista que le imprimió. Don Andrés Bello fué quien creó el título de Licenciado en oposición al de doctor, tan desprestigiado, que ostentara la vieja Universidad de la que apenas si se conserva uno que otro testimonio histórico. El doctor Marshall nos mostró una multitud de cuadros, retratos de benefactores de la Universidad. Algunos, como don Manuel Montt, pasaron de la cátedra a la Presidencia para hacer de ella el baluarte de la Libertad, la Honradez y la Justicia. El local y la biblioteca de la Universidad Católica merecen también elogios, y asimismo la Escuela de Medicina y de Derecho.

El Palacio de Bellas Artes contiene joyas de inestimable valor docente: numerosos facsímiles escultóricos permiten conocer las famosas estatuas griegas, las romanas y las del Renacimiento; en sus cuadros de pintura se puede apreciar el magnífico estilo de diferentes pintores europeos y americanos, y el estilo propio, lo vernáculo y lo folklórico, en los cuadros con motivos nacionales.

En el Museo de Historia Natural pasamos verdaderas horas de encanto. Lo dirige el notable historiador don Ricardo Latcham. Local amplio y espacioso, copiosas colecciones de su especialidad. En la Sección Paleontológica, nos atrajo y cautivó la atención la fauna terciaria, y en la Arqueológica, el magnífico muestrario de cerámica en la que pudimos distinguir del tipo Chavín, Inca, Nasquense, Tiahuanacuense, Atacameño, Diaguita, utensilios araucanos y numerosas estatuas procedentes de la Isla de Pascua que nos recuerda las de Chavín y de Sechín.

El Museo Nacional está actualmente en reparación, y las visitas están por ese hecho prohibidas. Habíamos ya perdido la esperanza de conocerlo, cuando se nos ocurrió infiltrarnos por la puerta falsa burlando la vigilancia de portería y llegamos hasta la oficina del señor Director del Museo, don Aurelio Oyarzun. Afable y gentil, nos acompañó a recorrer las diferentes secciones de que consta. La Prehistórica, la Colonial, la Republicana. Los locales son amplios. Los objetos están bien dispuestos y se conservan con cuidadoso esmero. La Sección Prehistórica está a cargo del novel arqueólogo don Leopoldo Pizarro y ocupa la parte baja. Contie-

ne numerosos ejemplares de cerámica, atacameña en su mayor parte, y de estilo Chavín, Tiahuanaco, Chíncha, Nazca, Muchic, Diaguita, Incaica, y un grupo no clasificado que tiene mucho parecido con la cerámica de tipo Chanca. Las armas despertaron en nosotros inusitado interés. Vimos liwis o boleadores, macanas, lanzas y flechas. En materia de prendas de vestir, tuvimos en las manos el Chamal, poncho de entonces, ¿sería acaso de los Pehuenches?; también la Chirapá, especie de poncho-pantalón, ¿no sería, quién sabe, de los Picunches? Y así, objetos diversos como redes, arpones, tejidos, pipas, etc., etc. Acaso si los más perfectos fueron de los Atacameños, Promaucaes y Changos. Examinamos una pequeña Rauca Araucana, choza de pared de ramas y techo de paja. A medida que íbamos recorriendo esta Sección, pensábamos en las creencias religiosas de esos hombres precoloniales, en sus divinidades y en sus fábulas. De ellos se dice que fueron los únicos salvajes de América que no eran idólatras, porque jamás honraron a sus dioses en formas o figuras. De ahí que no tengamos imagen ni representación alguna de Pillán, dios del trueno y del terremoto; ni de Tren-tren, dios del bien; ni de Cay-cay, del mal. Seguramente porque no llegaron a producir artistas capaces de atribuir simbolismo a las formas. En la Sección Colonial pudimos apreciar importantes cuadros y objetos diversos de la Lima virreinal de los que muy bien valdría la pena obtener símiles para exhibirlos, en provecho de nuestra cultura y patrimonio histórico, en nuestro empobrecido Museo Virreinal. La entrada a la Sección Republicana no pudimos hacerlo sin antes templar nuestro espíritu. Sabíamos lo que nos esperaba. El doctor Oyarzun comprendió nuestro estado de ánimo, y en un interesante exordio, como quien cumple un requisito previo o ejecuta una ceremonia indispensable, nos dijo: — Yo llegué a Lima en 1881 como Dentista del ejército chileno, soy excombatiente del 79, y como tal, el primero en opinar que todas las cosas que váis a ver sean devueltas al Perú, como el Huáscar, que aún lo retenemos, para que la amistad de hoy se acentúe en las generaciones del mañana, lo que se conseguirá sin estos lastimosos testimonios que para lo único que sirven es para actualizar el concono de ayer. Ante el retrato de O'Higgins, pensamos en el héroe militar de Chile que supo imponer, blandiendo su espada en los campos de batalla, el pensamiento libertario que acariciara Juan Martínez de Rosas, que con Moreno en la Argentina formaba a la sazón la vanguardia de los héroes civiles. Junto a la estatua del héroe, hay una lápida que cubría su tumba en el Cementerio de Arequipa y que ostenta un honroso letrero, digno testimonio de la hospitalidad peruana. Contemplamos también los retratos de los héroes de la Emancipación y los de la Guerra

del 79. Allí está el de nuestro Miguel Grau, que, según se nos informó iba a ser ampliado. Una simple ojeada a la sala de armas nos permitió apreciar la superioridad de las empleadas por el ejército chileno. A la vista de las banderas de los regimientos peruanos, nos pareció oír esta solemne admonición del pasado: "Cumplimiento máximo del deber sagrado". En la sección naval distinguimos, junto a restos de nuestros buques de guerra, pequeños facsímiles del Huáscar y de la Independencia. Ya fuera, pensamos en las discretas e inteligentes palabras del doctor Oyarzún, en nuestra amistad con Chile, en el cambio de trofeos que hicieran otra Argentina y Uruguay para sellar su amistad. En el tratado Rada-Figueroa Larrain, ¿no se habría tratado cosa semejante entre el Perú y Chile? ¿Podría haber amistad sincera entre los pueblos mientras se exhiben los puñales de ayer?

Magnífica impresión nos causó la Biblioteca Nacional. Funciona en un moderno edificio de arquitectura ad hoc, que le da amplitud, comodidad y confort. Una cicerone nos guía en nuestro recorrido. Entramos en las salas de lectura para niños de 6 a 10 años y de 11 a 14, que funcionan en la parte baja. Bufetes especiales, libros, catálogos, índices, lectores, señoritas Directoras de Lectura, todo en consuno, nos dá la impresión ambiental de la niñez. Los niños no leen cualquier cosa: las inteligentes señoritas Directoras de Lectura les dan lo que ellos han de menester. En los otros pisos funcionan las salas de lectura para adultos y están servidos por ascensores. La Biblioteca está dividida en secciones con su correspondiente sala de lectura según las especialidades del saber humano. En la Sala de Periódico encuentra uno los principales periódicos y revistas del mundo. Libros y catálogos están ubicados en magníficos anaqueles y estantes. En la Sala de Historia pedimos un libro, y en un santiamén estuvo en nuestras manos. Hay también salas de lectura y biblioteca de países extranjeros, tales como la Sala Norte América, la Sala Alemana, están al día con la producción bibliográfica de sus respectivos países enviados gratuitamente por sus gobiernos al de Chile para la Biblioteca. Conocimos también la Sala Barros Arana y la Sala José Toribio de Medina, esta última construída bajo la dirección del mismo. Don José Toribio de Medina nos era conocido por las referencias que de él hiciera desde su cátedra nuestro dinámico y altruista profesor de Historia y Decano de la Facultad de Letras de nuestra Universidad Mayor, el señor Doctor Don Horacio H. Urteaga. Fué don Toribio uno de los espíritus selectos y esforzados por la investigación histórica. A él debe el Perú la publicación de muchas de las obras de sus cronistas. Exuberante y fecunda su producción en el orden histórico, quien la conozca y se compene-

tre de la sutil intuición con que tratara los hechos traídos después de una laboriosa ordenación de análisis y de síntesis, podrá comprender con cuanta razón nuestro Decano de la Facultad de Letras llamaba a don José Toribio "el profeta del pasado". Entre muchas de sus obras anotamos las siguientes: "La Imprenta en Lima", "La Imprenta en Méjico", "Anotaciones a las Leyendas y Cantares al rededor de la Araucana", "Magallanes", "Balboa", "Cartas de Pedro de Valdivia". Don José Toribio fué el fundador de la Sociedad Arqueológica, y muy competente en Numismática, Heráldica y Paleontología.

Por gestión del acaudalado y gentil trujillano don Felipe Iparraquirre conocimos la Penitenciaría, y pudimos ver sus magníficos talleres de impresión.

Cuando estuvimos en el Instituto Superior de Humanidades dependiente de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad del Estado, movido por el interés especial de aficionado a la enseñanza, detúveme en el Departamento de Historia para conocer su organización, los cursos que se dictan y los métodos de enseñanza. Uno de los profesores de la Facultad de Filosofía y Educación me mostró varios reglamentos y me dió las requeridas explicaciones. El Instituto Superior de Humanidades fué creado en 1934 y perfeccionado por Decreto de 17 de Enero de 1940, y tiene por objeto ampliar el estudio de las letras y de las ciencias con fines de interés puramente cultural y de preparación para la docencia u otras actividades profesionales, al propio tiempo que propender, por medio de cursos especiales, al perfeccionamiento del profesorado en actual ejercicio. Los alumnos son de tres categorías: regulares aspirantes a la docencia, regulares académicos, y alumnos libres. Comprende diez Departamentos: de Filosofía, de Geografía, de Historia, de Física, de Química, de Matemáticas, de Biología, y tres de Filología: Románica, Germánica y Clásica. A excepción del Departamento de Filosofía, los estudios se desarrollan en dos ciclos, consecutivamente, de tres y dos años, después de los cuales se obtiene el Certificado de Estudios y la Licenciatura.

La organización del Departamento e Historia es de suyo interesante, como puede apreciarse en el siguiente cuadro:

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Primer Ciclo

Plan Normal

CURSOS OBLIGATORIOS:	Horas Semanales		
	1er. Año	2.º Año	3er. Año
Historia Universal, 1. ^a unidad (Oriente, Grecia y Roma)	4
Historia Universal, 2. ^a unidad (Edad Media y Renacimiento)	3	..
Historia Universal, 3. ^a unidad (Moderna y Contemporánea)	3
Historia General de América, 1. ^a unidad (Descubrimiento y Conquista)	3
Historia General de América, 2. ^a unidad (Coloniaje e Independencia)	2	..
Historia General de América, 3. ^a unidad (República)	2
Historia de Chile, 1. ^a unidad (Época Indígena y Española)	2
Historia de Chile, 2. ^a unidad (Emancipación y Organización Política)	2	..
Historia de Chile, 3. ^a unidad (La República)	2
Sociología General	2	2
	9	9	9

Segundo Ciclo

Cursos Obligatorios:

Seminario: - (Uno es obligatorio para los candidatos a la Licenciatura en Historia y Geografía).

	Sesiones
De Historia de Chile	2
De Historia Económica	2

Cursos Optativos: (Dos son obligatorios para los candidatos a la Licenciatura en Historia y uno para los candidatos a la Licenciatura en Historia y Geografía).

	Horas Semanales
Historia Documental de Chile	2
Historia de la Europa Contemporánea	2
Historia de Extremo Oriente	2
Etnología y Prehistoria Americana	2
Problemas Históricos del Mundo Contemporáneo	2

Mucho habría que reseñar de lo tanto que vimos a pesar de lo breve de nuestra visita, a la Capital chilena. Pero hay taxativas de tiempo y espacio que nos obligan a ser parcos y a poner término a estas líneas. Nos reservamos, sin embargo, para próximos números de esta Revista, algunos comentarios sobre la organización del Departamento de Geografía, así como del Instituto Pedagógico.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli ANTONIO ALVA Y ALVA.

Nota Necrológica

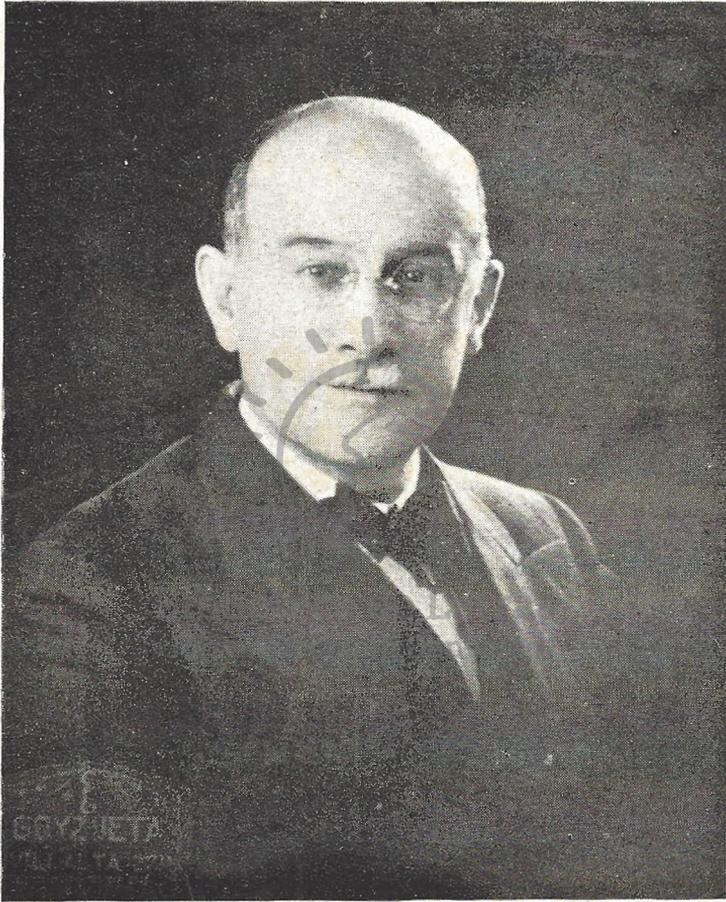
† **Dr. GUILLERMO SALINAS COSSIO.**

Estando ya en prensa este número de la Revista, nos ha sorprendido dolorosamente la muerte de nuestro catedrático de Historia del Arte, Dr. Guillermo Salinas Cossío.

El Dr. Salinas Cossío regentó, desde el año de 1923, la Cátedra de Historia del Arte, asignatura que dictó al comienzo con el carácter de curso libre. El año de 1926, el Consejo de la Facultad le honró con la colación del grado de doctor "Honoris causa", merecidísima distinción a la cual se había hecho acreedor tanto por su labor docente, cuanto por su versación, amor y dedicación al estudio de la expresión artística.

El doctor Salinas Cossío supo siempre armonizar en su dilecto espíritu, la vocación por los estudios de humanidades y su gran capacidad y maestría para dirigir con pleno éxito las más variadas empresas comerciales. Se dió en él el raro caso de ser un exquisito hombre de letras, atento siempre a las manifestaciones de la cultura, un erudito y técnico en arte y, a la vez, un experto y dinámico hombre de negocios.

Nuestra Facultad, con ocasión del sepelio del Dr. Salinas Cossío, honró como se merecía la memoria de este inolvidable catedrático de Letras, cuyas sabias enseñanzas perdurarán imperecederamente en nuestro Claustro.



Dr. GUILLERMO SALINAS COSSIO

ADVERTENCIA

LA CORRESPONDENCIA Y CANJE DE LA REVISTA DIRÍJASE A LA SECRETARÍA DE LA FACULTAD DE LETRAS, UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS, CALLE DE SAN CARLOS No. 931.

LAS INSTITUCIONES A QUIENES ENVIEMOS LA REVISTA LETRAS SE SERVIRÁN ACUSAR RECIBO DE LOS NÚMEROS QUE LLEGUEN A SU PODER, A FIN DE CONTINUAR ENVIÁNDOLES NUESTRA PUBLICACIÓN. LA FALTA DE ESTE ACUSE DE RECIBO DETERMINARÁ LA SUSPENSIÓN DEL ENVÍO DE LOS NÚMEROS POSTERIORES.

ESTE ACUSE DE RECIBO NO ES NECESARIO SI LA INSTITUCIÓN DESTINATARIA, NOS FAVORECE CON EL CANJE DE SUS RESPECTIVAS PUBLICACIONES.